

MARCO BALZANO
Me quedo aquí



Una novela
que ilumina el
destino de una
familia a lo largo
del siglo XX

NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA

ME QUEDO AQUÍ

MARCO BALZANO
Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones
Barcelona, 2019

Título de la edición original: Resto qui

Edición en formato digital: agosto de 2019

© 2018, Marco Balzano

Publicado originalmente en Italia por Giulio Einaudi Editore. Esta edición se publica previo acuerdo con Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA).

© de la traducción, 2019 de Montse Triviño González

Créditos de la cubierta: © Anirut Thailand/Shutterstock

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 9788417761639

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Riccardo

«Una historia no perdura más que en la ceniza.»

Montale

PRIMERA PARTE

LOS AÑOS

CAPÍTULO UNO

No sabes nada de mí y, sin embargo, sabes mucho porque eres mi hija. El olor de la piel, el aliento cálido, los nervios tensos..., todo eso te lo he dado yo. Así que te hablaré como a alguien que me ha visto por dentro.

Soy capaz de describirte hasta en el último detalle. Es más, algunas mañanas en que hay mucha nieve y la casa está envuelta en un silencio que corta la respiración, me vienen a la mente nuevos detalles. Hace un par de semanas me acordé de un pequeño lunar que tenías en el hombro y que siempre me señalabas cuando te bañaba en la tina. Te obsesionaba. O aquel tirabuzón detrás de la oreja, el único en tu melena de color miel.

Las pocas fotografías que conservo las saco con muchas reservas, pues con el tiempo me he vuelto de lágrima fácil. Y no soporto llorar. No soporto llorar porque es de idiotas y porque no me consuela. Lo único que hace es agotarme, quitarme las ganas hasta de comer o de ponerme el camisón antes de meterme en la cama. Y no, hay que cuidarse, apretar los puños incluso cuando la piel de las manos se llena de manchas. Luchar sea como sea. Eso es lo que me enseñó tu padre.

Durante todos estos años, siempre me he imaginado como una buena madre. Segura, brillante, cordial..., adjetivos que desde luego no encajan conmigo. En el pueblo aún me llaman señora maestra, pero me saludan de lejos. Saben que no soy precisamente una persona afable. A veces me acuerdo de un juego que solía poner en práctica con los niños de primer curso: «Dibujad el animal al que más os parecéis», les proponía. Yo ahora dibujaría una tortuga con la cabeza oculta bajo el caparazón.

Me gusta pensar que no habría sido una madre dominante. Jamás te habría preguntado -como hacía mi madre- quién era este o el otro, si solo era una

historia pasajera o si pensabas prometerte. Aunque a lo mejor solo es otra de las mentiras que me cuento a mí misma: si hubieras estado aquí, posiblemente te habría acribillado a preguntas y te habría mirado de reojo a cada respuesta evasiva. A medida que pasan los años, dejamos de creernos mejores que nuestros padres. Y si me pongo a comparar ahora, tengo una clara desventaja. Tu abuela era una mujer hosca y severa, tenía ideas claras sobre todo, no le costaba distinguir el blanco del negro y no tenía problemas en cortar por lo sano. Yo, en cambio, me perdía en una escala de grises. Según tu abuela, la culpa la tenían los estudios. A las personas instruidas las consideraba, en general, inútilmente complicadas. Gandules, sabihondos, especialistas en buscarle tres pies al gato... Yo, en cambio, creía que el mayor saber, sobre todo para las mujeres, eran las palabras. Hechos, historias, fantasías..., lo que contaba era desearlas y atesorarlas, para cuando la vida se complicaba o se volvía estéril. Creía que las palabras podrían salvarme.

CAPÍTULO DOS

Los hombres siempre me han traído sin cuidado. La idea de que tuvieran algo que ver con el amor me parecía absurda. Para mí, solo eran individuos demasiado torpes, demasiado peludos o demasiado rudos. Y, a veces, las tres cosas a la vez. Por aquí todos tenían un trozo de tierra y unos cuantos animales, y aquel era el olor que se les pegaba a la piel. A establo y a sudor. Si tenía que imaginarme haciendo el amor con alguien, mejor con una mujer. Mejor los pómulos marcados de una muchacha que la piel rasposa de un hombre. Pero mejor aún estar sola que tener que dar explicaciones a nadie. En realidad, no me habría importado meterme a monja. La idea de aislarme del mundo me entusiasmaba más que la de formar una familia. Pero Dios siempre fue un concepto demasiado difícil y, cuando pensaba en él, me perdía.

El único hombre en el que me he fijado en esta vida es Erich. Lo veía pasar al amanecer, con la gorra calada y, ya a aquellas horas, un cigarrillo entre los labios. Siempre quería asomarme a la ventana para saludarlo, pero si la hubiese abierto, madre habría notado el frío y me habría gritado al momento que la cerrara.

-¿Es que te has vuelto loca, Trina? -me habría chillado.

Madre siempre chillaba. Y de todas formas, por mucho que yo me hubiera decidido a abrir la ventana, ¿qué le habría dicho a Erich? A los diecisiete años, yo era tan torpe que sin duda me habría puesto a tartamudear. Así que me limitaba a observarlo mientras él se alejaba hacia los bosques y Grau, su perro de pelaje manchado, azuzaba el rebaño. Cuando estaba con las vacas, Erich caminaba tan despacio que parecía prácticamente inmóvil. Entonces yo bajaba la cabeza hacia los libros, convencida de que al volver a levantarla él seguiría en el mismo sitio, pero cuando miraba de nuevo Erich ya no era más

que un punto lejano al final de la calle. Debajo de los alerces que ya no están.

Aquella primavera me descubría demasiado a menudo con los libros abiertos y el lápiz en la boca, pensando en Erich. Cuando madre no estaba trajinando a dos pasos de mí, le preguntaba a padre si la vida de los campesinos era una existencia de ensueño. Después de haber cultivado el huerto, podían irse a los prados con sus animales, sentarse en una roca y contemplar en silencio el río que fluía plácidamente desde hacía muchos siglos, y el cielo frío que no se sabía dónde terminaba.

-Los campesinos pueden hacer todo eso, ¿verdad, padre?

Padre se reía con la pipa entre los dientes.

-Pregúntale a ese muchacho al que espías todas las mañanas desde la ventana si cree que el suyo es un trabajo de ensueño...

La primera vez que hablé con Erich fue en el patio de la granja. Padre era carpintero en Resia, pero nuestra casa también parecía un taller. Era siempre un ir y venir de vecinos que necesitaban alguna reparación. Cuando se marchaban las visitas, madre se quejaba de que nunca podíamos estar tranquilos. Y entonces padre, incapaz de callarse las cosas, le contestaba que no entendía de qué se quejaba porque para un comerciante ofrecer una copita o charlar con alguien también formaba parte del trabajo. De hecho, es así como se gana la clientela, decía. Para zanjar la discusión, madre le tiraba a padre de la nariz bulbosa.

-Se te ha puesto más grande -le decía.

-¡Y a ti se te ha puesto más grande el culo! -contraatacaba él.

Era entonces cuando madre se enfadaba.

-¡Me he casado con un majadero! -decía, y le lanzaba un trapo.

Padre se reía con sarcasmo y le arrojaba el lápiz, y ella otro trapo y él otro lápiz. Lanzarse cosas el uno al otro era su forma de demostrarse amor.

Aquella tarde, Erich y padre estaban fumando y contemplaban con los ojos entornados las nubes posadas sobre el Ortles. Padre nos dijo que lo esperaríamos un momento, que iba a buscar un vasito de grapa. En lugar de hablar, Erich alzaba el mentón y me dedicaba sonrisas apagadas, con una confianza en sí mismo que me hacía sentir pequeña.

-¿De qué trabajarás cuando termines los estudios? ¿De maestra? -me

preguntó.

-A lo mejor sí. O a lo mejor me voy muy lejos de aquí -le respondí, aunque solo por decir una frase que me hiciera parecer mayor.

Al escuchar esas palabras, se le ensombreció de inmediato el rostro. Dio una larga calada al cigarrillo y a punto estuvo de quemarse los dedos con la brasa.

-Yo no quiero irme nunca de Curon -dijo, mientras señalaba el valle.

Entonces lo miré como una niña que se ha quedado sin palabras y él me acarició la mejilla a modo de saludo.

-Dile a tu padre que la grapa ya me la tomaré otro día.

Asentí con la cabeza, porque no sabía qué otra cosa decir. Apoyé los codos en la mesa y lo observé mientras se alejaba. De vez en cuando me volvía a mirar hacia la puerta porque temía que madre apareciese de repente. A veces, el amor te hace sentir como una ladrona.

CAPÍTULO TRES

En la primavera de 1923, me estaba preparando para el examen de bachillerato. Mussolini había esperado justo a mi diploma para dismantelar la escuela. El año anterior había tenido lugar la marcha sobre Bolzano y los fascistas habían arrasado la ciudad. Habían incendiado edificios públicos, habían pegado a los habitantes, habían expulsado por la fuerza al burgomaestre y, como siempre, los carabinieri se habían limitado a mirar. Si ellos, y el rey, no se hubieran quedado de brazos cruzados, el fascismo no habría existido. Aún hoy me revuelve el estómago pasear por Bolzano. Todo me parece hostil. Las huellas del periodo fascista son tantas que al verlas me acuerdo de Erich y pienso que se consumiría de la rabia.

Hasta aquel momento, y sobre todo en estos valles fronterizos, la vida transcurría al ritmo de las estaciones. Era como si la historia no llegara hasta aquí, como si fuera un eco que se pierde. La lengua era el alemán; la religión, la cristiana; el trabajo, el de los campos y los animales. No era necesario decir nada más para comprender a estas gentes de montaña de las cuales tú también formas parte, aunque solo sea porque naciste aquí.

Mussolini hizo cambiar el nombre de las calles, de los arroyos, de las montañas... Aquellos asesinos incluso fueron a incordiar a los muertos, cambiando las inscripciones de las lápidas. Italianizaron nuestros nombres y cambiaron los letreros de nuestras tiendas. Nos prohibieron llevar nuestra ropa tradicional. De la noche a la mañana, en clase nos encontramos con maestros vénetos, lombardos, sicilianos... No nos entendían, ni nosotros a ellos. Aquí, en el Tirol del Sur, el italiano era una lengua exótica que se oía de vez en cuando en algún gramófono o cuando pasaba por aquí algún comerciante de Vallarsa que cruzaba el Trentino para ir a vender a Austria.

Tu nombre es tan especial que enseguida quedaba grabado, pero para quien no lo recordaba siempre eras la hija de Erich y Trina. Decían que tú y yo nos parecíamos como dos gotas de agua.

-Si se pierde, ¡seguro que te la llevan a casa! -farfullaba el panadero.

Siempre te saludaba haciendo muecas con aquella boca desdentada que tenía, ¿te acuerdas? Si íbamos por la calle y te llegaba el aroma de las hogazas de pan, me tirabas de la mano y me llevabas a comprarte una. Nada en el mundo te gustaba más que el pan recién hecho.

Conocía a los habitantes de Curon uno por uno, pero mis únicas amigas eran Maja y Barbara. Ahora ya no viven aquí. Se marcharon hace muchos años y ni siquiera sé si aún viven. Estábamos tan unidas que fuimos a la misma escuela. Al Instituto de Magisterio no podíamos ir porque estaba demasiado lejos, pero íbamos a Bolzano una vez al año para presentarnos a los exámenes y, para nosotras, era una gran aventura. Paseábamos entusiasmadas por la ciudad, pensando que por fin veíamos el mundo más allá de los pastos y las montañas: edificios, tiendas, calles abarrotadas...

Maja y yo teníamos verdadera vocación de maestras y no veíamos el momento de entrar en nuestra propia clase. A Barbara, en cambio, le hubiera gustado más ser modista, pero se había matriculado en el instituto, decía, «porque así estaremos juntas más tiempo». En aquella época, era mi sombra. Pasábamos el tiempo acompañándonos mutuamente a casa. Delante de la puerta de la granja, la una le decía a la otra: «Va, aún es de día, te acompaño yo».

Dábamos larguísimos rodeos, bordeando el río o la linde del bosque, y recuerdo que durante aquellos paseos Barbara siempre me decía:

-Si yo tuviera tu carácter...

-¿Por qué? ¿Qué carácter tengo?

-No sé, tienes las ideas claras, sabes adónde quieres llegar. A mí, en cambio, me confunde todo y siempre busco a alguien que me lleve de la mano.

-Pues a mí no me parece que ser como soy me sirva de gran cosa.

-Eso lo dices porque eres bastante difícil de contentar.

-En fin -decía yo, encogiéndome de hombros-, cambiaría ahora mismo mi carácter por ser tan guapa como tú.

Y entonces ella sonreía y, si no había nadie por allí cerca, o si ya empezaba a oscurecer, me daba un beso y me decía palabras dulces que ya no

recuerdo.

Con la llegada del duce, quedó claro que corríamos el riesgo de quedarnos sin trabajo porque no éramos italianas, así que nos pusimos las tres a estudiar el idioma con la esperanza de que así nos contrataran. Las tardes de aquella primavera las pasamos a orillas del lago con nuestros libros de gramática. Quedábamos después de comer y alguna de las tres llegaba siempre con la fruta envuelta en una servilleta o masticando aún el último bocado.

-¡Ahora, basta de hablar en alemán! -decía yo, para poner un poco de orden.

-Yo quería ser maestra, pero no en la lengua de otros -decía Maja, mientras le daba golpes a su cuaderno lleno de borrones.

-Y yo que quería diseñar vestidos, ¿qué? -saltaba entonces Barbara.

-Oye, que lo de ser maestra no te lo ha recetado el médico, ¿eh? -le replicaba Maja.

-Serás víbora... ¿Qué significa eso de que no me lo ha recetado el médico? -protestaba, mientras se recogía en una cola aquella larga melena de cabellos rubios que siempre acababan en todas partes.

Luego empezaba otra vez con la historia de que teníamos que irnos a vivir las tres juntas, sin casarnos con nadie.

-Hacedme caso, ¡si nos casamos, acabaremos convertidas en siervas! -concluía, convencida.

Cuando volvía a casa, me iba a dormir enseguida. Siempre ansiaba la soledad. Me metía en la cama y me quedaba allí pensando, en la húmeda oscuridad de la habitación. Pensaba que, me gustara o no, me estaba haciendo mayor y eso me turbaba. No sé si tú también has tenido esos miedos o si más bien te pareces a tu padre, que contemplaba la vida como si fuera un río. Cuando se aproximaba un cambio, ya fuera el diploma o el matrimonio, yo sentía puntualmente la necesidad de huir y enviarlo todo al garete. ¿Por qué vivir debe significar necesariamente avanzar? Incluso cuando te parí pensé: «¿Por qué no puedo quedármela aquí dentro un poco más?».

En mayo, Maja, Barbara y yo nos veíamos incluso entre semana. No como en años anteriores, que solo nos veíamos de vez en cuando o los domingos en misa. Practicábamos aquella lengua extraña con la esperanza de que los

fascistas tuvieran en cuenta nuestro esfuerzo y nuestros diplomas. Pero como en el fondo ni siquiera nosotras nos los creíamos, en lugar de estudiar gramática formábamos un corrillo para escuchar los discos de música italiana que tenía Barbara.

Un bacio ti darò
Se qui ritornerai
Ma non ti bacerò
Se alla guerra partirai¹

Una semana antes del examen escrito, padre me dio permiso para quedarme a dormir en casa de Barbara. Tuve que insistir mucho, pero al final me salí con la mía.

-Muy bien, niña, yo te dejo ir a casa de tu amiga, pero tú me traes unas notas estupendas.

-¿Y para ti qué son unas notas estupendas? -le pregunté, después de darle un beso en la mejilla.

-Bueno, ¡pues una media de diez! -dijo él, al tiempo que abría las manos.

Madre, que estaba sentada a su lado zurciendo los calcetines, asintió. Cuando madre tenía un minuto de tiempo, lo dedicaba a zurcir calcetines, porque si tienes frío en los pies, decía, tienes frío en todo el cuerpo.

No saqué, sin embargo, la nota más alta. Fue Maja quien nos invitó a tomar algo y preparó la tarta, como nos habíamos prometido al empezar las clases. Aunque, según Barbara, había sacado un diez porque su profesor era un cerdo que no hacía más que mirarle el pecho.

-¡Y yo he sacado un siete porque solo tengo estas manzanitas! -protestó Barbara, al tiempo que empujaba los senos hacia fuera y los sopesaba con ambas manos.

-¡Tú has sacado un siete porque eres burra! -le respondió Maja.

Y, de inmediato, Barbara se abalanzó sobre ella y rodaron las dos sobre la hierba. Yo me eché a reír y las contemplé con los ojos entornados, para protegerlos de la luz del sol.

CAPÍTULO CUATRO

Después de sacarnos el título seguimos quedando a orillas del lago, a la sombra de los alerces, pero no para estudiar italiano.

-Si nos dan trabajo en la escuela, bien; si no, ¡peor para ellos! -zanjaba rápidamente Maja.

-Aquí nadie tiene el título, seguro que nos contratan -decía Barbara.

-¿Crees que a los fascistas les importa mucho ese trozo de papel? A esos solo les interesa hacer trabajar a los italianos.

-Al final, resultará que hemos estudiado para nada -resoplaba Maja-. No me va a quedar más remedio que trabajar en el taller de mi padre y nos pasaremos el día discutiendo.

-Siempre será mejor que quedarse en casa zurciendo calcetines -decía yo.

Me faltaba el aire solo de pensar en pasarme el día entero en casa con madre.

Mientras, los fascistas no solo ocupaban las escuelas, sino también los ayuntamientos, las oficinas de correos y los tribunales. A los empleados tirolese los despedían en masa y los italianos colgaban en los despachos carteles que decían «Prohibido hablar alemán» y «Mussolini siempre tiene razón». Imponían toques de queda, concentraciones el sábado por la tarde para ver pasar al podestà, sus fiestas de guardar...

-Tengo la sensación de estar caminando por un campo de minas -decía Maja.

Se cansaba enseguida de nuestras conversaciones, que siempre terminaban en cosas sin importancia.

-Pero... ¿es que no veis lo que está pasando? -farfullaba, enfadada-. Curon, Resia, San Valentino..., desde que han llegado los fascistas, ya nada

nos pertenece. Los hombres no van a la posada, las mujeres caminan pegadas a los muros, por las noches no se ve ni un alma... ¿Cómo es posible que no os importe?

-Mi hermano dice que el fascismo tiene los días contados -le respondía Barbara, tratando de calmarla.

Pero Maja no se calmaba. Al contrario, resoplaba como un caballo y se dejaba caer de espaldas sobre la hierba al tiempo que nos decía que no éramos más que un par de vanidosas.

Ella había recibido una educación distinta a la nuestra. Su padre era un hombre instruido que dedicaba mucho tiempo a explicar a sus hijos qué estaba sucediendo en el Tirol del Sur y en el mundo entero. Les contaba quién era tal gobernador o cuál ministro, y, si por casualidad Barbara y yo estábamos en su casa, acometía larguísimos discursos en los cuales iba soltando una retahíla de nombres y lugares que ni ella ni yo habíamos oído nombrar jamás. Al final de su discurso, siempre nos alertaba con esta frase: «Cuando os caséis, decídselo a vuestros maridos y recordadlo también vosotras: si no os ocupáis de la política, ¡la política se ocupará de vosotros!». Y luego se recluía en su habitación. Maja idolatraba a su padre y en cuanto él terminaba de hablar, ella asentía en señal de obediencia. Barbara y yo nos dedicábamos a mirar por la ventana porque nos sentíamos tontas como cabras.

-A este paso, Maja se va a volver más fanática que su padre -decía Barbara cuando volvíamos a casa.

A veces, Barbara y yo salíamos solas. Nos montábamos en las bicicletas y llegábamos hasta San Valentino: bordeábamos el lago en busca del frescor del agua, que se nos pegaba a la cara sudada.

-Tengo la sensación de que las montañas crecen tanto como nosotras -decía Barbara, mientras pedaleaba con la barbilla alzada.

-¿Crees que nos ocultan el mundo? -le preguntaba yo, que un día quería huir y al siguiente encerrarme en casa.

-¿Y a ti qué te importa el mundo? -respondía ella, riendo.

Cuando yo volvía al taller, padre me decía que se respiraban otra vez aires de guerra. Los padres de Maja decían que era mejor marcharse a Austria, lejos de los fascistas. Los de Barbara querían irse a casa de su familia alemana.

Y, mientras tanto, la población del Tirol del Sur también iba cambiando. Pasaban los meses y seguían llegando colonias de italianos enviados por el

duce. Incluso aquí, a Curon, llegaron unos cuantos. No era difícil reconocer a aquellos forasteros llegados del sur, con la maleta en la mano y la nariz levantada para contemplar laderas nunca vistas y nubes demasiado cercanas.

Desde el primer momento, fuimos nosotros contra ellos. Nuestra lengua contra la suya. La prepotencia del poder repentino contra la reivindicación de raíces con siglos de antigüedad.

Erich pasaba a menudo por casa, pues él y padre eran amigos desde siempre. Padre apreciaba mucho a Erich porque este no tenía familia.

A madre, en cambio, no le caía especialmente bien.

-Ese muchacho es soberbio -decía-. Cuando habla, parece que te está haciendo un favor.

Madre esperaba de los demás todo el afecto que ella no demostraba.

Padre le decía a Erich que se sentara en el taburete; luego le daba la vuelta a su silla, apoyaba los codos en el respaldo y las manos en las pobladas mejillas. Erich parecía su hijo. Un hijo inquieto, que pide consejo sobre todo. Yo los espiaba oculta tras el marco de la puerta. Trataba de hacerme invisible conteniendo la respiración y pegando a la pared las palmas de las manos. Si aparecía por allí mi hermano, Peppi, lo obligaba a quedarse a mi lado y le tapaba la boca. Él intentaba soltarse, pero en aquella época yo aún conseguía inmovilizarlo. Peppi tiene siete años menos que yo y nunca se me ocurría nada que decirle, aparte de niño mimado. Para mí solo era un mocoso con la cara sucia y las rodillas despellejadas.

-Parece que el Gobierno italiano quiere meter mano otra vez al proyecto del embalse -dijo Erich una tarde-. Varios campesinos que llevan a sus animales a pastar cerca de San Valentino han visto llegar cuadrillas de trabajadores.

Padre se encogió de hombros.

-Ya hace años que dicen lo mismo, pero luego no pasa nada -respondió, con su sonrisa bonachona.

-Si lo construyen, tendremos que encontrar la manera de impedirselo -prosiguió Erich, con la mirada perdida-. Los fascistas tienen mucho interés en arruinarnos y dispersarnos por toda Italia.

-Tú tranquilo: por mucho que dure el fascismo, aquí no se puede construir un embalse. El terreno es fangoso.

Pero la mirada gris de Erich era inquieta como la de un gato.

El embalse se había anunciado por primera vez en 1911. Los empresarios de Montecatini querían expropiar Resia y Curon, y explotar la corriente del río para producir energía. Industriales y políticos decían que el Alto Adigio era una mina de oro blanco y, cada vez con más frecuencia, enviaban ingenieros a inspeccionar los valles y a sondear los cursos de los ríos. Nuestros pueblos terminarían sepultados en una tumba de agua: las granjas, la iglesia, los talleres, los campos en los que pacían los animales... Todo sumergido. Por culpa del embalse, perderíamos casas, animales y puestos de trabajo. Por culpa del embalse, no quedaría nada de nosotros. Nos veríamos obligados a emigrar, a convertirnos en otras personas. A buscar otra forma de ganarnos el pan, otro sitio en el que vivir, otra gente. Moriríamos lejos de Val Venosta y del Tirol.

En 1911, el proyecto no prosperó porque el terreno se consideró peligroso. No tenía suficiente consistencia, estaba formado únicamente por detritos de dolomía. Pero después de que el fascismo llegara al poder, todo el mundo sabía que el duce se proponía construir polígonos industriales en Merano y Bolzano -ciudades cuya población se duplicaría o triplicaría con la llegada en masa de italianos en búsqueda de trabajo-, por lo que la demanda de energía aumentaría mucho.

Erich se desgañitaba en la posada, en la anteiglesia, en el taller de padre...

-Que sepáis que volverán. Con el tiempo regresarán, no os quepa duda -les decía.

Pero mientras él se esforzaba, los campesinos seguían bebiendo, fumando y barajando las cartas. Rechazaban aquel discurso apretando los labios o agitando las manos en el aire, como quien caza moscas.

-Lo que no ven, no existe -le decía Erich a padre-. Dales un vaso de vino y ya no piensan en nada más.

CAPÍTULO CINCO

En lugar de contratarnos a nosotras preferían a sicilianos semianalfabetos y campesinas vénetas. Que los niños tirolese aprendieran o no era lo que menos preocupaba al duce.

Nosotras tres dedicábamos los días a pasear desanimadas por la plaza abarrotada, llena de vendedores ambulantes que gritaban sin descanso hasta el atardecer y de mujeres que formaban corrillos en torno a los carros.

Una mañana, se nos acercó el párroco. Nos condujo hacia una callejuela vacía, de muros cubiertos de musgo. Nos dijo que si de verdad queríamos enseñar, debíamos bajar a las catacumbas. Bajar a las catacumbas significaba hacer de maestras clandestinas. Era ilegal y podía comportar multas, palizas, aceite de ricino. Se podía incluso acabar al otro lado de la frontera, en cualquier isla perdida. Barbara dijo enseguida que no; Maja y yo nos miramos, titubeantes.

-¡No hay tiempo para pensarlo! -nos apremió el párroco.

Cuando lo conté en casa, madre empezó a gritar y me dijo que acabaría en Sicilia rodeada de negros. Padre, en cambio, me dijo que hacía bien. Yo no quería ir, en realidad, nunca he sido demasiado valiente. Solo fui porque quería quedar bien delante de Erich. Le había oído decir que participaba en asambleas clandestinas; sabía también que leía la prensa alemana, que formaba parte de un círculo que defendía la anexión a Alemania. Dar clase en las catacumbas, pues, me parecía una buena manera de impresionarlo, pero también me serviría para averiguar si lo que yo deseaba de verdad era ser maestra.

El párroco me asignó un sótano en San Valentino y, a Maja, un granero en Resia. Iba a eso de las cinco de la tarde, y ya estaba oscuro. O, a veces, el domingo antes de misa, y siempre estaba oscuro. Pedaleaba con desesperación

y me adentraba por senderos perdidos que ni siquiera sabía que existían. Si se movía una hoja, o cantaba un grillo, me entraban ganas de gritar. Dejaba la bicicleta detrás de un arbusto antes de entrar en el pueblo y caminaba con la cabeza gacha por si me cruzaba con algún carabinieri. Veía a los condenados carabinieri por todas partes, hasta el punto de que habían empezado a parecerme polillas.

En el sótano de la señora Marta, arrinconábamos damajuanas y muebles viejos y nos sentábamos sobre montones de paja. Hablábamos en voz baja porque teníamos que estar pendientes de los ruidos que nos llegaban desde el exterior. Bastaba una pisada leve en el patio para asustarnos. Los niños eran más inconscientes, pero las niñas me observaban con miradas temerosas. Eran siete en total y yo les enseñé a leer y a escribir. Les cogía la mano con la mía, que era como una coraza. Los ayudaba a escribir las letras del alfabeto, las palabras, las primeras frases. Al principio parecía imposible, pero de repente, casi de un día para otro, eran capaces de silabear despacio, de leer en voz alta, uno a uno, acompañándose con el dedo para no perderse. Enseñar alemán me parecía precioso. Me gustaba tanto que a veces incluso se me olvidaba que era una maestra clandestina. Pensaba en Erich y me decía que estaría orgulloso si me viera allí abajo, concentrada en escribir en un trozo de pizarra letras y números que los niños copiaban y repetían a coro en voz baja. Mientras volvía a casa, me soltaba el pelo porque si no, no se me pasaba el dolor de cabeza. Pero el dolor de cabeza era una buena compañía, me distraía del miedo.

Una tarde, dos carabinieri derribaron la puerta del sótano, como si fuéramos un grupo de bandidos. Una de las niñas se puso a gritar, mientras los demás se dispersaban hacia los rincones y se ponían de cara a la pared para no ver. Solo Sepp se quedó donde estaba y, muy despacio, se acercó a un carabinieri. Lo insultó con una rabia serena que no olvidaré jamás. El carabinieri no sabía alemán, pero le giró la cara de un bofetón. El niño, sin embargo, no retrocedió ni un centímetro. No lloró. No dejó de mirarlo con odio.

Cuando salimos todos, los carabinieri arrojaron la pizarra contra la pared, la emprendieron a patadas contra las damajuanas y volcaron los muebles.

-¡Vas a ir a la cárcel! -gritaban, mientras me llevaban a rastras al ayuntamiento.

Me encerraron durante toda la noche en una habitación desnuda. De la pared colgaba una foto de Mussolini, con las manos en los costados y una mirada cruel. Decían que las mujeres lo adoraban y yo me esforzaba por entender qué atractivo le veían. En cuanto me vencía el sueño, entraba un carabiniere y golpeaba la mesa con un bastón para despertarme. Me enfocaba la cara con una lámpara y me repetía: «¿Quién te pasa el material?», «¿Dónde se esconden los otros maestros clandestinos?», «¿Quiénes son los padres de esos niños?».

Cuando padre vino a buscarme, le tiraron de los bigotes, como hacían siempre con quien no les caía bien. Luego le sacaron un buen fajo de billetes. Me sentía como un trapo, tenía retortijones en el estómago y los ojos inyectados en sangre. Pensaba que padre me prohibiría volver, pero en la fuente, mientras me pasaba por la cara un paño húmedo, me dijo:

-Ahora no te queda más remedio que seguir.

Cambiamos de sitio. Nos instalamos en el desván de un cliente de padre. Acudieron todos los niños; la única que no quiso volver fue la pequeña que se había puesto a gritar. Mis alumnos apenas tenían alguna que otra hoja de papel, a veces ni siquiera eso. Algunos usaban una hoja arrancada del cuaderno que utilizaban en la escuela italiana, que era de asistencia obligada. Al final de la clase, los hacía salir por la parte de atrás de la casa. En una ocasión en que llamaron de repente a la puerta, subimos a toda prisa al tejado, rápidos como ratones. Los abracé a todos por miedo a que resbalaran y se cayeran, pero enseguida llegó la dueña de la casa y nos dijo riendo que era el panadero, que había venido a traer el pan.

Cuando llegó el verano todo se volvió más fácil. Nos íbamos al campo a dar clase y bajo toda aquella luz se hacía difícil pensar en cosas malas. Al aire libre, esconder la escuela clandestina se convertía en un juego. Nos pasábamos horas ensayando una obra que yo quería representar en Navidad en la granja de Maja, leíamos en voz alta los cuentos de Andersen y de los hermanos Grimm, pero también poemas prohibidos, que yo me sabía de memoria porque los había aprendido de pequeña, cuando aún existía la escuela austriaca. De vez en cuando, algún ruido procedente de la calle me hacía enmudecer y Sepp me cogía la mano y me tranquilizaba con su gélida mirada. Años más tarde, supe que Sepp se había convertido en uno de los

colaboradores más jóvenes de los nazis: su trabajo consistía en clasificar a los prisioneros en el campo de concentración de Bolzano.

Soñaba todas las noches con los carabinieri y los camisas negras. Me despertaba de golpe, sudada, y me pasaba horas contemplando el techo. Antes de volver a dormirme inspeccionaba la granja para asegurarme de que realmente no hubiera nadie. Miraba incluso debajo de las camas y dentro del armario. Madre, que tenía el sueño ligero, me decía desde su habitación:

-Trina, ¿se puede saber qué haces levantada a estas horas?

-¡Quiero asegurarme de que no haya carabinieri por aquí! -le contestaba yo.

-¿Debajo de la cama?

-Eh...

Entonces la oía volverse hacia del otro lado y murmurar que yo estaba medio loca.

Mientras tanto, las escuelas clandestinas iban en aumento. Los contrabandistas nos traían cuadernos, ábacos y pizarras desde Baviera y Austria. Entregaban todo el material a los párrocos, que luego lo clasificaban. Por mucho que colocaran en todas partes carteles que decían «Prohibido hablar alemán», los fascistas no conseguían italianizar nada de nada, motivo por el cual se volvían más y más violentos.

Cuando llegó el invierno, los niños empezaron a disfrazarse solo para fastidiar a los carabinieri. Algunos se presentaban arrebujados en sus abrigos, como si tuvieran fiebre, otros con monos de trabajo remendados de cualquier manera y otros de punta en blanco como si fueran a hacer la primera comunión... Por las noches, cuando volvía pedaleando y por fin veía mi casa, con la lámpara de petróleo encendida tras los cristales ahumados, me reía como quien se ha salido con la suya una vez más.

Un día, Barbara y yo salimos juntas. Nos besamos sobre la hierba y, al levantarnos, teníamos la ropa arrugada. Nos gustaba besarnos, aunque no sabría decir por qué lo hacíamos. A lo mejor es que cuando se es tan joven sobran los porqués. Estábamos sentadas sobre el tronco de un árbol cortado y Barbara llevaba unas cuantas galletas de chocolate envueltas en papel.

-Me gusta enseñar en alemán -le conté, con la boca llena-, pero aún me gusta más saber que lo que hago va en contra de los fascistas.

-Pero... ¿no tienes miedo?

-Al principio lo tenía, pero he aprendido a observar las caras de los niños. Cuando ellos están tranquilos, yo también me tranquilizo.

-Esos hijos de mala madre no nos han dejado dar clase ni un solo día -dijo, desconsolada.

-¿Y por qué no vienes tú también?

-Ya te lo he dicho, Trina, yo no tengo tu carácter. Si a mí me hubiera pasado lo que te pasó a ti, me habría muerto de un infarto.

-No fue nada, solo un susto.

-Bueno, ahora ayudo en el negocio familiar, mi padre cuenta conmigo -prosiguió, tratando de defenderse.

-¡Pero no hace falta que dejes de trabajar para enseñar! ¡Puedes dar clase cuando tengas un poco de tiempo libre! -me apresuré a decir-. Ya lo verás, te irá muy bien estar con niños, es mucho mejor que estar con adultos.

Pensó largo rato, mientras se mordía los labios, y luego dijo:

-Bueno, de acuerdo, pero no se lo digas a nadie. Menos aún a mis padres.

Cuando se lo conté al párroco, enseguida estuvo de acuerdo. En Resia ya había otro grupo a punto de empezar.

Barbara apenas tuvo tiempo de decirme que se divertía y que le gustaba. Era un jueves por la tarde y en Curon llovía. La típica lluvia oblicua de noviembre. Peppi y yo estábamos en casa, amasando albóndigas.

Oímos que alguien dejaba caer la bicicleta delante de casa y llamaba a la puerta con los puños, dispuesto a entrar.

-¡Han bajado hasta allí, han desalojado la sacristía, lo han destrozado todo, han echado a los niños a patadas! -gritó-. Y cuando se ha quedado sola, la han arrastrado por el pelo y la han metido en un coche -prosiguió Maja, casi sin aliento y con una mirada torva-. La enviarán a la frontera, a Lipari.

Ni siquiera pude preguntarle si le habían puesto las manos encima. Me quedé allí, con la saliva cuajada en la boca.

La lluvia seguía cayendo en el umbral de casa y me mojaba la cara.

CAPÍTULO SEIS

Padre y Erich repetían los mismos gestos. Las conversaciones, la grapa, los cigarrillos. Hasta yo repetía los mismos gestos. Me apostaba junto al marco de la puerta, me dejaba llevar por la imaginación y huía hacia la cocina en cuanto él se levantaba para volver a casa. Todas las veces fingía estar doblando un mantel o bebiendo agua como alguien que ha sobrevivido al desierto. Y estaba convencida de que seguiría así para siempre. En el fondo, no me desagradaba. Al verlo allí solo, siempre en el mismo taburete, yo tampoco me sentía sola. ¿No es esa también una forma de amarse? ¿Limitarse a observarlo a escondidas, sin tener que someterse obligatoriamente al ritual del matrimonio y los hijos?

Un día de noviembre se presentó en casa con un corte enorme en la mandíbula: la herida le bajaba por el cuello y se perdía bajo la camisa. Daba la sensación de que alguien había intentado partirle la cabeza por la mitad, como si fuese un coco. Padre lo sujetó instintivamente por las axilas y lo acompañó hasta la silla que estaba frente a la estufa.

-He pasado las últimas noches escondido a las afueras del pueblo con los campesinos. Han llegado inspectores italianos. «Llevamos siglos viviendo en este sitio. Aquí viven nuestros padres y nuestros hijos: ¡aquí están enterrados nuestros difuntos!», les he gritado. En ese momento, uno de esos cobardes ha sacado la porra, pero un ingeniero lo ha calmado y me ha contestado que llegaríamos a un acuerdo. «El progreso vale más que un puñado de casas», me ha dicho.

Me entristecía verlo desfigurado, pero también me alegraba la idea de poder estar finalmente cerca de él sin tener que esconderme. Quería limpiarle la herida con algodón y decirle sigue hablando Erich, de curarte me ocupo yo.

-Otro de los nuestros ha empezado a gritar y ha dicho que no nos iríamos

bajo ningún concepto, que todo el pueblo estaba dispuesto a resistir. «Cogeremos las horcas, abriremos los establos, soltaremos a los perros», gritaba. Y así han empezado los golpes de porra y los latigazos -dijo, mientras se tocaba la herida como si aquel gesto nos hiciera más fácil creerlo.

Padre lo escuchaba boquiabierto.

-¿Quieres quedarte a comer? -le pregunté yo.

Madre me fulminó enseguida con la mirada.

Erich, sin embargo, dijo que quería estar solo.

Una tarde fui a casa de Barbara. No podía aceptar que viviera a menos de cien pasos de distancia y que, de un día para otro, ya no nos cogiéramos de la mano, ya no paseáramos juntas. Así que después de comer, en cuanto madre se echó un rato en la cama a descansar, cogí de la mesa un trozo de tarta, lo envolví en un paño de cocina y salí de casa sin decir nada a nadie.

Llegué a la puerta de su granja empapada en sudor y, de repente, me sentí paralizada. No conseguía siquiera llamar a la puerta ni decir su nombre en voz alta. Me dispuse a esperar a que Barbara se asomase a la ventana próxima al establo, como cuando sus padres no le daban permiso para salir. A veces, en verano, Barbara la dejaba abierta y yo silbaba cuando pasaba a buscarla. Ella respondía con otro silbido y luego, en un abrir y cerrar de ojos, ya estaba abajo. Siempre traía consigo un cucurucho lleno de dulces que nos comíamos mientras paseábamos. Cuando su hermana Alexandra nos oía silbar así, decía que parecíamos más brutas que los pastores.

No sé cuánto tiempo estuve delante de la puerta, con las piernas rígidas, sin atreverme siquiera a dar media vuelta. Hasta que salió Alexandra, precisamente. Llevaba varias bolsas en la mano y, cuando me vio, las dejó caer al suelo.

-¿Puedo hablar con Barbara? -le pregunté, con un hilo de voz.

Alexandra me observó con los ojos muy abiertos, no sé si en un gesto de desprecio o de estupor. Luego levantó la barbilla para indicarme que me marchara.

-¿Puedo hablar con Barbara? -le volví a preguntar.

-No está en casa.

-Eso me lo dices porque no quieres que hable con ella.

-Exacto, no quiero -dijo, apretando los labios-. Y ella tampoco.

-Te lo ruego -repetí-. Le hablaré desde aquí, basta con que se asome un minuto.

-Por tu culpa la van a enviar a la frontera, ¿sabes?

Guardamos silencio, como duelistas. Desde el establo nos llegaban los balidos de las ovejas.

-¡Apártate! -le grité de repente-. ¡Apártate! -le grité de nuevo.

Y me dirigí hacia ella con la cabeza gacha, como un toro. Mientras la empujaba, tenía la sensación de que no era yo quien decidía mis acciones, sino una parte de mi cuerpo cuya existencia desconocía. Nos peleamos como perras. Alexandra me tiró del pelo y me envió al suelo de una patada.

-O te vas o llamo a mi padre.

En apenas un segundo, me di cuenta de lo que había hecho y deseé morirme de vergüenza. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas que Alexandra me había arañado con las uñas.

Se quedó junto a la puerta, montando guardia, hasta que yo me alejé. Quise volverme una última vez mientras caminaba, suplicarle que al menos le diera a Barbara el trozo de tarta que le había llevado y que había acabado en el suelo, junto a sus bolsas. Pero ya ni siquiera me salía la voz.

Deambulé en solitario, sin rumbo alguno. Ya casi anochece cuando volví a casa. Nada más entrar, padre salió a recibirme.

-¿Se puede saber dónde te habías metido? ¡Ya hace rato que ha oscurecido, desdichada!

Yo aún estaba roja de tanto llorar, pero él estaba tan ocupado soltándome el sermón que no se fijó en nada, ni siquiera en los arañazos.

-Suerte tienes de que tu madre se encuentre mal y se haya ido a dormir con las gallinas.

Le pedí perdón, le juré que no volvería a pasar nunca más, y ya me iba a la cama cuando él me dijo que tenía que contarme algo importante.

-Mañana, padre, he tenido un mal día.

Puso sus manos en mis brazos y me obligó a sentarme en el taburete.

-Ya he hablado -dijo.

-¿Con quién?

-¿Cómo que con quién?

-Ya te lo he dicho, padre, he tenido un mal día. Quiero irme a dormir.

-Él dice que no se le había ocurrido, pero que le parece bien. Es más, ¡está contento!

Solo entonces comprendí que se refería a Erich y entonces me restregué el rostro con las manos y me sequé los ojos con su pañuelo.

-Pero... ¿por qué no me has pedido permiso?

-Pero bueno, niña..., ¿yo intento ayudarte y tú me tratas así? ¿No quieres casarte con él? ¿Prefieres pasarte la vida doblando manteles?

Nunca me había sentido tan aturullada. Me latían las sienes y no conseguía controlar los hipidos.

-Pero... ¿le gusto sí o no? -fue lo único que conseguí preguntarle, entre uno y otro hipido.

-Pues claro, ¡con lo guapa que eres!

-Soy guapa para ti, pero... ¿a él le gusto?

-Pero, a ver, ¿cómo no le vas a gustar?

-¿Y madre? ¿Quién se lo dice a madre? -grité, furiosa y abrumada por toda aquella confusión.

-Vayamos paso a paso -dijo él, al tiempo que extendía los brazos y me contemplaba con los ojos desorbitados, sin entender mi actitud.

-¿Ya me puedo ir a dormir?

-Por lo menos, dime si quieres casarte con él.

-Me parece bien casarme con Erich -dije, mientras me levantaba del taburete.

-Pero si quieres casarte con él... ¿por qué no haces más que lloriquear? -dijo, mientras vaciaba la cazoleta de la pipa.

Yo no conseguía pronunciar palabra, así que padre se me acercó y me abrazó con más fuerza que el día en que volví del examen de bachillerato.

-Me alegro, Trina. Es huérfano, es pobre y tiene el trozo de tierra más pequeño de todo el pueblo. En resumen, que tiene todos los números para hacerte pasar hambre -se echó a reír, con la esperanza de que me riera yo también.

Tardé al menos una semana en recuperarme de aquel día. Cuando por fin

me tranquilicé y asimilé las cosas un poco mejor, me fui a ver a madre y le pregunté:

-Entonces, ¿puedo casarme con él?

Madre siguió quitando el polvo y, sin volverse siquiera, me respondió:

-Haz lo que quieras, Trina. Tienes la lengua demasiado larga como para que me ponga a discutir contigo. Si de verdad te interesara mi opinión, me lo habrías preguntado a su debido tiempo.

No podía esperar más de ella.

CAPÍTULO SIETE

Cuando padre me llevó al altar, en aquella iglesia decorada con los geranios que Maja había colgado por todas partes, me costó contener las lágrimas. No por la emoción, sino porque justamente aquel día habían metido a Barbara en un coche y la habían llevado a la frontera. La habían tratado peor que a una puta y la habían obligado a desfilarse por las calles con las manos esposadas. Yo llevaba un vestido blanco almidonado y lleno de adornos de encaje, el pelo recogido en una trenza y los zapatos relucientes, mientras que ella iba despeinada y llevaba en los pies unas viejas zapatillas. La gente me esperaba en la iglesia y todo el mundo, incluido el párroco, creía que tardaba porque me estaba poniendo guapa. Pero yo estaba en la anteiglesia llorando y suplicándole a padre que me llevara con Barbara, tal y como iba vestida, y me dejara hablar con los carabinieri para admitir que yo tenía la culpa de todo, para pedirles que me enviaran a la frontera también a mí.

-Basta ya, niña -me repetía él pacientemente, mientras me ofrecía su pañuelo.

Y si en un determinado momento no hubiese llegado Peppi para ayudarlo a llevarme a rastras hasta el altar, creo que de verdad habría echado a perder la ceremonia.

Nos fuimos a vivir a la granja de Erich, que en otros tiempos había pertenecido a sus padres. Resultaba evidente que era una casa de muertos. El salón estaba oscuro y me topaba una y otra vez con las fotos de su madre, sobre los muebles: su madre de joven, su madre con los hijos, su madre con la abuela... Me apresuré a darle un aire nuevo a la casa, pinté yo sola las paredes y me dediqué a cambiar de sitio los muebles. De vez en cuando, al arrastrar un mueble, se caía alguna que otra fotografía y se rompía el cristal.

Entonces barría los fragmentos con la escoba, besaba la foto de la muerta para pedirle perdón y la metía en el cajón más escondido, mientras suspiraba de alivio. En apenas un mes, ya me había deshecho de todas las fotos.

En aquella casa no faltaba espacio y estaba rodeada de un enorme prado en el que a Grau le encantaba correr, pero el establo estaba tan cerca que en el aire flotaba siempre un olor a paja y forraje que penetraba en la piel y, algunas noches, me daban ganas de vomitar. Y eso por no hablar del frío, que en invierno nos obligaba a vagar por la casa con mantas sobre los hombros, como si fuéramos fantasmas. Por debajo de la puerta se colaban corrientes de aire con un aterrador silbido. Estábamos siempre pegados a la estufa de cerámica y nos bañábamos solo si era necesario. Después de cenar nos íbamos enseguida a dormir y, casi todas las noches, Erich se me acercaba como un animal manso y me hacía el amor. Para mí era como un ritual y no puedo decir que me gustara, pero tampoco que me disgustara. Él se sentía bien y con eso me bastaba. Mientras Erich me hacía el amor, yo a veces pensaba en Barbara y me pregunta dónde estaba y si aún me odiaba.

Me levantaba con él cuando aún era oscuro, le preparaba la sopa de leche y, si hacía falta, lo ayudaba a ordeñar los animales o a distribuir el heno. No me costaba levantarme temprano. Cuando me quedaba sola, me preparaba otra taza de café de cebada y luego me iba a dar clase a los niños. El párroco me había enviado a un cobertizo para herramientas que estaba detrás de la carnicería. A aquellas alturas ya solo me quedaban tres alumnos. Los fascistas habían efectuado nuevos registros en el valle, habían multado y arrestado a otros maestros. Solo los sacerdotes, con la excusa del catecismo, conseguían seguir enseñando alemán.

Después de las clases, iba a comer a casa de mis padres. A menudo me quedaba con ellos, pero otras veces volvía a casa y me ponía a leer. Madre no soportaba que perdiese el tiempo de aquella manera. Si me veía con un libro en la mano, farfullaba que acabaría en el infierno con mis libros y empezaba a asignarme una tarea tras otra, acosándome con la letanía de que tenía que aprender a coser para cuando llegaran los hijos.

Los domingos, Erich y yo íbamos a dar una vuelta en bicicleta. Bordeábamos el río, recogíamos setas y nos adentrábamos por senderos que ascendían hasta las cimas. Si conozco el valle no es porque haya nacido allí,

sino porque él me lo enseñó. Cuando llegábamos a lo alto y yo tenía frío, Erich me frotaba la espalda. Tenía unas manos grandes y nervudas, que me gustaba sentir en la piel. Los días de fiesta también se despertaba al amanecer y decía:

-Venga, ¡vamos a caminar, que el cielo está despejado!

A mí me gustaba holgazanear, pero Erich preparaba el café de cebada, me lo llevaba a la cama y luego arrancaba de un tirón las sábanas.

Decía que no pensaba en hijos y cuando yo le respondía que quería tenerlos, se encogía de hombros.

-Llegarán cuando ellos quieran -se limitaba a decir.

Y poco después de que Erich pronunciara aquellas palabras, me quedé embarazada. Acababa de salir del cobertizo y, en un momento determinado, me entraron unas náuseas terribles, como si fuera un retortijón. Pedaleé a toda prisa hasta llegar a casa, corrí hacia la palangana y entonces, como era habitual en mí, me asaltó la indecisión y me dije que era mejor quedarme fuera. El resultado fue que vomité en la puerta misma.

-¡Ya te dije que llegarían cuando ellos quisieran! -dijo Erich, apoyándome la cabeza en su pecho.

Durante el embarazo, siempre tenía sueño: nada más volver del cobertizo, comía algo y me metía en la cama. Ya no les tenía miedo a los fascistas y, por mucho que estuviera embarazada, no quería dejar de trabajar como maestra clandestina por nada del mundo. La barriga me hacía sentir protegida, no atemorizada.

Cuando Erich volvía de los campos, me ponía la mano sobre el vientre y decía que, en su opinión, sería una niña. Quería llamarla Anna, como su madre.

-Pues si es una niña, se llamará Marica -le respondía yo, zanjando así la discusión.

CAPÍTULO OCHO

Al principio, Michael comía y dormía como un angelito en la cuna que padre le había construido y que madre había llenado con mantitas de algodón. No lloraba nunca y, de hecho, ni siquiera abría la boca. Pronunció sus primeras palabras a los tres años largos, todo lo contrario que tú. Erich se limitaba a hacerle cuatro carantoñas y a ponérselo a dormir sobre el hombro; por lo demás, no le prestaba la menor atención. Cuando le preguntaba por qué no hacía el esfuerzo de pasar un poco más de tiempo con él, me respondía que no sabía qué decirle hasta que empezara a hablar.

Yo me organizaba bastante bien: conseguía seguir dando clase y saliendo de vez en cuando con Maja. Sobre todo porque contaba con madre, que venía todas las mañanas a ayudarme. A mí, sin embargo, no me gustaba mucho que me ayudase. Nada más entrar en casa, madre me palpaba los pechos y me regañaba porque estaba demasiado delgada.

-Así no te sube la leche -decía.

Por si eso fuera poco, quería tener al niño siempre en brazos: cualquier momento le parecía bueno para achucharlo.

Pasaron cuatro años antes de que tú nacieras. Durante todo ese tiempo fuiste mi tormento, y por mucho que madre me hiciera sentir como una mala madre, yo te deseaba. El día en que descubrí que estaba embarazada de ti fue el más feliz de mi vida. Sabía que eras una niña y sabía que te iba a poner aquel nombre que había leído en una novela y que, según madre, era otra de las manías que me habían entrado cuando estudiaba para maestra.

Naciste una noche de invierno. Había mucha nieve y la comadrona llegó tarde, cuando ya tenías la cabeza fuera. Madre lo hizo todo: sustituir los cubos,

mantener el brasero encendido para que no nos faltara agua caliente en ningún momento, cambiarme las vendas, darme el tiempo de respirar entre empujón y empujón para no sufrir desgarros... Incluso en aquellos momentos daba órdenes como si fuese un general, pero se mostraba diligente y delicada. No me soltó la mano en ningún momento.

Cuando naciste, la habitación se llenó de los olores propios del parto y no sé por qué, pero me avergoncé. Madre te lavó, te limpió y, después de ponerte un gorrito, te colocó sobre mi pecho.

-Es igualita a ti -dijo, con las manos apoyadas en las caderas-: ¡Habrás que vigilarla para mantenerla alejada de los libros!

Y se echó a reír, satisfecha, porque no estabas roja y arrugada, sino que tenías la piel blanca y elástica.

Erich llevaba varios días fuera de casa recogiendo leña. Se había marchado con el trineo, acompañado por un grupo de campesinos. Cuando se iba a recoger leña yo siempre me preocupaba, porque era un trabajo peligroso y no sería la primera vez que un trineo cogía velocidad y acababa estrellándose contra un árbol o despeñándose por un barranco. Cuando por fin volvió, le dije que padre ya te había registrado en el ayuntamiento y que ya no se te podía cambiar el nombre.

-No podrías haber tenido una madre más cabezota -dijo, mientras te cogía en brazos y te miraba atentamente el rostro.

Tú no eras como Michael: escupías la leche, y darte el pecho era un drama día sí y día también. Tenía que exprimírtelo en tu boquita, porque te cansabas de mamar. Había que mecerte sin descanso hasta que te dormías y ponerte en la mano, para que lo apretaras, un pompón que madre te había atado con un hilo a la muñeca. Según decía, tenías miedo de caerte y había que velarte para no dejarte sola con tus miedos. Por las noches, Michael se quedaba allí observándote hasta que te dormías. Contemplabas la lámpara de petróleo con tus ojos de color avellana muy abiertos, hasta que de repente los cerrabas. Si movías las manos en sueños, él te acariciaba la barriguita para que no te despertaras. Aprendiste a hablar muy rápido. Y puede que por eso siempre te haya imaginado como una persona locuaz y capaz de hablar con todo el mundo.

A los tres años, ya corrías como una liebre. Poseías una fuerza infatigable en las piernas, hasta el punto de que padre ya no podía seguirte el ritmo. No tardó en tener que salir acompañado por Erich, que te agarraba por el

pescuezo si intentabas huir. Es uno de los recuerdos más nítidos que conservo: verte caminar hacia la iglesia en medio de los dos.

Cuidar de ti y de tu hermano me cansaba enseguida. Sufría por el tiempo que me faltaba. Pensaba que mientras estaba con vosotros, las cosas hermosas del mundo seguían adelante y que ya no podría recuperarlas cuando vosotros fuerais mayores. Si le confiaba esos pensamientos a Erich, no me entendía y decía que lo único que hacía era amargarme la vida.

No se enfadaba si cuando volvía del campo la cena no estaba lista o encontraba la casa desordenada. Después de ponerse los pantalones del pijama, te cogía en brazos y con una mano cortaba la polenta o se freía un par de huevos en mantequilla. Comía de pie, le daba igual no sentarse a la mesa.

Cuanto más crecías, más se encariñaba Erich contigo. Eras su trofeo. Te colocaba sobre los hombros y, si no le gritabas en la oreja, se encendía un cigarrillo y se dirigía a la plaza como un general victorioso. A Michael se lo llevaba a pescar y, de vez en cuando, a la posada de Karl. Le llenaba de leche una jarra de cerveza, para que se sintiera mayor.

Por las tardes, tú y tu hermano os sentabais en la puerta para esperarlo y, cuando lo veíais llegar, corríais hacia él y prácticamente no lo dejabais ni entrar en casa. Erich trataba de esquivaros porque aún llevaba pegado al cuerpo el hedor de los animales, pero vosotros le metíais la cabeza debajo de las piernas para que supiera que no os importaba. Queríais correr al aire libre con él. Yo, en cambio, debía de pareceros aburrida: me gustaba sentaros en la alfombra y quedarme allí, mirándoos.

Cuando teníais sueño, me buscabais a mí y os quedabais dormidos en un instante, tú apoyada en este hombro y Michael en su camita. Y entonces Erich se ponía a fumar y, mientras fumaba, me hablaba en voz baja. Estaba obsesionado con los fascistas.

-Nos enviarán a trabajar a África o a luchar en algún rincón perdido de su ridículo imperio -protestaba, con el humo en la garganta-. De momento nos están arrebatando nuestros trabajos y nuestro idioma, y luego, cuando ya hayan conseguido hacernos perder la paciencia, cuando ya nos hayan sumido en la pobreza, nos echarán a patadas de aquí y construirán su condenado embalse.

Yo me quedaba allí escuchándolo, sin saber qué decir. Jamás podía consolarlo.

-Pues cogemos a los niños y nos vamos de aquí.

-¡No! -gritaba él.

-¿Por qué quieres quedarte, si nos vamos a quedar sin trabajo, si no podremos hablar en alemán, si van a destruir nuestro pueblo?

-Porque yo he nacido aquí, Trina. Aquí nacieron mi padre y mi madre, aquí naciste tú, aquí han nacido mis hijos. Si nos vamos, habrán ganado ellos.

CAPÍTULO NUEVE

En 1936, llegó a Curon la hermana de Erich. Vivía en Innsbruck con su marido, un hombre alto y corpulento de largos bigotes. Eran personas ricas, de ciudad, a las que yo solo había visto el día de la boda. Anita y Lorenz eran mucho mayores que nosotros. Le habían comprado al banquero una de las muchas granjas vacías del pueblo y no tardamos en forjar una estrecha amistad. Los domingos comíamos juntos y, a veces, cenábamos juntos algún que otro día entre semana. A ella le gustaba cocinar y no era raro que llamara a la puerta para traerme una rosca.

-Para los niños -me decía.

Anita se parecía a Erich, tenía los mismos rasgos faciales que él, la misma frente amplia. Era una mujer menuda y afable, que siempre sonreía. Cuando Lorenz volvía de Austria -trabajaba como vendedor de seguros-, siempre os traía regalos. Abríais unos ojos como platos al ver ciertos juguetes y repetíais una y mil veces «Gracias, tío Lorenz», pero nunca lo abrazabais, quizá porque era muy alto y bigotudo. Erich siempre parecía cómodo cuando estaba con ellos.

-Pero... ¿qué habéis venido a hacer a Curon? -solía preguntarles, sonriendo como si no lo entendiera.

-La ciudad me confundía las ideas -le decía Anita, mientras se contemplaba las manos.

Lorenz me cohibía. Vestía siempre un chaleco marrón y no se quitaba nunca la pajarita, ni siquiera cuando estaba en casa. Si hacía buen tiempo, nos invitaba a comer. Yo buscaba excusas, le decía que tenía trabajo en casa, pero él insistía y, al final, os vestía y salíamos con ellos. Lorenz y Erich hablaban de política y se enzarzaban en discursos que no era fácil seguir. Lo único que entendía yo era que, para Lorenz, Alemania podía salvar el mundo. Anita y yo

caminábamos un par de pasos por detrás de ellos. Siempre me hablaba de vosotros, estudiaba vuestro carácter, me preguntaba qué planes tenía para vuestro futuro, pero yo nunca sabía qué responderle. Me decía que tú tenías la piel suave como la porcelana. Yo también le hacía preguntas:

-¿Por qué habéis venido a Curon?

Y entonces me contaba que llevaba muchos años siguiendo a su marido por toda Europa, pero que ya no tenía ganas. Cuando me hacía esas confesiones, un velo de melancolía le ensombrecía el rostro y permanecía en silencio durante largos minutos. O bien decía, con una mueca de fastidio:

-Llevo tantos años dando tumbos que no he hecho amigos.

Nunca me atreví a preguntarle por qué no habían tenido hijos.

Michael era un toro y crecía a ojos vistas. A los once, se había convertido en la sombra de Erich. No quería ir al colegio y muchos días se escapaba al campo en lugar de entrar en clase. Si yo lo reñía, Lorenz se interponía entre los dos y decía que Erich hacía bien.

-La escuela italiana es una porquería, solo les enseñan a elogiar al duce. Es mucho mejor que aprenda a trabajar la tierra -farfullaba, con aquella voz tan grave.

Yo tenía que morderme la lengua para no soltarle cuatro frescas. De noche, la idea de que Michael no asistiera a la escuela me quitaba el sueño. Tenía la sensación de que vivía como un animal. Erich, en cambio, no se atormentaba. Se lo llevaba a trabajar con él, le enseñaba a plantar patatas, a sembrar la cebada y el centeno, a esquilarse las ovejas y ordeñar las vacas... Y, si no, padre -que no veía la hora de enseñarle a alguien su oficio- se lo llevaba al taller.

Tú, en cambio, ibas la mar de contenta al colegio y hablabas bien en italiano. Por las tardes te sentabas a horcajadas encima de Erich, jugabas a taparle los ojos con las manos: luego le leías algún fragmento en esa lengua y él te pedía que se lo tradujeras. Erich te aplaudía con sus manos nervudas, te cogía en brazos y la habitación se llenaba de risas alegres. Un día volviste a casa con una nota muy alta y, después de plantarme el cuaderno delante de la cara, me dijiste:

-Mamá, de mayor yo también seré maestra, ¿estás contenta?

El otro día encontré una vieja foto en color sepia, pegada de cualquier

manera en una hoja que debió de pertenecer a un diario. La foto estaba desenfocada y diría que la hizo Lorenz. Michael me abraza con vehemencia; tú, en cambio, sales abrazando a Erich.

Padre me dijo que ya no tenía fuerzas para ir al taller. Que su corazón ya no estaba para desplazarse todas las mañanas en bicicleta hasta Resia. Y así fue como empecé a ir yo, que aún no tenía trabajo y ya no iba al cobertizo para trabajar como maestra clandestina.

Pedaleaba hasta la carpintería y me encargaba de los temas administrativos. Aprendí a escribir a los proveedores, a pagar a los trabajadores, a llevar al día el libro mayor... Si tú llegabas a casa y no encontrabas a nadie, te ibas a casa de la tía Anita. Contigo también se mostraba siempre afable y sonriente. Cuando volvías, me contabas que habías comido cosas que en casa no podíamos permitirnos, como chocolate o jamón. Cada vez entraba menos dinero en casa y algunas noches no teníamos gran cosa para cenar. De recién casados, contábamos también con mi sueldo como maestra y pensábamos que, pese al fascismo, yo encontraría un modo u otro de seguir trabajando como maestra. En el 38, además, los animales enfermaron y tuvimos que sacrificar a la mitad para evitar contagios. Ya casi no teníamos ovejas.

Lorenz quería prestarnos dinero, pero éramos demasiado orgullosos para aceptarlo. A Erich, por otro lado, se le había metido en la cabeza la idea de ir a buscar trabajo a Merano. Bolzano y Merano se habían convertido de verdad en lo que el duce quería: las zonas industriales y la periferia se expandían sin parar, y hasta allí se habían trasladado grandes fábricas como Lancia, Acererías o Magnesio. Llegaban miles y miles de italianos.

-Pero... ¿adónde quieres ir? Mussolini prohíbe contratar a los tirolese -le repetía Lorenz-. Es inútil que vayas hasta allí.

-Hay trabajo, nos tienen que contratar.

-No, no tienen que hacerlo -suspiraba Lorenz, atusándose los bigotes.

Entonces Erich empezaba a darle puñetazos a la pared y a gritar que los fascistas lo estaban despellejando vivo.

-Hitler ya ha anexionado Austria. Démosle un poco más de tiempo y vendrá a liberarnos también a nosotros -le decía Lorenz, para tranquilizarlo.

CAPÍTULO DIEZ

El fascismo parecía haber existido desde siempre. El ayuntamiento, con el podestà y sus tiralevitas, llevaba allí toda la vida; el rostro del duce llevaba toda la vida colgando de las paredes; los carabinieri llevaban allí toda la vida, metiendo la nariz en nuestros asuntos y obligándonos a ir a la plaza para escuchar sus comunicados. Nos habíamos acostumbrado a no ser nosotros mismos. Nuestra rabia aumentaba, pero los días pasaban muy deprisa y la necesidad de sobrevivir la convertía en algo endeble, debilitado. Nuestra rabia se parecía cada vez más a la melancolía: no explotaba nunca. Depositar nuestras esperanzas en Adolf Hitler era la verdadera rebelión. Y esa rebelión resultaba palpable en las mesas de la posada y en los encuentros clandestinos que organizaban los hombres para leer los periódicos alemanes, pero se evaporaba cuando estaban solos en los establos, ordeñando las vacas, o cuando las llevaban a la fuente para aplacar la sed.

Y así seguimos soñando, indolentes y reprimidos, hasta el verano del 39, cuando los alemanes de Hitler llegaron para anunciarnos que, si lo deseábamos, podíamos entrar en el Reich y dejar atrás Italia. Lo llamaron la «gran operación».

El pueblo entero lo celebró enseguida. Los vecinos exultaban de alegría por las calles, los niños saltaban en corrillos sin saber por qué, los jóvenes se abrazaban y se preparaban para partir, los hombres pasaban junto a los carabinieri y los insultaban en alemán. Los carabinieri guardaban silencio, con las manos apoyadas en la porra y la cabeza gacha. Así lo había querido Mussolini.

Aquel día, Erich se quedó en casa, fumando y sin dirigirme la palabra. Cuando Lorenz llamó a la puerta para decir que iba a la posada a celebrarlo, no lo acompañó. Lorenz volvió borracho en plena noche y, antes de entrar en

su casa, quiso hablar con Erich, que ya hacía rato que dormía. Yo estaba en bata y, cuando oí llamar a la puerta, me eché una manta por encima de los hombros antes de abrirle a Lorenz. Me apartó sin saludarme siquiera y se dirigió a la habitación apoyándose en las paredes. Se sentó junto a Erich y le dijo:

-Yo tarde o temprano me iré porque no tengo raíces en ningún lado. Pero si para ti este sitio tiene un significado, si los caminos y las montañas te pertenecen, no tengas miedo de quedarte.

Y le rodeó la cabeza con los brazos.

Hasta finales de año, hubo bastante jaleo en el pueblo. Los vecinos no hablaban más que de marcharse: imaginaban los lugares a los que el fñhrer los enviaría y lo que les ofrecería por la vida que dejaban allí en el valle. Qué granjas, qué zona del Reich, cuántas cabezas de ganado, cuántas tierras... Tan hartos estaban de los fascistas que hasta se creían aquellas mentiras. Los pocos que, como nosotros, decidieron quedarse no recibieron más que insultos. Nos llamaban espías, traidores. De repente, todas las personas a las que conocía desde niña ya no me saludaban, o escupían al suelo cuando pasaban junto a mí. Las mujeres, que siempre habían ido juntas al río, ahora se dividían en dos grupos, el de las optanti, las que se marchaban, y el de las restanti, las que se quedaban. A la hora de lavar la ropa se colocaban en puntos distintos del río. Hablar de la guerra calentaba los ánimos. De ser unos marginados y unos sometidos podíamos pasar a ser, en cuestión de unos pocos años, los líderes del mundo.

-¿Te marchas? -le pregunté a Maja.

-Yo quiero irme de Curon, pero no así.

-Yo ya no sé qué es lo correcto -le confesé.

-La familia de Barbara se marcha -dijo, mirando hacia otro lado-. Quieren ir a Alemania.

Escuchar el nombre de Barbara me producía un efecto extraño. Tenía la sensación de que había transcurrido un siglo desde que éramos amigas e íbamos a estudiar italiano a orillas del lago y nos reíamos tumbadas en la hierba. Ya había perdido la costumbre de escuchar su nombre. Aquel era mi dolor secreto, un dolor del que no hablaba con nadie, ni siquiera conmigo misma.

Montaron tenderetes en lados opuestos de la plaza. Los nazis cerca del campanario y los italianos, del taller del zapatero. Repartían folletos a todo el que se acercaba. Los nazis decían que no bajáramos la guardia, que los italianos nos enviarían a Sicilia o a África, donde caeríamos como moscas. Y los italianos decían lo mismo: «Los alemanes os enviarán a Galitzia, a los Sudetes o más al este aún. Acabaréis combatiendo en el hielo», decían.

Algunos nos tiraban piedras a las ventanas, pero a aquellas alturas ya las dejábamos cerradas incluso de día. De aquellos años recuerdo la oscuridad en casa y mi nariz apostada entre los postigos.

Una mañana, unos cuantos chicos cogieron a Michael y le dieron una paliza porque era el hijo de una restante. Lo encontré en el suelo del patio, con la sangre ya reseca en la boca, y la ropa y el pelo llenos de mierda. Al día siguiente no te dejé ir a clase. Te llevaba al taller en bicicleta y no te perdía de vista ni un segundo.

-Yo te daré clase -te decía, para tranquilizarte.

Pero estabas enfadada, me decías que era demasiado posesiva y que en clase nadie se atrevería a pegarte porque sabías hacerte respetar. Cuando estábamos en el taller, me preguntabas una y otra vez:

-¿Por qué no nos marchamos también nosotros?

-Porque es lo que ha decidido tu padre.

-Mamá, yo quiero irme de este sitio. Aquí ni siquiera puedo ir al colegio.

CAPÍTULO ONCE

A finales de año, algunos ya tenían las maletas preparadas para irse a Alemania: abultados colchones, enrollados y cargados en los carros; muebles desmontados; sacos de arpillera llenos de manteles y enseres varios. Por la noche, los hombres salían de casa con bolsas repletas de ropa que las mujeres habían doblado con esmero; antes de cerrar las casas, las mujeres preparaban una última y succulenta cena con todo lo que tenían. Nos llegaba el aroma de la carne y las patatas, de la polenta que se freía en grasa de cerdo. A través de los cristales, veíamos a las familias que cenaban a la luz de la lámpara de petróleo que descansaba sobre la mesa, masticando sin apenas hablar. Los que nos quedábamos los observábamos desde el umbral de la puerta o al pasar por delante de sus campos, y no era difícil darse cuenta de que incluso aquella carne les sabía amarga como la hiel. Aseguraban estar contentos, decían que Hitler los haría ricos, que les regalaría granjas, tierras y animales; se consolaban diciendo que allí en Curon el duce construiría el embalse tarde o temprano y entonces no les quedaría más remedio que marcharse. Pero lo llevaban escrito en los labios apretados y en los puños cerrados: marcharse así era cruel. Cruel para las jóvenes y para los niños, pero más aún para los ancianos, a quienes ofrecían el lugar más cómodo del carro y les decían que intentaran dormir. Cuando uno de aquellos carros partía hacia la estación de Bolzano o hacia la de Innsbruck, donde esperaban los trenes del führer, en las calles de Curon reinaba el silencio del toque de difuntos.

Gerhard, el borrachuzo del pueblo, hacía todas las noches la ronda de las granjas de Curon -más o menos un centenar- para comprobar si se había marchado alguien más. Cuando encontraba alguna vacía, llamaba a la puerta hasta despellejarse los nudillos o quedarse dormido. Karl iba a despertarlo por la mañana, se lo llevaba a la posada, borracho y sucio, y le ofrecía una

taza de café para despertarlo.

Una tarde, Maja me dijo:

-Coge la bicicleta, quiero ir a saludar a la hermana de Barbara.

Cuando Alexandra me vio en la puerta junto a Maja, abrió unos ojos como platos. Nos dijo que pasáramos y nos cortó una rebanada de pan a cada una. Nos la ofreció sin plato ni servilleta, como se hace solo con la familia. Comimos el pan en un silencio tan profundo que hasta se oía el ruido de las semillas de comino al partirse entre los dientes. Saludamos a la madre, que no nos respondió. Acaricié al perro, que aullaba cerca de la mesa.

-¿Te vas? -le preguntó Maja.

-Sí, pero aún no sé dónde.

-¿Has sabido algo de Barbara? -le pregunté, con la mirada baja.

-Ha pedido la gracia al duce y saldrá pronto en libertad. Se irá directamente a Alemania, sin pasar por aquí.

-¿Tienes papel y bolígrafo? -le pregunté de repente.

-¿Para qué? -me preguntó, en tono hosco.

-Quiero escribirle una nota.

Alexandra me observó con recelo y luego se puso a hurgar en un cajón. Cogió un pequeño cuaderno y arrancó con cuidado una hoja. Me quedé de pie, con los codos apoyados en la mesa. Notaba sus miradas clavadas en mí mientras escribía, pero no me importaba.

-Dásela cuando la veas -le dije, mientras doblaba la hoja en cuatro.

Ella me pidió que la dejara sobre la mesa.

-Dásela -le repetí, poniéndosela en la mano-, es muy importante.

Seguimos allí, mirándonos. Nadie hablaba. Al poco, el silencio se volvió insoportable, así que engullimos el último trozo de pan y nos fuimos.

Cuando se lo conté a padre, me dijo:

-Niña, nosotros hacemos bien en quedarnos. Da igual que no tengamos gran cosa que llevar a la mesa, tarde o temprano la situación mejorará. Las casas en las que vivimos son nuestras, no debemos abandonarlas bajo ningún concepto.

-¿Estás seguro, padre? Han incendiado el establo de otro que no quiere marcharse, han pegado a Michael y esperan que envíen a Marica al colegio

para hacerle lo mismo. Y en cuanto a Erich, ni siquiera le dirigen la palabra.

-Lo sé, Trina, pero así son las cosas ahora. El fascismo pasará, esa gente se marchará tarde o temprano y podremos seguir con nuestra vida.

Hablar con padre me tranquilizaba. Quería que Erich también hablase con él, en lugar de estar siempre encerrado en casa como un exiliado. Aquel día, cuando volví a la granja, lo encontré como de costumbre, caminando nervioso de un lado para otro, pisoteando el suelo con fuerza.

-Los ingenieros y los peones están otra vez a las afueras del pueblo -dijo, sin saludarme-. Han llegado hombres y camiones durante toda la noche. Han medido Curon a lo largo y a lo ancho, han tomado muestras del terreno, han trazado el perímetro del embalse. No tardarán mucho en empezar a construirlo. No sé si aquí en el pueblo lo sabe alguien o si es que les da igual porque de todas formas ya han decidido marcharse.

CAPÍTULO DOCE

Aquella noche volví más tarde. En el exterior ya había oscurecido y a los lados de la calle la nieve reflejaba el resplandor de la luna. En el taller habíamos recibido un encargo de muebles para un restaurante y los empleados llevaban meses trabajando muy duro. Había llegado el dueño con los hijos y cuando por fin habíamos terminado de cargar los muebles, ya había anochecido. En la bicicleta tenía frío: por la mañana lucía un sol espléndido, así que no llevaba ni bufanda ni chal. Pasé a ver a padre para decirle que había ido todo bien y lo encontré medio dormido, respirando trabajosamente. Le di un golpecito en el hombro. Él me sonrió con sus dientes de viejo y me dijo que Michael había ido a verlo y que habían jugado a cartas. Yo tenía prisa por volver, pero padre no dejaba de hacerme preguntas acerca de cómo había ido el negocio, si me habían pagado, quién había venido a buscar los muebles, qué tal habían trabajado Theo y Gustav. Madre me puso delante un plato de spätzle y, como estaba muerta de frío, me quedé a cenar. Total, en cuanto Erich ponía los pies en casa, le hincaba el diente a lo primero que encontraba y raramente cenábamos todos juntos.

-¿La niña está con tu cuñada? -me preguntó madre, sin dejar de coser.

Se acercaba Navidad y, como todos los años, os estaba tejiendo jerséis nuevos.

-Hoy sí.

-Pues come con calma.

Es cierto que era tarde, pero tampoco demasiado. Debían de ser las ocho y media, puede que las nueve. Fuera brillaban las estrellas. Al día siguiente sin duda también luciría el sol y yo, tan despistada como de costumbre, volvería a salir sin chal y a la vuelta pasaría frío una vez más. Madre me prestó el suyo, me lo echó por encima antes de cerrar la puerta y darme las buenas noches en

un tono resuelto.

Pedaleé hasta la granja de Anita. La luz aún estaba encendida.

-Michael está con Erich, Marica se ha quedado dormida aquí -dijo, bostezando-. Hemos intentado despertarla, pero no ha habido manera.

No me dejó entrar. Todo ocurrió en el umbral, bajo las estrellas que titilaban.

-¿Ha cenado? -le pregunté.

-Sí, polenta con leche, que le apetecía mucho -dijo.

Y me sonrió con aquella sonrisa suya que destilaba la paz que yo no encontraba. Me alegraba cuando comías leche y polenta en casa de Anita y Lorenz, porque era como si no despreciaras lo que nosotros podíamos ofrecerte.

A lo lejos, vimos a alguien que trajinaba cargando un carro. Otra granja que se quedaba vacía.

En casa, Erich y Michael ya dormían. Me metí en la cama, pensando que a lo mejor me había equivocado, que al día siguiente podríamos habernos despertado juntas y desayunar con calma. Los domingos, Erich preparaba leche caliente y aquel era, para todos, uno de los momentos más bonitos de la semana. Michael siempre hacía el payaso, hablando con la boca llena, y tú te divertías mojando la polenta en su cuenco.

-¿Marica se ha quedado allí? -me preguntó Erich.

-Sí, Anita ha dicho que ha intentado despertarla, pero que tenía mucho sueño.

Se volvió hacia el otro lado. Al cabo de un minuto, ya roncaba otra vez. No sé si no conseguí conciliar el sueño porque estabas con ellos o porque a aquellas alturas ya vivía con el miedo de que los optanti nos incendiasen el establo o mataran a nuestros animales. Oí el primer toque de campanas, el lento despertar del pueblo. Vi asomar el sol tras las montañas. Di vueltas y más vueltas en la cama, pensando que esa mañana prepararía yo la leche, tratando de idear una excusa para ir a buscarte. Si esperaba a que volvieras tú, se nos haría la hora de comer. Te gustaba estar con ellos: te mimaban y te colmaban de regalos. Todos los que nosotros no podíamos ofrecerte.

Cuando empezó a filtrarse la luz, Erich se despertó y empezó a hablarme en voz baja. En el exterior, había mucha nieve. Cuando le dije «¿Vas tú a buscar a Marica?», me dijo que te dejara dormir un poco más y luego preparó

el desayuno. Desayunamos los tres solos. Puede que esperáramos tanto porque era poco habitual que estuviéramos los dos solos con Michael y él, a su manera, reclamaba nuestra atención, quería disfrutar de aquellos momentos. A las nueve me vestí: me puse la falda marrón que tanto te gustaba, me recogí el pelo lo mejor que pude y salí de casa. Dejé a Erich y Michael sentados a la mesa, comiendo otro plato de polenta.

Y en cuanto llegué a la casa, lo entendí de golpe. Las puertas solo estaban entornadas y las ventanas cerradas, pero no aseguradas con la barra. Vi en el suelo un sombrero caído, lleno ya de copos de nieve. Vi delante de mí toda la oscuridad y el vacío que sin duda reinaban en aquella casa en la que ni siquiera me atreví a entrar. Corrí a buscar a Erich y lo obligué a seguirme. Vino también Michael, que empezó a gritar tu nombre por las habitaciones vacías. Yo apretaba los puños y trataba de expulsar las lágrimas, pero no me salían. Empecé a golpear las paredes con los puños hasta hacerme daño. A arañarlas hasta romperme las uñas. Hasta que Erich me sacó de allí.

Llegaron los habitantes de las granjas vecinas. Yo repetía una y otra vez el nombre de Michael: quería tenerlo cerca, por miedo de que se lo llevaran también a él. Me tendieron en la cama, me quitaron los zapatos embarrados. La luz blanca que se colaba en la habitación me obligaba a taparme la cara con las manos. De repente, me encontré a madre sentada junto a la cama, como si yo fuese una moribunda. Erich me decía una y otra vez que estuviera tranquila.

Llegó la tarde. Y luego la noche. Los que habían dicho que no podíais andar muy lejos ya no lo decían. Los que habían dicho que volveríais, ya no lo decían. Una decena de hombres salieron a buscaros. Erich cogió su bicicleta y llegó hasta Malles. Fue a preguntar a la sede del partido fascista. Cuando volvió a casa, ya era otro día, tenía una expresión cadavérica y me pareció que se enfrentaba al mundo en solitario.

Yo seguía allí sentada, contemplando el vacío. Tenía la garganta reseca y contenía la tos. Cerré los ojos con fuerza para no escuchar aquellas palabras que tenía la sensación de haber escuchado antes:

-Según consta en los registros, han decidido irse al Reich. Su tren ya ha salido.

SEGUNDA PARTE

HUIR

CAPÍTULO UNO

No te voy a contar tu ausencia. No te diré una sola palabra de los años que pasamos buscándote, de los días junto al umbral de la puerta observando la calle. No te diré que tu padre sale de casa sin saludarme siquiera. Ni que en la estación de Bolzano lo interceptan cuando intenta subir a un tren de mercancías que va directo a Berlín. La policía italiana lo arroja primero a una celda y luego le promete que ellos buscarán a Marica y se la devolverán. Unos cuantos días más tarde, intenta cruzar la frontera a pie. La luz de una antorcha le ilumina la cara, pero él no se detiene cuando le dan el alto. Una bala lo alcanza de refilón. Por la tarde, llaman unos militares a la puerta: llevan abrigos de color gris rata con grandes bordados en el pecho. Antes de empujarlo al interior de la casa, amenazan con internarlo en el manicomio de Pergine, el mismo que Hitler vaciará más tarde para deportar a los internos a los campos de concentración y liquidarlos en la cámara de gas. No te diré que Michael va por ahí con una foto tuya -una foto sin bordes del año anterior, con el pelo recogido como ya no lo llevabas nunca- y que, con un grupo de chavales, pasa las tardes recorriendo los pueblos cercanos para enseñársela a todo el mundo. No te hablaré de los meses en los que, de repente, cada uno de nosotros huía sin avisar al otro, que al encontrar la casa vacía, pensaba que tarde o temprano los bosques acabarían devorándonos. Perdidos para siempre en un vano intento de traerte de nuevo aquí. Adonde ya no querías estar.

Una mañana, el cartero llega corriendo para entregarme una carta. En el sobre solo figura mi nombre. No hay sello, ni timbre. Pero reconozco la letra: es la tuya.

-La ha dejado alguien en la puerta de la oficina -dice, sin mirarme.

-¿Quién? -le pregunto, mientras le arrebató la carta de las manos.

-No lo sé.

Intento controlar el temblor de las manos. No sé por qué, pero me acuerdo en ese momento de madre, de cuando abría con la plancha caliente mis cartas, para saber si eran de una amiga o de un hombre.

Querida mamá: te escribo mientras estoy sola en mi habitación. Fui yo quien quiso marcharse con los tíos. Sabíamos que nunca nos hubieras dado permiso y por eso huimos. Aquí en la ciudad puedo estudiar para llegar a ser alguien en la vida. No os preocupéis por mí, porque estoy bien y porque algún día volveré a Curon. Si la guerra dura mucho, no sufras, aquí estoy segura. Cuando llame a vuestra puerta, espero que tú, papá y Michael aún me queráis. Con los tíos, no me falta de nada. Perdonadlos si podéis. Y perdonadme también a mí.

Marica

A partir de aquel día, el dolor cambia. Michael rompe tu foto y nos pide que no hablemos más de ti. Que ni siquiera te mencionemos. Erich deja de ir de un lado para otro, no intenta salir del país, ni siquiera te busca. Se queda junto a la ventana, fumando, y no se molesta siquiera en bajar a dar de comer a los animales. Abre la ventana por la mañana y la cierra por la noche. Entre esas dos acciones, no sucede nada. Yo me quedo en la cama, con las persianas bajadas y la puerta cerrada con llave. Siento que ya no me quedan lágrimas. Releo una y otra vez aquella carta, que llevo conmigo a todas partes. Rememoro sin descanso aquella noche. Me pregunto cómo es que no oí tu voz, ni los pasos de aquellos malnacidos, ni el ruido de los bártulos al cargar el carro, ni el resoplido de los caballos que esperan el momento de partir, ni el rugido de un automóvil al ponerse en marcha. Me pregunto cómo es posible que en Curon nadie oyera nada. ¿Estabas despierta o se te llevaron mientras dormías? ¿Querías ir o no tuviste alternativa? ¿Aquella carta la escribiste por voluntad propia o te obligaron?

Padre llama un día a la puerta y me dice que vaya a comprarle un poco de tabaco. Se acerca a Erich, sin decirle nada. Se quedan así los dos, inmóviles en la ventana contemplando las nubes. Luego le pasa un brazo por los hombros y lo lleva al establo a dar de comer a los animales. Lo anima a acariciarlos, uno a uno. Antes de marcharse, se acerca a mí y me pide que prepare la cena y

ponga la mesa. Luego deja junto al fregadero un cesto con carne, una hogaza de pan y una botella de vino.

El dolor se convierte en una especie de niebla. Algo familiar y al mismo tiempo clandestino de lo que no se habla nunca. Durante años, todos seguiremos buscándote cuando por algún motivo olvidemos las palabras de aquella carta, pero a estas alturas ya sabemos que esa búsqueda solitaria solo obedece a una esperanza que ya ni siquiera creemos tener.

No, no te mereces saber nada de esos días de oscuridad. No te mereces saber las veces que hemos gritado tu nombre. Ni las veces que hemos creído, ilusionados, estar en el buen camino. Es una historia que no vale la pena revivir con palabras. Pero sí te hablaré de nuestra vida, de nuestra supervivencia. Te contaré lo que sucedió aquí en Curon. En el pueblo que ya no existe.

CAPÍTULO DOS

Había estallado la guerra. Muchos de los que habían decidido irse a Alemania se quedaron finalmente aquí. El miedo a lo desconocido, las mentiras de la propaganda y la furia de Hitler consiguieron que se quedaran en Curon.

Los días de enero estaban teñidos de una luz breve y opaca. Empezaban todos con un largo amanecer gris. Se veía la cima blanca del Ortles y, un poco más abajo, las copas de los árboles azotadas por el viento gélido. En el pueblo, la gente ya no parecía preocupada, solo más cansada. Cansada de los fascistas, cansada de tantear en la oscuridad.

Yo cosía con madre, que por entonces nunca me dejaba sola. Me enseñó a tejer con las agujas y pasábamos largas horas en silencio, codo con codo, sentadas en aquellas sillas de la cocina que siempre me olvidaba de llevar a empajar. No quería que le hablara de ti. Cuando no había nada que coser, madre me ponía un cuévano en la cabeza y me llevaba al río a lavar la ropa del banquero. Si yo me quedaba absorta, con la mirada perdida, me decía que retorciera la ropa con más fuerza, hasta que desaparecieran los pensamientos indeseados.

-Si Dios nos puso los ojos delante, ¡por algo será! Es hacia delante hacia donde debemos mirar, si no tendríamos los ojos en los lados como los peces - me repetía en tono severo.

Para ella, que a los nueve años ya trabajaba en el campo y pasaba las tardes clavando las cajas de fruta, tú solo eras una persona egoísta que había elegido a quien más dinero tenía.

Una cómplice.

Todos creían que las cosas iban a ir igual que en 1915, cuando italianos y

austriacos se mataban en Carso, pero aquí, en Curon, se seguía recogiendo el heno, cortando la hierba y poniéndola a secar en los muros, llevando las vacas a los pastos, llenando baldes de leche y preparando mantequilla, degollando el cerdo y comiendo salchichas y embutidos durante días. Los hijos de los pobres seguían marchándose para ir a trabajar como pastores al otro lado de la frontera a cambio de un par de zapatos, un puñado de monedas o algo de ropa. Y las madres los esperaban, contando los días que faltaban hasta el Día de San Martín, cuando todos volvían al pueblo y se celebraba una fiesta que duraba hasta la noche. Esperamos a que el verano derritiera la nieve y a que el viento de los Alpes nos la volviera a traer, silenciosa y pesada. Lloramos en silencio a nuestros muertos. Nos tragamos la humillación de haber luchado con los austriacos para terminar siendo italianos otra vez. Y si hicimos todo eso, fue porque estábamos convencidos de que era la última guerra. La guerra que eliminaría todas las guerras. Así que la noticia de un segundo conflicto, con una Alemania en rebelión que se proponía invadir el mundo, nos dejó atónitos al principio, pero nos engañamos pensando que las montañas seguirían siendo muros de soledad, que aquella Italia de la que debíamos sentirnos parte se mantendría neutral hasta el final. Es más, las primeras noticias de la guerra trajeron cierto alivio al pueblo: «Por lo menos, ahora se olvidarán de la historia esa del embalse», «Ahora tendrán otras cosas en las que pensar», «Por fin estarán a salvo nuestros animales y nuestras casas». Eso era lo que decían los hombres en la posada. Y las mujeres en la puerta de la iglesia. Fueron muchos los que, en Curon, celebraron el inicio de la guerra. Gerhard iba por ahí con la botella y la levantaba mientras gritaba: «¡Para ellos la guerra, para nosotros la paz!».

Los que se habían quedado aquí se ufanaban, ahora que los ejércitos de Hitler estaban en marcha, de haber tomado la decisión correcta. Imaginaban a los pocos que había emigrado a Alemania combatiendo en primera fila en las fronteras del este, o avanzando pesadamente por el barro en quién sabe qué rincón de Europa.

Y, por otro lado, desde que había estallado la guerra ya no llegaban más italianos. Veíamos muchas camionetas de carabinieri, en un frenético ir y venir de vehículos militares que presagiaba lo que más temíamos, pero no volvimos a ver a aquellas gentes arrogantes que llegaban con la maleta en la mano.

La primera Navidad sin ti la pasamos con madre y padre, que amasaron ñoquis de patata y prepararon caldo de gallina. Comimos en silencio; yo nunca había visto una comida navideña tan silenciosa. Llegaban amigos y clientes para felicitarnos las fiestas, pero padre los despachaba en pocos minutos. Oímos a los flautistas que desfilaban por los pueblos del valle, tocando aquellas mismas melodías que el año anterior tú y tu hermano habíais bailado en la calle con los demás niños. Madre cocinaba, cosía, iba y venía del río sin descansar ni un momento. No sé de dónde sacaba toda aquella energía. De repente, ya no me parecía vieja. A veces, cuando estábamos solas, yo rompía a llorar y ella me cogía la mano. Nunca me había sentido tan hija como después de que tú huyeras.

Transcurrió aquel invierno. En abril, el sol parecía una luz de cristal y el deshollinador pasó de casa en casa a limpiar los canalones. Ya no dejábamos encendido el fuego, que era la envidia del pueblo entero. Para calentarse, los demás usaban follaje y maleza; nosotros, la leña de los árboles que Michael traía del taller de padre. Michael había aprendido el oficio y no había vuelto al colegio. Los trabajadores del taller decían que, para tener quince años, era un carpintero experimentado.

Los campos, endurecidos por el hielo, volvieron a verdear, pero cada vez resultaba más difícil trabajar con los animales. La leche ordeñada se pasaba días en los baldes y ya no se vendía ni siquiera un litro. Erich, presa de la rabia, la emprendía a patadas con los baldes y yo me quedaba allí, en silencio, contemplando cómo los charcos de líquido blanco, absorbidos por el barro, aparecían de nuevo bajo las pezuñas de las vacas.

Me dedicaba a devanar la lana y a colocarla en montoncitos en el suelo. Venía a llevársela un viejecito de ojos llorosos y espalda encorvada. Nos pagaba una miseria, pero por lo menos no teníamos que salir a pasar frío. Con aquella lana, el viejo confeccionaba uniformes y equipaje para los soldados.

-Cuando Italia entre en guerra, habrá más trabajo -decía, mientras cargaba la lana en su motocarro.

-¿Y cuándo entrará en guerra Italia? -le preguntaba, acalorada madre, como si aquello tuviera que decidirlo el viejo.

El hombre hacía una mueca, torcía la cara y luego se marchaba de nuevo en aquel motocarro que dejaba en el aire de la calle un olor mohoso.

Y, sin embargo, independientemente de lo que dijera aquel viejo, muchas calles se volvieron impracticables y se llenaron de controles. Día tras día, hora tras hora, nosotros también intuíamos que estaba a punto de estallar una guerra. Por la tarde, los aviones que veíamos al otro lado de las montañas parecían nubes de abejorros, y madre decía que corriéramos a refugiarnos en el establo, donde había preparado una caja con paja y mantas.

-¡Las bombas pueden caer por error aquí en Curon, que está muy cerca de Austria! -repetía, presa del pánico.

-¡Ve tú al establo, yo quiero morir en mi cama, no envuelto en olor a mierda! -le respondía padre, con aquella voz cada vez más ronca.

Una mañana, esperaba a madre pero no llegó. A la hora de comer, fui a su granja. La puerta estaba abierta y no había nadie cerca de la estufa. La llamé, pero no apareció ni me respondió. La volví a llamar, más fuerte esta vez, mientras contemplaba embelesada las ollas de cobre que colgaban de las paredes. Cuando me decidí a entrar en la habitación la encontré tendida en la cama, acurrucada junto a padre, que ya vestía su traje azul, el que se había puesto para mi boda. Lo había afeitado y le había arreglado el pelo. Estaba aferrada a su hombro, llorando en voz baja; a ratos lloraba más alto y le cogía la cabeza con ambas manos, como si fuera la de un gorrión.

-Ha muerto mientras dormía.

-¿Por qué no has venido a llamarme?

-Ha muerto esta noche -dijo, sin escucharme.

-¿Por qué no has venido a llamarme? -repetí.

Cuando finalmente se volvió, me cogió una mano y me la puso sobre la de padre, que aún estaba caliente. Se pegó aún más a él y, no sé cómo, de repente me encontré tendida en un ángulo de la cama. Me llegó el olor a ceniza de la estufa que desprendía la ropa de madre. Me quedé allí, escuchando su llanto, y armándome de valor de vez en cuando para cogerle la mano a padre, que cada vez estaba más fría.

En el funeral, Theo y Gustav llevaron el ataúd a hombros, junto a Michael y Erich. Michael estaba orgulloso de haberlo construido.

-Ahí dentro -me dijo-, el abuelo podrá dormir el sueño de los justos.

CAPÍTULO TRES

Una mañana de primavera de 1940 aparecieron papeles pegados a las paredes del ayuntamiento. Los acostumbrados mensajes en italiano que hacían arrugar la nariz a todo el que se acercaba. Algunos se detenían a echar un vistazo, farfullaban algo al tiempo que le daban una patada a una piedra, y luego se marchaban otra vez en sus carros cargados de heno o con los baldes de leche en las manos. En Curon eran pocos los que sabían leer, pero nadie entendía aquella lengua, que para ellos era la lengua del odio.

Erich entró apresuradamente en casa y me sacó a rastras de allí. Yo caminaba despacio porque el sol me deslumbraba, pero él tiraba con tanta fuerza que estuve a punto de caer. Cuando llegamos al tablón de anuncios del ayuntamiento, me pidió que le leyera lo que allí decía. Me pareció desagradable tener que pronunciar en voz alta aquellas palabras que no quería oír, y también me pareció ingrato que Erich me obligara a traducirlas. Lo que allí decía era que los papeles permanecerían colgados en las paredes ocho días, tras lo cual se retirarían. Decía que se trataba de documentos con valor oficial y que debíamos tomar nota. Decía que, según un decreto aprobado por el Gobierno italiano, se concedían los permisos necesarios para iniciar la construcción del embalse.

Erich me escuchaba con el cuerpo rígido y los ojos convertidos en dos estrechas rendijas. Me quedé allí absorta observándolo a él observar aquella hoja de papel llena de palabras incomprensibles.

-Curon y Resia desaparecerán -dijo, mientras se tragaba el humo del cigarrillo.

Me acompañó a casa y luego, mientras lo veía alejarse hacia el valle, me pareció cadavérico y solo contra el mundo entero. Cuando volvió, ya de noche, se sentó con aire abatido y no se molestó siquiera en quitarse los

zapatos sucios de barro. Bebió mucha agua y luego comió polenta con leche. Yo no sabía cómo adentrarme en su silencio: me quedé allí azorada, esperando a que hablase, y me sentí de nuevo como cuando intentaba consolarlo sin éxito.

-Todos parecen confiados, dicen que el proyecto cambiará. Que solo es un aviso más. Karl el de la posada dice que es impensable que se pongan a construir embalses cuando estamos a las puertas de una guerra.

-A lo mejor tiene razón -respondí.

-¡No son más que animales! -gritó Erich-. ¡Serían capaces de inventarse cualquier cosa con tal de no mover un dedo!

-¿Por qué dices eso?

-¡Los fascistas y los de Montecatini saben que existe el riesgo de la guerra, que los hombres pronto nos iremos a combatir, que aquí nadie entiende el italiano, que no somos más que campesinos! Es el mejor momento para aprovecharse.

Por la carretera de Merano llegaron tres camiones. Eran de color hierro y llevaban unas ruedas enormes que levantaban nubes de polvo. Pasaron todo el día en un frenético ir y venir entre Curon y Resia. Aquellos desconocidos hablaban en italiano entre ellos, extendían los brazos, señalaban a lo lejos con el dedo como si siguieran el vuelo de las golondrinas. Los hombres estaban en el campo y las mujeres nos quedamos en la puerta, observando a aquellos recién llegados conspirar en su idioma. Algunas se ponían nerviosas como si aquellos hombres estuviesen hurgando en sus cajones, pues el pueblo era tan pequeño y viejo que parecía una casa. Nos miramos unas a otras para infundirnos valor y, luego, pedimos a un par de críos que fueran a buscar a los hombres. Los campesinos silbaron para avisar a otros campesinos. A media tarde ya nadie labraba, los establos estaban llenos y los animales, encerrados, se apretujaban unos contra otros y emitían roncós sonidos. Erich fue el último en llegar. Se quedó allí con los brazos cruzados escuchando a un joven que intentaba preguntar a los hombres, en italiano, por qué habían venido. Los obreros, mientras tanto, trazaban cruces con cal que se quedaba pegada al barro. Cuando pasaban cerca de nosotros, fingían no escuchar nuestras voces porque les resultaban molestas. Los campesinos se miraban de reojo y, a medida que iban pasando las horas, se ponían más y más nerviosos, se frotaban las manos y apretaban los puños. Nuestras casas, la iglesia, las

calles..., todo estaba dentro de aquellos límites cuyo significado no comprendíamos muy bien. Más allá solo quedaban las laderas de las montañas y los alerces, que crecían torcidos por el incesante soplado del viento.

Unos días más tarde, descendieron de un automóvil negro dos individuos vestidos con traje y corbata. Uno era flacucho, el otro gordo. Nos invitaron a la posada y nosotros los seguimos como si fuéramos ovejas. En cuanto ellos se sentaron, una multitud se congregó a su alrededor. Pidieron, en alemán, cerveza para todos. Bebimos, algunos tímidamente, otros de un solo trago.

-Nos envía el Gobierno, venimos desde Roma -prosiguieron en nuestro idioma-. Se ha aprobado un viejo decreto que prevé la construcción del embalse.

-Será un complejo sistema de embalses que afectará a muchos de los pueblos del valle.

Pronunciaban pocas palabras cada vez, en un alemán poco natural y escueto, y luego bebían un trago de cerveza y se limpiaban la espuma con el dorso de sus peludas manos. Yo seguía aferrada al brazo de Erich, que me repetía una y otra vez que no me marchara.

-¿A cuántos metros llegará el nivel del agua? -preguntó un campesino.

-Aún no lo sabemos.

-¿Y si el agua cubre nuestras casas? -preguntó otro.

-Construiremos otras cerca de aquí -dijo el hombre flacucho.

-Más grandes y más modernas -añadió el gordo, que lucía un fino bigote y pronunciaba aquellas frases con indiferencia-. Pero de momento no debéis alarmaros. Estas obras duran años, décadas incluso... -añadió, mientras echaba un vistazo al interior de la jarra de cerveza.

De repente, los campesinos empezaron a hablar todos a la vez, atropellándose unos a otros. Aquellos hombres, vestidos con sus trajes de lana cara, sonrieron ante nuestros modales de pueblerinos y se mostraron impasibles. Esperaron a que las voces se fueran acallando y luego añadieron:

-Quien pierda las tierras, recibirá una indemnización.

Alguien gritó que sus vacas no comían indemnizaciones. Otros dieron golpes con los puños y empezaron a farfullar que sin campos y sin animales se morirían de hambre.

-¿Y si no aceptamos vuestras indemnizaciones? -preguntó Erich.

Al oír la voz de Erich, todos guardaron silencio. Los dos hombres apuraron tranquilamente sus jarras de cerveza y se encogieron de hombros. Nos observaron con miradas inexpresivas. El silencio era tenso y habría bastado una palabra mal dicha para convertirlo en bronca. Volvieron a limpiarse con el dorso de la mano y, finalmente, se pusieron en pie y se abrieron paso entre el gentío.

Alguien reunió el valor necesario para repetir la pregunta, pero solo cuando los dos hombres ya habían salido de la posada y habían llegado a la calle, donde la atmósfera olía a tierra húmeda y heno. Aquel aire obligaba a tragar saliva y la imagen del campanario, a respirar hondo. A lo lejos se veían mujeres con los hijos dormidos en brazos y la boca pegada a los cristales de las ventanas, que se empañaban con su aliento.

Antes de subir al coche, el flacucho dijo:

-Si no aceptáis las indemnizaciones, habrá problemas.

-Existe una ley que se llama expropiación forzosa -anunció el gordo, antes de cerrar la puerta con fuerza.

Cuando se alejó el automóvil, el aire ya no olía a tierra húmeda ni a heno, sino a gasolina. Nos quedamos todos allí, tosiendo, hasta que el coche desapareció tras la curva.

Erich y yo volvimos a casa por el sendero, en silencio. Era una noche estrellada y la luna parecía colgar del cielo. Los grillos cantaban a coro.

-Llega el día en que si uno quiere conservar la dignidad, tiene que matar a alguien -dijo, mientras dejaba caer una cerilla.

CAPÍTULO CUATRO

No fui a la plaza a escuchar al podestà leer la declaración de la entrada en guerra. Me quedé en casa con madre, preparando montones de lana. Pocas semanas después, el hijo del panadero -uno de los pocos que, como nosotros y la familia de Maja, había decidido quedarse- encontró en el buzón del correo la carta para el frente. De inmediato, a todo el mundo le entró el pánico de recibir la carta del condenado Ejército Real. Cuando las mujeres oían pasar al alguacil del ayuntamiento, una moto o un jeep de los carabinieri, salían a la calle como centinelas, con las manos manchadas de harina y el pelo recogido de cualquier manera. Otras echaban instintivamente el cerrojo y corrían a meterse en la cama. Erich decía que no tardarían mucho en venir a buscarlo a él.

De repente, los vehículos blindados que cruzaban el valle me inspiraban terror. Me quedaba junto a la puerta, observando los rostros de los soldados apretujados en los camiones, sus mandíbulas cuadradas bajo los cascos que resplandecían al sol, las manos aferradas a las metralletas colgadas en bandolera. Eran rostros sombríos, endurecidos por el pelo corto y la barba afeitada, pero yo pensaba en cuando no eran más que los rostros anónimos de muchachos que, con el pelo revuelto y barba de varios días, se iban a buscar novia sin pensar siquiera en la guerra.

Erich no hablaba, solo fumaba como un carretero y respiraba despacio. Le daba más miedo dejarnos solos que irse al frente.

-Si me reclutan, te ocuparás de Michael -me decía antes de dormirse-. Sin pensar en nada más.

Ese nada más eras tú.

Aquellos meses transcurrieron despacio. Los vivíamos con ansiedad: todos nos sentíamos inmersos en una espera indefinida que nos sacaba de

quicio y nos mantenía reclusos en nuestras casas. Echaba de menos a padre, su sonrisa afable, su capacidad de hacerme ver las cosas desde otra perspectiva. Erich no era así. Para él todo era un cuerpo a cuerpo: valeroso era solo el que seguía luchando incluso cuando el destino ya había decidido la derrota.

Michael, mientras, se iba convirtiendo en un hombre: la voz se le volvía ronca y los hombros se le ensanchaban. Empezaba a mostrar una extraña desconfianza hacia nosotros. Nada más volver del trabajo, se cambiaba y salía con chicos a los que yo nunca había visto y que ni siquiera vivían en Curon. Erich me decía que eran nazis y que pensaban enrolarse en cuanto pudieran, que eran una gentuza más cruel y desconsiderada que los simples soldados.

-¿Y a ti qué daño te han hecho los nazis? ¿Prefieres a los camisas negras del duce? -le preguntaba yo.

Él sacudía la cabeza y se apretaba las sienes con las palmas de las manos.

-Serán la perdición de todos, Trina.

Cuando Michael salía, yo le preguntaba:

-Dime por lo menos dónde vas.

-Por ahí -respondía él, con insolencia.

Y me miraba de tal modo que no me quedaban fuerzas para hacerle más preguntas.

Los boletines que llegaban al pueblo durante el invierno de 1940 hablaban de las victorias italo-alemanas, pero también de un camino aún muy largo para derrotar a los aliados. Pasaron oficiales fascistas que repartían cartas con los nombres y apellidos de los reclutados: si los recibíamos nosotras, nos dejaban muy claro que no presentarse suponía el fusilamiento del desertor. Los militares que veíamos ya no tenían rostro de muchacho ni mandíbula cuadrada, sino manos robustas y miradas torvas que obligaban a bajar los ojos. La guerra los había cambiado.

Llegaron a la granja un día de octubre. El cielo estaba despejado y el zumbido lejano de los aviones parecía el fragor de una amenazadora tormenta. Eran dos y, mientras me hacían preguntas, aguzaban el oído, atentos a cualquier ruido procedente de las habitaciones.

-Buscamos a Erich Hauser.

-No está -contesté.

-Debe presentarse en la comandancia de Malles.

La noche antes de partir, Erich quiso hacer el amor, pero lo hizo con rabia, sin abandono. Luego se quedó despierto, fumando en la habitación a oscuras.

-No pierdas de vista a Michael -repetía.

Lo enviaron a Cadore, y de allí a Albania primero y a Grecia más tarde, donde los canallas de los fascistas no consiguieron conquistar ni un palmo de tierra sin la ayuda de los alemanes. Decían que era un frente fácil, pero fueron muchos los que murieron en el campo de batalla o volvieron a casa mutilados.

De vez en cuando me llegaba una carta. A veces, la censura lo eliminaba todo y de una página solo se leía la última línea: «Dale un abrazo a Michael de mi parte. Tuyo, Erich Hauser».

Le pedí a madre que viniera a quedarse conmigo. Ella le puso unas suelas a las botas de Erich para adaptarlas a mi medida y, por las mañanas, me abrigaba el cuello con una bufanda que, una vez desenrollada, me llegaba a los pies. Sacaba a las vacas y las pocas ovejas que aún nos quedaban y me iba con el rebaño. Los prados del fondo del valle aún eran verdes, y mientras estaba allí al aire libre, me parecía mentira que hubiese una guerra y que hubiesen reclutado a Erich. En los prados me encontraba con rebaños guiados por los ancianos que se habían quedado en casa. Ancianos como madre, que habían tenido que ponerse a trabajar otra vez porque los hijos varones estaban en el frente y no había otros hombres que pudieran ocuparse de mujeres y nietos.

Cuando me sentaba en una roca a comer pan y queso, me sentía como si fuera Erich y tuviera sus mismos pensamientos. A veces me quedaba contemplando el cielo tanto rato que me convencía de haber sido siempre una campesina. Me volvía y contemplaba el pueblo, pequeñísimo allí en lo alto, y me invadían los mismos sentimientos que a Erich: que aquella era mi tierra, que nadie podría echarme jamás, que no podía quedarme mirando de brazos cruzados. Y sentía también que los fascistas eran unos malnacidos porque querían anegarnos, porque nos habían llevado a una guerra y porque me habían quitado a Barbara. Y los nazis eran igual de malnacidos porque nos habían enfrentado unos contra otros y querían a nuestros hombres solo para

convertirlos en carne de cañón.

Cuando empezaba a anochecer, subía de nuevo con el rebaño y con Grau, que para entonces ya tenía el pelo lacio y no corría como en otros tiempos. Me detenía a contemplar de lejos a los peones que preparaban las obras del embalse a las afueras del pueblo, cerca del río. La guerra no los había detenido. Es más, incluso habían empezado a trabajar de noche. Iluminaban la tierra con focos enormes cuya luz, de lejos, parecía el resplandor de un incendio. Había cientos de peones y vivían en los barracones que había construido la empresa Montecatini. No mantenían ningún contacto con nosotros. Eran como topos. Descargaban tubos, sacos de mortero y palas, en un continuo ir y venir de camiones, excavadoras y orugas que parecían monstruos. El valle ya no era un tintineo de cencerros, ni un susurro de briznas de hierba; el ruido de los camiones y de los tractores había acabado con el silencio.

En Curon, ya nadie hablaba del embalse. El río estaba a media hora en bicicleta, pero era muy raro que alguien fuera pedaleando hasta allí. Para campesinos y pastores, los peones no existían. Los más viejos incluso decían que no era verdad que allí hubiese hombres trabajando.

«La gente con un dedo en los labios permite, día a día, que el horror avance», me había dicho Erich no sé cuántas veces.

Desde que Erich se había marchado, me sentía como una salvaje. Incluso yo olía a establo y a sudor, y tenía las manos encallecidas. Mis modales se habían vuelto bruscos. Ya nunca me miraba en el espejo y siempre llevaba el mismo jersey desbocado, la bufanda subida hasta la nariz y el pelo recogido con un palito de madera.

El sábado llamaban a la puerta las mujeres que habían recibido carta de sus maridos y yo me sentaba a la mesa a leérselas. En realidad, no había gran cosa que leer porque la censura lo eliminaba casi todo. Pero ellas eran muy cabezotas, me arrebatan la hoja de las manos, la ponían a contraluz y decían que se veían marcas. Y entonces, solo para quitármelas de encima, me inventaba el contenido. Les decía que sus hombres estaban bien, que comían todos los días y que no participaban mucho en el combate. O que no sabían dónde estaban, pero que el rancho era aceptable y que pronto volverían. Concluía con sosas frases de amor y así las mujeres volvían a sus casas

hinchidas de orgullo. Una que se llamaba Claudia abría unos ojos como platos, decía «El frente me lo ha vuelto romántico» y se marchaba perpleja. Para darme las gracias, las mujeres me ofrecían algunas monedas que yo aceptaba y entregaba a madre. Lo de hacer el bien me daba igual.

Cuando la casa se quedaba vacía de nuevo, abría las ventanas para cambiar aquel aire viciado. Me sentaba en la silla y contemplaba la habitación. Si me entraban ganas de escribir, no te escribía a ti. Al escribir a tu padre, tenía la sensación de borrarte.

CAPÍTULO CINCO

Mi hermano Peppi consiguió que no lo reclutaran. Después de que le llegara la carta, se pasó días enteros comiendo únicamente regaliz. Cuando llegó al reconocimiento médico, meaba verde y estaba a cuarenta de fiebre. Un poco más y muere intoxicado. Se fue a trabajar como albañil a la zona de Sondrio, en una empresa pequeña que construía prefabricados para enviarlos a los cuarteles generales. Un día que llovía, cogió el coche de línea y vino a vernos acompañado de una muchacha menuda de ojos azul celeste. Era elegante y se llamaba Irene, como madre. Nos dijeron enseguida que querían casarse, cosa que yo ya no esperaba. Pensaba que Peppi quería perderse solo en el mundo.

En la boda éramos diez. Aquel día, madre me dijo que me pusiera guapa y me prestó el collar de perlas que había llevado ella el día de su boda. En el restaurante, me senté a su lado porque la familia de Irene hablaba un extraño dialecto e intenté traducirle lo mejor que pude lo poco que entendía. Comí todo lo que me pusieron, pero solo para llenarme la barriga. Me sentía salvaje y ávida de soledad. En lo único que pensaba era en el establo y no veía la hora de marcharme. Además, los geranios del salón me ponían triste. Me recordaban la cara de Maja y los besos de Barbara. Y me recordaban a Erich, que el día de nuestra boda llevaba una pajarita muy ceñida que yo no veía el momento de quitarle. Y me recordaban a ti, que cuando me casé no eras más que un deseo que ni siquiera creía tener.

Después de comer, mi hermano dijo que estaba contento de haberse casado con Irene y que sabía que sin ella habría llevado muy mala vida. No sé por qué, pero los años han pasado volando y Peppi y yo nunca nos hemos comportado como hermanos. Siempre nos hemos querido de una forma abstracta. Peppi me dijo que pensaba a menudo en aquellos domingos que

pasábamos todos juntos o en cuando le hacía cosquillas a madre en los costados porque estaba cansado de que no le riese las gracias. Me dijo también que en Sondrio estaba a gusto y que no echaba mucho de menos Curon.

-Me gusta trabajar como albañil, padre estaría orgulloso de mí.

-Ya estaba orgulloso de ti, eras su ojito derecho.

-Menudo carácter tenía, ¿te acuerdas?

-¡Pero si era un santo! -protesté yo.

-Contigo a lo mejor, conmigo más que un santo, ¡era un demonio! -aulló, riéndose solo.

Por la mañana lo acompañé a llevar flores al cementerio. Por el camino me tranquilizó y me dijo que Erich no tardaría en volver sano y salvo, porque con Hitler estábamos todos a salvo, incluso los soldados italianos.

-Yo me intoxicqué con regaliz porque soy un cobarde, pero confío en Hitler -dijo, mientras contemplaba la lápida de padre.

-Si te hubieran reclutado, a ti también te habrían enviado a Silesia, o vete a saber dónde, como a los que se marcharon en el 39 para irse al Reich.

-Confío en que la guerra acabe bien para nosotros -dijo, sin dar importancia a mis palabras.

-Él, en cambio, no confiaba ni un poco -respondí, señalando la tumba de padre.

Cuando Irene, Peppi y su familia cogieron el coche de línea para volver a Sondrio, me fui al establo a ordeñar las vacas, pero me dolían las manos. Madre vino a ayudarme y me dijo que así solo conseguiría que cogieran una mastitis, que me las encontraría en el suelo retorciéndose de dolor y que los mugidos nos despertarían en plena noche. Entonces empecé a apretarles las ubres frenéticamente, hasta que ya no noté el dolor en las palmas de las manos. Madre me daba palmaditas en la espalda y me hacía reproches.

-Ánimo, hija, no te pierdas en tus pensamientos.

Para ella, los pensamientos eran el peor enemigo.

Maja venía a verme los miércoles. Yo bajaba de las montañas cuando las sombras aún no habían empezado a trepar por la ladera del Ortles, me secaba el sudor y me ponía un vestido limpio. Madre estaba contenta cuando Maja

venía a verme. Preparaba nata y nos ponía una cucharada en la leche.

-Terminadla toda, que al día siguiente se pone tan dura que hay que cortarla con un cuchillo -decía.

Maja y yo bajábamos al río en bicicleta. Vigilar las obras del embalse se había convertido en una forma de sentirme más cerca de Erich. Las orugas lo habían despejado todo, habían derribado alerces y abetos, y habían excavado un álveo inmenso. Los camiones iban de un lado para otro por Vallelunga, cargados de tierra y piedras de cantera que amontonaban en los agujeros. Imaginar el embalse empezaba a ser más fácil. En San Valentino habían construido un dique inmenso y habían creado un depósito de agua con el que alimentaban las centrales de Glorenza y Castelbello. Maja y yo observábamos todo aquello mudas de asombro. Contemplábamos a los peones ir de un lado para otro, laboriosos como abejas, marcando el terreno por el que después pasaban las excavadoras que levantaban nubes de polvo. Si intentábamos hacer alguna pregunta, los carabinieri de guardia arqueaban las cejas sin responder. Un soleado domingo estuvimos fuera todo el día y paseando llegamos hasta Glorenza: allí también vimos obras, máquinas y cientos de peones que repetían mecánicamente los mismos gestos. El valle entero parecía haber sido secuestrado. Ante nuestro silencio, ante nuestros ojos.

Mientras volvíamos, le dije a Maja que aquellos peones eran, sin duda, unos pobres desgraciados. Que si habían aceptado venir hasta aquí desde el Véneto, los Abruzos o Calabria, debían de ser unos muertos de hambre. Que construir aquel embalse debía de ser para ellos un golpe de suerte: trabajo asegurado durante meses, puede que incluso años, y librarse del frente. Maja se quedó pensativa y torció hacia abajo los finos labios.

-Aquí una ya no sabe con quién tomarla -dijo, resoplando.

Seguimos yendo a ver las obras hasta que llegó el invierno y resultó imposible circular en bicicleta por aquellos caminos. Patinábamos en cada curva y las ruedas derrapaban una y otra vez. Terminábamos lanzándonos bolas de nieve la una a la otra y riéndonos cuando se nos metían por debajo de la ropa. Cada bola iba acompañada de un grito: «¡A la mierda la guerra!», «¡A la mierda los fascistas!», «¡A la mierda el embalse!». Y así seguíamos hasta que nos empezaban a doler los brazos y se nos congelaban los dedos.

Yo era más perezosa, pero Maja quería salir incluso en invierno. Le

gustaba caminar por el lago helado. Madre no me daba siquiera el tiempo de pensármelo y me echaba del establo como si fuera un ratón.

-Largo de aquí -decía-, que tengo que fregar el suelo y me estáis estorbando.

Y, para contentarla, salía de casa, pero nada más llegar a la calle le suplicaba a Maja que fuéramos a su granja porque al lago helado no quería ni acercarme. Me bastaba verlo para soñar esa noche que caminaba contigo por la superficie helada. Era un sueño precioso, pero me daba miedo volver a tenerlo. Tú y yo cruzando el lago cogidas de la mano, hasta que metemos el pie en una grieta. Hundiéndonos. Pero no nos ahogamos. Nos quedamos allí, rodeadas de agua tibia. Nadamos, ingravidas. Cada una de nosotras vuelve a ser el mundo entero de la otra.

En casa de Maja nos sentábamos delante de la estufa, que chisporroteaba. Ella arrojaba alguna que otra ramita al fuego y, poco a poco, yo notaba la sangre circular otra vez por las puntas de los dedos. Cuando se acercaba con el atizador a avivar las llamas, una luz preciosa teñía las paredes y le iluminaba el pelo revuelto. Con Maja podía hablar de ti. Le contaba cómo eras, qué carácter tenías, con qué respuestas ingeniosas me salías para tener solo diez años.

-Si la viera por la calle, no la reconocería: ya será casi una mujer y seguro que ni siquiera se acuerda de la infancia -le decía, sintiendo una extraña vergüenza.

Maja escuchaba sin decir nada y suspiraba con la cabeza inclinada hacia atrás. Cuando ya no soportaba más su silencio, le ponía tu carta en la mano y entonces ella me decía que tirara de una vez por todas aquella condenada carta. Si le pedía que me echara en cara mis culpas, me decía que la vida es un fárrago de casualidades y que no tiene sentido hablar de culpas. Entonces se ponía en pie de un salto, me toqueteaba la cara con las manos y me decía que la ayudara a preparar la masa de los canederli o la compota de manzanas.

Un día, en cambio, me interrumpió bruscamente y dijo que ya estaba harta de mis lloriqueos y que no me soportaba.

-Con el sufrimiento hay que llegar hasta el fondo, ¡mucho más al fondo que tú! -gritó-. ¡Hay que llegar al punto de querer arrojar la vida por la borda,

porque solo así se puede encontrar la paz! ¿Es que no sabes que tener un hijo significa aceptar los mayores sufrimientos? ¿Yo tengo que explicarte que los hijos son una parte de nosotros? ¡Por lo menos, tú has tenido hijos, pero a mí ya se me ha acabado el tiempo y cuando sea vieja nadie se acordará de venir a verme y me quedaré aquí sola, contemplando como una tonta la llama de la estufa!

Me quedé mirándola mientras ella lloraba de rabia, y me entraron ganas de volver corriendo a casa. Pero cuando me puse en pie, ella se plantó delante de la puerta y, con la cabeza gacha, dijo:

-Lo siento, Trina, no era mi intención. Pero tal vez sea mejor que no me hables más de tu hija, porque yo no puedo consolarte.

CAPÍTULO SEIS

A principios del 42 dejaron de llegar cartas. Algunas noches soñaba que os veía volver a Erich y a ti. Llegabais juntos, cogidos de la mano, por la carretera que va a Suiza.

Tenía la sensación de haber vivido siempre así. Salir con los animales, cultivar el huerto, devanar la lana y dejar que Michael decidiera todo lo demás. Michael era quien traía dinero a casa y le gustaba hacerse el duro, pero en realidad él también era un pobre infeliz. Se pasaba el día entero encerrado en aquel taller, rodeado de polvo de madera que le entraba en los pulmones. En el billetero le había encontrado una imagen del führer.

Las mujeres que tenían al marido o a algún hijo en el frente se reunían una vez al mes. Para contentar a madre, yo me ponía la chaqueta y me dirigía hacia allí arrastrando los pies como un oso. En casa de esta o de la otra, lo único que se hacía era rezar; a veces me tocaba leer una y otra vez las cartas que me ponían delante de las narices y que, por lo general, nunca decían nada. Salía de allí aturdida, no veía el momento de ponerme a limpiar el establo y ordeñar las vacas. Empezaba a convencerme de que quizá fuese mejor imaginar que Erich había muerto, porque así me alegraría aún más su regreso..., si regresaba. Contigo o sin ti.

El viejo que venía a llevarse los montones de lana empezó a mandar a su hijo. Era un muchacho alto y delgado, al que se le marcaban los omóplatos bajo el jersey. Tenía una mirada dulce y siempre me llamaba por mi nombre. Era más joven que yo y en sus facciones aún se adivinaba el rastro de la adolescencia. Con el tiempo, adoptó la costumbre de subir a casa y de intentar alargar cada vez más la conversación, aunque en realidad nunca sabía qué decir. En una ocasión, madre le ofreció tomar algo caliente y, mientras ella iba

a la cocina y ponía agua a hervir, él me apoyó una mano en la rodilla y me dijo, muy serio, que quería ocuparse de mí. Yo me lo quedé mirando y me fijé en sus ojos dulces.

-¿Qué quiere decir ocuparte de mí?

-Que te pagaré más por la lana. Dos, tres y hasta cuatro veces más.

Me eché a reír y le dije que si quería pagarme cuatro veces más por la lana yo no tenía nada que objetar y que podía hacerlo a partir de aquel mismo día. Él se ofendió y me dedicó una mirada triste. Se quedó allí mirándome con la boca abierta y yo no supe si pedirle disculpas o reírme por lo ridículo que era, el pobre. Y entonces, de repente, se acercó a mi silla, me apoyó de nuevo la mano en la rodilla y me dijo que nunca había sabido explicarse con las mujeres.

-¿Necesitas ayuda para descargar el heno? -me preguntó cuando madre retiró las tazas.

Descargar el heno y distribuirlo en los comederos era una tarea que yo odiaba, así que le dije que sí. Atrancó la puerta nada más entrar. Cerca de la montaña de paja, me cogió por los hombros y me cubrió el rostro de besos. A mí me parecía demasiado joven y delgado para poder hacerme daño, así que me dejé besar. Sus labios también me parecieron dulces y, al notar otro aliento, otra piel distinta a la de Erich, comprendí que mi cuerpo deseaba ávidamente abandonarse. Me tendió sobre la paja, me besó el cuello y me apretujó los senos con aquellas manos suyas agrietadas por el frío. Un instante después, ya estaba encima de mí y, mientras me hacía el amor, repetía que me amaba y que quería ocuparse de mí. Yo le tapaba la boca, porque solo quería sentir el calor de su cuerpo, su ardor de muchacho sin preocupaciones, el heno que se me enredaba en el pelo y se me clavaba a través del jersey, que durante días conservaría el olor de su cuerpo.

-No puede volver a pasar -le dije cuanto terminó.

-¿Ni siquiera si tu marido no vuelve de la guerra?

-Mi marido volverá -dije, mientras abría de nuevo la puerta y lo echaba de allí.

Para impedir que volviera a subir a casa, me plantaba en la puerta y lo esperaba contemplando la calle con una expresión altiva que no era propia de mí. Cuando llegaba con el motocarro le indicaba por gestos que esperara allí,

que no hacía falta que bajaran. El viejo, al verme caminar encorvada bajo el peso de los montones de lana que me cargaba a la espalda envueltos en un paño, se echaba a reír y le daba un codazo al hijo. Cuando veía la sonrisa torcida de aquel hombre me daban ganas de hacerle tragar la lana. El muchacho me observaba angustiado, pero al cabo de unas cuantas semanas empezó a cargar la lana con prisas y rabia, y a ponerme el dinero en la mano con un gesto de desdén, sin dignarse siquiera a mirarme. Incluso madre decía que era mejor no dejar entrar a ningún otro hombre porque, en tiempos de guerra, sus intenciones se vuelven malvadas.

-Nos dejan solas y luego se quejan cuando suceden ciertas cosas -repetía, mientras seguía zurciendo-. Están ahí como buitres, esperando a que cometamos un error, para luego tratarnos como putas durante toda la vida.

Me quedaba paralizada al oírla decir esas cosas. No sabía si hablaba de aquel modo porque sabía lo que había sucedido en el henil o si solo estaba expresando sus miedos. De vez en cuando venía a vernos Anna, la esposa del herrero. Era una mujer alta, de caderas estrechas y barbilla puntiaguda. Por lo general, venía para aprender a coser, pero una mañana se presentó llevando de la mano a un crío que no debía de tener ni diez años.

-Es mi hijo pequeño -dijo, sin entrar-. Cada vez que el maestro le habla, él le contesta en alemán y de tanto palmetazo en las manos le han salido llagas -concluyó, mientras le abría a la fuerza las palmas enrojecidas de las manos, que el niño apretaba como si escondiese monedas robadas-. Enséñale un poco de italiano -me pidió-. Al menos lo necesario para no recibir más palmetazos. Tengo miedo de que mi marido acabe cometiendo una locura tarde o temprano.

-No puedo trabajar gratis de maestra -le dije.

La mujer asintió.

-No puedo darte dinero, pero te traeré algún salchichón, o unos huevos o lo que pueda encontrar.

Madre se asomó a la puerta en ese momento y le puso en la mano al niño un pan de azúcar que él devoró al instante.

-Nos dais lo que podáis, no te preocupes -zanjó madre el asunto, al tiempo que la hacía pasar.

Yo me la quedé mirando, desconcertada. Madre siempre me había tratado del mismo modo, ya fuese una niña o una mujer. Se mostraba siempre resuelta y autoritaria. Aparecía siempre detrás de mí y eliminaba cualquier obstáculo.

Y no porque le gustase hacerlo, sino porque según ella, yo no podía permitirme el lujo de ser tan indecisa. «Si querías ser indecisa, ¡no tendrías que haberte casado con un campesino!», se burlaba a veces de mí.

Enseñar italiano no es que me gustara especialmente, pero mientras pasaba las horas sentada a la mesa con aquel mocoso desganado, que no hacía más que distraerse y mover los pies como si tuviese fuego en los zapatos, finalmente me sentía útil.

Una día en que intentaba que memorizara un poema, pensé que el italiano sería un idioma bonito si no fuera porque me lo habían hecho odiar desde lo más profundo de las entrañas. Cuando leía en esa lengua me parecía estar cantando. De no ser porque había asociado automáticamente el italiano a aquellos fanfarrones de los fascistas, tal vez habría seguido canturreando las canciones que oía en el gramófono de Barbara -«un bacio ti darò / se qui ritornerai / ma non ti bacerò / se alla guerra partirai»-, y puede que hasta Maja hubiera hecho lo mismo y también los campesinos, y con el tiempo todo el valle se habría convertido en una encrucijada de gentes que saben entenderse de más formas y no en un punto incierto de Europa donde todos se miran con malos ojos. En cambio, el italiano y el alemán eran muros que seguían levantándose. Las lenguas se habían convertido en marcas de raza. Los dictadores las habían transformado en armas y declaraciones de guerra.

CAPÍTULO SIETE

Delante de la granja se detuvo un jeep del ejército. Dos militares lo ayudaron a bajar. Llevaba una pierna enyesada y, en las manos, las muletas en las que se apoyaba para caminar. Después de unos pasos, lo levantaron por debajo de los brazos y lo dejaron en el umbral. Erich se apresuró a decirme que no estaba tullido, que solo lo habían herido en la pierna y que regresaría al frente en cuanto se hubiera curado. Los militares asintieron.

Cuando el jeep emprendió de nuevo la marcha, Erich me preguntó por ti y, al verme negar con la cabeza, se apresuró a cambiar de tema.

-No es verdad que volveré a luchar, Trina -me dijo-. No volveré a luchar nunca. Si vienen otra vez a buscarme, huiré a las montañas -añadió, mientras intentaba levantarse como podía porque deseaba ver de nuevo la casa.

Tenía el rostro ajado y, en la frente, una arruga profunda como un corte. Yo no podía dejar de mirarlo. Le pasé una mano por el pelo, que se había vuelto más escaso y de un rubio más pálido. Sus modales, en cambio, eran los mismos de siempre. La costumbre de tamborilear sobre la mesa, aquel apetito de muchacho que lo llevó a devorar cuatro trozos de queso en pocos bocados. Madre se puso enseguida a cocinar y, sin decir nada, bajó a comprar una gallina. Al volver, encontró a Erich dormido en la silla, con la barbilla apoyada en el pecho. Michael llegó corriendo, pues alguien debía de haberlo avisado. Se quedó inmóvil, observándolo mientras dormía y sonrió moviendo la cabeza de un lado a otro. Como si él fuera el padre y Erich el hijo. Luego, Michael fue a lavarse en la tina, se peinó delante del espejo y quiso ponerse el jersey oscuro, el de los días de fiesta. Yo también me lavé y me peiné, y me recogí el pelo encrespado con el palito de madera. Madre preparó la mesa y puso el mantel blanco de algodón. A todos los que llegaban de las granjas vecinas para ver al superviviente les decíamos que se marcharan.

-¡Mañana, mañana! -les suplicábamos, impidiéndoles el paso ante la puerta.

Comió medio encorvado, sujetándose la cabeza con la mano. Me pedía una y otra vez que le sirviera vino, mientras yo pensaba que nunca lo había visto beber tanto. Michael no dejaba ni un segundo de hacerle preguntas. Erich le respondía de malos modos que lo dejara comer en paz, que se le cerraba el estómago cuando hablaba de la guerra. Hacía gestos de dolor al masticar y comprendí que si bebía tanto era para aliviar el dolor de la pierna.

Cuando bajó al establo, dijo que los animales no estaban bien cuidados. Que la vaca tenía una enfermedad en los ojos y que las ovejas estaban desnutridas.

-No quiero volver a la guerra, Trina -murmuró, mientras le acariciaba el hocico a la vaca-. Nunca más.

En la cama, me enseñó la herida de la pierna y dijo que le habían extraído un proyectil. Seguimos hablando hasta muy tarde. Hablábamos como si no nos conociéramos. Aquella noche, no pensé en ti ni una sola vez.

Cuando el dolor remitió, lo primero que hizo Erich fue ir a pie a las obras del embalse.

-¿Estás loco? -le dije-. ¿Hasta allí abajo quieres ir?

-Tú ocúpate hoy de los animales por mí, a partir de mañana me encargo yo -me pidió.

Se alejó cojeando. Parecía un péndulo y me daba pena. Michael fue a buscarlo y lo encontró contemplando boquiabierto los fosos en los que los camiones vomitaban tierra. Aferraba con las manos la alambrada que rodeaba el recinto. Las venas le asomaban bajo los huesos y le volvían la piel azulada. Michael se quedó a su lado y juntos observaron a los obreros, a los encolerizados vehículos oruga y a los carabinieri, que fumaban apoyados en el capó de sus jeeps.

-Venga, papá, vámonos de aquí.

Mientras Michael pedaleaba, Erich, apretujado entre sus antebrazos, contemplaba los abetos que tapizaban las laderas de las montañas y respiraba el olor del cielo.

-Si vuelven a reclutarme huiré a las montañas -le dijo a Michael cuando llegaron a la posada.

-Yo tampoco quiero luchar con los italianos, papá.

-Ni con los italianos ni con los alemanes, yo no quiero saber nada de la guerra -dijo, pronunciando con rabia las palabras.

-A mí me gustaría luchar por el führer -dijo Michael.

-Los alemanes se han vuelto racistas y sanguinarios.

-Si el führer hace lo que hace, tendrá sus motivos.

-¿Qué motivos puede haber para aniquilar a todo el mundo? -lo atacó Erich-. ¿De qué sirve esta guerra que ya dura años? ¿Y qué tenemos nosotros que ver?

-Gracias a él nacerá un mundo mejor, papá.

-Te voy a decir yo lo que nacerá: un mundo de esclavos que desfilan al paso de la oca.

-Los nazis no construirán el embalse, ¿no estás contento? -continuó Michael, sin inmutarse.

Y entonces Erich gritó de nuevo, tan fuerte que los viejos de la posada se volvieron a mirarlo.

-¡Que no nos inunden no es motivo suficiente para aprobar lo que hacen! -exclamó.

Intentó levantarse torpemente. Michael quiso retenerlo, pero Erich apartó el brazo, cogió a Michael por el jersey y lo obligó a acercarse.

-Tú no sabes nada. No eres más que un mocoso -le dijo, asqueado-. Vete con tu Hitler, idiota.

Pasaron días sin hablarse. Por la noche, delante de mí, intentaban mantener un trato cordial, pero resultaba tan falso que a mis ojos los volvía aún más odiosos. Después de haber servido la cena, yo me sentaba en el sitio de Erich, entre los dos, y mientras tragaba la sopa, me preguntaba de qué había servido sacrificarse tanto por criar a los hijos.

Algunas noches en que Michael salía, yo la tomaba con Erich. Le decía que lo dejara en paz, que el pobre trabajaba como un burro y nos daba todo el dinero que ganaba sin protestar.

-Con Hitler o sin Hitler, Michael es un buen chico. No deberías ser tan duro con él. -Le recordaba entonces las horas que Michael se había pasado mirándolo dormir, después de que los soldados italianos lo trajeran de vuelta

a casa desde el frente-. ¿No te basta saber que es bueno? -le preguntaba, enfadada.

Pero cuando le decía esas cosas, Erich me atacaba, me decía que tener un hijo nazi era lo peor que podía pasarle. El hecho de que la gente no lo entendiese, el hecho de que casi todos fueran como Michael, no cambiaba en absoluto la situación: el nazismo era una gran vergüenza y, tarde o temprano, el mundo entero se daría cuenta.

Aunque el ruido de los aviones que nos llegaba desde el cielo no cesaba nunca, la guerra volvió a parecerme irreal, ahora que tenía a Erich a mi lado. No tenía tiempo de pensar en la guerra. Solo me acordaba cuando llegaba al pueblo un telegrama para informar de la muerte de alguien. Entonces oíamos el llanto procedente de alguna de las otras granjas y veíamos una procesión de personas vestidas de negro que se presentaban en la puerta de la casa sin saber qué decir, sobre todo cuando el muerto era un muchacho. Aquellos días, las campanas repicaban durante largas horas. Erich no se perdía ni una sola misa.

Retomó enseguida su vida de campesino y se concentró en conseguir que los animales recuperaran la salud. Los llevaba a prados nuevos en los que podían comer hasta saciarse. Regresaba temprano: a media tarde, los animales ya estaban de vuelta en el establo. Ya no vivían apretujados porque eran menos. Algunos los había llevado al carnicero, puesto que no teníamos dinero suficiente para curarlos a todos. Sin embargo, los había vendido a buen precio porque la carne escaseaba y, según decía, ahora podíamos vender alguna vaca vieja y hacer criar a las más jóvenes para tener terneros.

Después de trabajar, salía con el cigarrillo colgando a un lado de la boca. A veces llamaba a Grau y, cuando ya estaba en la puerta, me decía:

-Ven conmigo.

-Espera, voy a arreglarme -le decía yo.

-No, ven así, ya estás bien.

Entonces discutíamos porque yo no quería salir desaliñada. No quería dejar de cuidarme ahora que mi marido había vuelto de la guerra. Así que me arreglaba a toda prisa, pero cuando me presentaba con el pelo peinado y el vestido de cuadros, él ya había salido. Yo me quedaba allí: me miraba en el espejo con gesto ausente y me veía vieja.

Erich paseaba por las calles de Curon y a todo el que quería escuchar, le

decía lo mismo: «Tenemos que sabotear las obras antes de que nos inunden».

Pero los ancianos le contestaban que ya estaban viejos para esas cosas y los pocos hombres que no estaban en el frente decían que les daba igual, porque tampoco pasaría nada: Hitler se ocuparía del Tirol y no volvería a hablarse nunca más del embalse. Algunos, en cambio, le decían en tono confidencial: «Más te vale tener el pico cerrado si no quieres que los camisas negras vengan a darte una paliza mientras duermes».

Entonces, Erich acudía a las mujeres. Pero las mujeres también sacudían la cabeza y le decían que sus maridos o hijos estaban en el frente, en alguna parte del mundo, que ni siquiera sabían si estaban vivos o habían muerto bajo el fuego de las ametralladoras. Que no tenían tiempo ni ganas de pensar en el embalse allí abajo en el río, donde ni siquiera lo veían.

-Dios no permitirá una cosa así.

-Curon pertenece a la diócesis del obispo.

-Santa Ana nos protegerá.

Erich me respondía que me callara cuando le decía que Dios es la esperanza de los que no quieren mover un dedo.

CAPÍTULO OCHO

Muchos murieron en la Europa del Este. Otros en Rusia, a orillas del Don. Vinieron a entregar todos los telegramas el mismo día: el oficial los iba dejando en las manos de las mujeres mientras se contemplaba las botas. Luego se tocaba la visera de la gorra y volvía a subir a su moto. El párroco hizo sonar el toque de difuntos hasta el atardecer. La posada se quedó vacía y Erich dijo que los cuerpos no regresarían, que había que decirle al alcalde que encargara una lápida común.

Cada vez eran más los militares alemanes que llegaban al pueblo y decían que el Tirol del Sur no tardaría en convertirse en una región del Reich. Algunos los aclamaban, otros se mantenían alejados.

Karl había conseguido una radio y los hombres se reunían en la posada para escuchar las noticias. Se lamentaba entonces de que ya nadie bebía y amenazaba con destrozar la radio a martillazos. Erich también iba a la posada a escuchar la radio y luego me contaba que el duce lanzaba proclamas cada vez más triunfalistas, señal de que las cosas se estaban poniendo feas.

-Papá, Hitler vendrá a liberarnos muy pronto -le dijo Michael una noche.

Erich apartó el plato, miró a Michael a la cara y le dijo:

-Si te alistas con los alemanes, no vuelvas a poner los pies en esta casa.

Al llegar la noticia del armisticio, todo el mundo bajó a la calle a celebrarlo. Cuando llegaron los soldados del fñhrer, las mujeres agitaron pañuelos desde las ventanas y saludaron con los brazos desde las puertas. Tratábamos como libertadores a aquellos hombres a los que no habíamos visto nunca. Nos convertimos en la región meridional del Reich. La zona de operaciones de los Prealpes. Algunos decían que quienes estaban al mando

eran los fascistas, otros que no contaban para nada. En las siguientes semanas despidieron a los funcionarios italianos, pero sin tocarles ni un solo pelo. Se publicaron bandos para contratar de nuevo a los lugareños y se prohibió el italiano en todos los edificios públicos. Cualquiera de nosotros que poseyera un título académico o hubiese ocupado un puesto que le hubiera sido arrebatado por Mussolini, podía presentarse para recuperarlo.

Desde que habían llegado los nazis, Erich no salía de casa. Caminaba de un lado a otro con las manos a la espalda y cuando yo le preguntaba «¿Y ahora qué hacemos?», no contestaba. Ni siquiera cuando Michael le contó que los trabajos en el embalse se habían interrumpido, pues al fñhrer le interesaba más construir vías férreas; ni siquiera entonces abrió la boca.

Solo cuando los alemanes asumieron el control absoluto del territorio y a todo el mundo le quedó claro que Mussolini, ya estuviese prisionero o libre, no contaba para nada; solo cuando las órdenes y despachos que llegaban uno tras otro desde los centros de mando de Merano anunciaron con vehemencia el reclutamiento inmediato de los hombres; solo entonces comprendí qué preocupaba a Erich. Él, que en el frente había visto a los nazis matar y encarcelar, sabía que la decisión de quedarnos en Curon en los tiempos de la gran operación y no partir hacia Alemania era una culpa que debíamos expiar. Los alemanes la tomarían en primer lugar contra quienes no se habían marchado en el 39. Contra quienes no habían creído ciegamente en Hitler desde el principio. Incluso Michael lo decía:

-Tenemos que alistarnos voluntariamente. Tenemos que reparar nuestra culpa.

Una noche, Michael se llevó a Erich aparte y, con voz serena, le dijo:

-Escúchame, papá: Hitler conoce nuestra historia, sabe lo que hemos pasado. Nos reclutará, es cierto, pero no para mandarnos a un frente lejano. Nos mandará cerca, o puede que incluso nos asigne tareas administrativas. A combatir en Europa enviará a quienes no se alisten voluntariamente -concluyó, tratando de cogerle la mano.

-¡Qué sabrás tú! -le contestó Erich con desdén.

-Ayer me enrolé.

Erich levantó de golpe la cabeza y Michael le sostuvo la mirada.

-Lo he hecho también por ti, papá.

Finalmente, una noche en que no podíamos conciliar el sueño, Erich me habló del frente.

-Marchamos durante días enteros, sin detenernos. Vi las montañas de Albania, bajas y áridas, pero escarpadas y llenas de grietas. Pasamos noches subiendo por caminos de herradura, y ni siquiera nos permitían preguntar cuánto faltaba. Disparé, no sé a cuántos hombres maté. No más que otros soldados, pero los suficientes como para haberme ganado el infierno. Pensándolo bien, que yo esté vivo es una injusticia. Los militares solían maltratar a los tirolese, nos obligaban a limpiarles los zapatos y nadie nos llamaba nunca por nuestro nombre. Cuando nos trasladaron a Rusia hice un amigo, un hombre de Rovereto que nada más llegar enfermó de difteria. Antes de cada inspección, le frotaba por la cara unas gotas de sangre. Me pinchaba el pulpejo de la mano y lo maquillaba para quitarle un poco la palidez. Le conseguí unos pocos días más de vida. Y entonces, una noche, me obligaron a fumar con él y lo mataron delante de mis propios ojos. Dos minutos después tuve que comerme el rancho.

Yo contenía la respiración, con el mentón sobre las rodillas, y contemplaba la luz de la luna colarse por la ventana.

-Y los alemanes son mucho más salvajes que los italianos. Deportan, torturan... -Me volví a mirarlo y Erich me lo repitió-: Trina, si intentan reclutarme huiré a las montañas.

-Pues huiremos juntos.

Unos cuantos días después, Michael se presentó con el uniforme militar. Se acercó a abrazarme y sonrió como si aquella ropa lo hubiese convertido por fin en un hombre.

-Pronto seré teniente o comandante de la Wehrmacht, mamá. Tendré una buena paga y estrellas en el uniforme -dijo, satisfecho. Yo asentía sin mirarlo y le colocaba bien el cuello del abrigo-. ¿Tú tampoco te alegras por mí? -me preguntó, alzando la barbilla.

-No me hagas caso, yo nunca me alegro por nada.

-El uniforme es bonito, ¿verdad?

-Sí, es muy bonito.

Dijo que lo habían asignado a una patrulla en Val Padana. Se trataba de

una misión para acabar con los partisanos que infestaban el norte de Italia.

Ya en la puerta, lo cogí por los hombros y le dije:

-Ahora te voy a pedir una cosa y tú tienes que decirme que sí.

Él me observó, perplejo, pero no dijo que sí. Tuve que repetírselo tres veces. Solo entonces asintió y, con un gesto, me invitó a hablar.

-Tienes que ayudarnos a huir.

Palideció y después apretó los puños.

-Es nuestro secreto -le dije.

No respondió.

-Repítelo: es nuestro secreto.

Lo repitió.

-Si para ti es más importante el führer, entonces podrás actuar como espía y hacer que nos fusilen. Podrás vengarte de tu abuela o ensañarte con tu padre -proseguí, en tono desafiante.

-¿Te lo ha pedido él?

-No, él no sabe nada.

Entornó los ojos y se puso rojo. Me observó como se observa a un enemigo, pero, en aquel momento, Michael no me importaba. Lo único que quería era proteger a Erich y huir con él.

-Volveré para decirte qué zona es más segura -dijo, con una voz que no era la suya, y se alejó sin darme un beso.

Entró en la habitación de madre y se lo dio a ella. Después pasó por delante de mí, con su abrigo gris, y cerró bruscamente la puerta. La vela del chinero se apagó.

Saqué dos bolsas. Metí dentro la ropa de abrigo de Erich, los jerséis de lana basta, un trozo de jabón, zapatos, calcetines, una manta... En el poco espacio que quedaba, apretujé un pan de polenta, carne en salazón, tortitas y galletas. En mi bolsa guardé una cantimplora y, en la de Erich, una petaca de grapa. Lo preparé todo sin pensar, como si de repente hubiera visto claro que no teníamos otra elección. Escondí las bolsas dentro del baúl y lo cubrí con unos cuantos trapos viejos.

Luego entré en la habitación de madre. Le apreté un hombro y me senté junto a ella.

-¿Estás bien? -me preguntó.

-Sí, estoy bien.

-Michael volverá pronto.

-Escucha, madre, Erich y yo pensamos huir a las montañas. Si quieres venir con nosotros puedes hacerlo, pero es mejor que te vayas a casa de Peppi.

-Si tu marido se alistase, podrías empezar a trabajar como maestra.

-No quiero trabajar como maestra en una escuela nazi. Y, además, Erich no piensa alistarse.

-A las mujeres de los desertores las matan.

-Y a ti también te matarán si te quedas aquí. Tienes que irte a casa de Peppi.

Me ordenó salir de la habitación y, por la noche, me llamó.

-De acuerdo, me iré a casa de Peppi -dijo, sin mirarme a los ojos.

Calenté agua y llené la tina. Cuando Erich entró, lo ayudé a lavarse y puse la cena en la mesa. Intentaba evitar su mirada. Madre quiso quedarse en su habitación y le llevé una taza de caldo.

-He preparado las bolsas, están dentro del baúl.

Levantó la mirada del plato y asintió.

-¿Michael se ha ido?

Le dije que sí y él puso cara de asco. Luego siguió masticando con desgana. En aquel momento, se apoderó de mí un nuevo deseo, que no he vuelto a experimentar nunca. Quería desprenderme de todo lo que tenía: de mis cosas, de los animales, de los pensamientos... Lo único que quería era ajustar las hebillas y partir. Marcharme de aquí.

Le escribí una carta a Peppi, en la que le rogaba que viniera lo antes posible a llevarse a madre. No pensé en Michael, a quien tal vez no volviera a ver nunca. No pensé en la guerra ni en las montañas, que tal vez nos escondieran o tal vez acabaran con nosotros. No pensé en ti. Durante cuatro años, noche tras noche, te había escrito en un viejo cuaderno. Lo releí entero de un tirón y luego lo lancé a la chimenea. Las brasas veteaban de escarlata las cenizas. Poco a poco, el fuego se metía entre las páginas, crepitaba y cobraba vida. Nunca me he sentido tan libre como entonces.

CAPÍTULO NUEVE

Una mañana, vinieron a preguntarme por qué no volvía a dar clase. Me preguntaron si estaba en contra de la escuela nazi.

-Desde luego que no -contesté.

Apenas había conseguido librarme de aquellos hombres, cuando un coche se detuvo delante de la granja. Dos oficiales preguntaron por Erich Hauser. Yo había dejado la puerta abierta y por la puerta abierta se colaba el sol. Llevaba el suéter desabrochado y uno de los dos hombres me miró la bata y dejó resbalar la mirada hasta las pantorrillas.

-Lo enviaré a la comandancia, ahora está fuera con los animales.

-¿Por qué no se ha alistado voluntariamente?

-Lo ha hecho por mí -respondí-, estoy enferma. Hemos decidido que nuestro hijo se aliste y que mi marido se quede aquí. Ya luchó dos años y volvió herido de Grecia.

Comprobaron en una lista si era cierto que Erich se había alistado. Cuando encontraron su nombre, adoptaron modales más amables.

Erich fue al establo a sacrificar el ternero. Lo mató con una pistola que se había traído del frente. Despellejó al animal y colgó la carne para que goteara la sangre. Las vacas daban coces y lanzaban ensordecedores mugidos. No se les pasó el susto en todo el día. Erich trajo la carne a casa y yo la corté a trozos, que guardé en contenedores de cristal. Un trozo de carne, un puñado de sal. Así hasta terminar toda la carne y toda la sal. Dejó las tres vacas en la granja de su amigo Florian. Las ovejas, con otro campesino que se llamaba Ludwig. Les contó no sé qué excusa para que le guardaran los animales. Ya lo entenderían al día siguiente. Cuando Erich volvió, por la noche, freí la carne con mantequilla. Eché la grasa sobre la polenta y comimos. Comimos hasta

reventar. El cielo estaba cuajado de estrellas y, al mirarlas, me perdía en la idea de que nada de todo aquello era verdad. No era verdad que pensábamos huir a las montañas, no era verdad que madre se iba a Sondrio con Peppi. No era verdad que mi hijo era nazi.

-Me da miedo que la tomen con Michael -dije.

-Y a mí que Michael envíe a los nazis a buscarnos.

-Ya basta de decir esas maldades. Nunca haría algo así.

-Y ellos tampoco le harán nada, aparte de alguna pregunta.

Recogí la mesa. Lavé los platos en el fregadero, limpié el chinero y los muebles y, por último, fregué el suelo.

-¿Por qué te tomas tantas molestias? -me preguntó Erich-. Pondrán la casa patas arriba, puede que incluso la quemem. No tiene sentido dejarla limpia.

-Pues yo quiero dejarla limpia.

Erich se encogió de hombros, metió unas cuantas cosas más en la bolsa y preparó dos sacos rellenos de paja para dormir. Yo iba de una habitación a otra, asegurándome de que todo estuviese en orden. Sentía la necesidad de creer que volveríamos. Y que madre también volvería y tejeríamos de nuevo con las agujas metidas bajo las axilas. Que volverían todos. Peppi con su esposa, Irene; los jóvenes del pueblo a los que habían reclutado los nazis; Michael, que finalmente haría las paces con Erich. Que volverías tú. Que la guerra terminaría y, por fin, te traerían de vuelta a Curon.

Nos marchamos en plena noche. Eché un último vistazo a la cocina y al comedor. Había doblado todos los paños y los había dejado apilados. Los vasos aún goteaban. Flotaba en el aire el olor de la carne descuartizada.

Justo encima del Ortles, se veía un gajo de luna. Le quité la cadena a Grau, que levantó la cabeza apoyada en las patas y me observó con sus ojos rodeados de arrugas. Le acaricié el hocico y la cola.

-Nos vemos pronto, Grau -le dijo Erich, mientras le masajeaba las orejas.

Luego me cogió de la mano y nos fuimos. No recordaba cuándo me había cogido la mano por última vez. Me sentí flexible y ligera.

Echamos a andar hacia los alerces. En el bosque, la oscuridad se adensó de golpe y el frío se volvió cortante. Erich encendió la antorcha y se detuvo a contemplar mi rostro, iluminado por el resplandor. Los dos expulsábamos

niebla por la boca.

-¿Tienes miedo? -me preguntó.

-No -le respondí.

Me entraron ganas de besarlo allí mismo, en mitad del bosque.

-Es mejor subir ahora que aún está oscuro. Subir todo lo que podamos y dirigirnos hacia Suiza. Hay grutas y heniles; más arriba aún, encontraremos refugios. Tenemos que subir por encima de los alemanes, que controlan las fronteras, y detenernos antes de encontrar a la policía suiza.

Cuando el camino empezó a ser más escarpado, guardamos silencio. Debíamos estar atentos a cualquier ruido. Erich llevaba la pistola en la mano y, colgada en bandolera, la escopeta de caza. Las ramas nos golpeaban sin descanso y yo no pensaba en los militares, sino en las serpientes y en las lagartijas que se esconden entre las hojas, en los lobos que se asustan de los ruidos, en las lechuzas de ojos amarillos. Me subí hasta la nariz la bufanda de madre, para después taparme las orejas y, por último, la cabeza.

Si tropezaba o el terreno se volvía demasiado escarpado, Erich me pasaba la antorcha, pero enseguida me reñía porque le iluminaba la cara. Nos detuvimos un momento a escuchar el borboteo de un torrente. Llenamos la cantimplora. El agua estaba helada y le dije a Erich que bebiera despacio. Quería hablar, pero Erich no me hacía caso. El silencio era denso, seguramente como el que reinaba en nuestra casa vacía.

-Destápate las orejas, a partir de aquí podemos encontrar lobos.

-Erich, ¿cuándo se hará de día?

-Ya no falta mucho.

CAPÍTULO DIEZ

Una luz rosada primero y azul después tiñó la negra oscuridad del cielo. Asomó el sol. Erich me señaló Curon, minúsculo a nuestros pies. Sentados en las piedras, comimos tortitas y queso. Erich me hizo beber un sorbo de grapa y yo me lo tragué tosiendo. Una claridad límpida iluminaba el llano, y de los precipicios asomaban ramas y arbustos. Tenía la sensación de haber escalado el mundo. De haber salido de él, de no formar ya parte.

-Podemos instalarnos allí -dijo Erich.

En la cresta de la montaña había una gruta. Era estrecha y para entrar había que caminar a gatas. Erich la inspeccionó y dijo que no era la madriguera de ningún animal. Procedimos a amontonar ramas y a aplastar con los pies los restos de nieve.

-¿Viviremos aquí dentro? -le pregunté, perpleja.

-Solo durante unos días, luego iremos a una granja en la que podremos hospedarnos.

-¿Y quién nos hospedará?

-El padre Alfred me ha dado una nota para que se la entreguemos a la dueña de la casa. El hijo es un joven párroco de Malles -dijo, mientras me entregaba la nota que llevaba en el bolsillo.

-¿Vamos a dormir en el suelo? -le pregunté, mientras echaba un vistazo a mi alrededor.

-Bajaremos a recoger hojas y prepararemos jergones -me respondió, en tono paciente-. Y con los sacos que llevamos, no pasaremos mucho frío.

No quería que se alejara ni un metro de mí. Lo amenacé y le dije que me pondría a chillar o que bajaría de nuevo al valle. No quería quedarme sola bajo ningún concepto. Erich me acarició entonces la cabeza y me dijo que

pronto tendría que ir a cazar alguna liebre o algún pájaro, o a buscar a algún campesino que nos vendiera queso. No tenía ningún sentido que fuéramos los dos juntos. Me dejó la pistola y él se quedó la escopeta. Yo no había disparado nunca, ni tampoco lo intenté porque la pistola solo tenía seis balas en el cargador.

-Lo único que tienes que hacer cuando aprietes el gatillo es sujetarla con todas tus fuerzas -decía Erich.

Yo contemplaba el hierro del cañón y lo notaba pesado entre las manos frías. Fuimos a recoger hojas y luego a inspeccionar la zona. No había ni un alma.

-Hasta aquí no llegarán -repetía Erich, convencido, cuando volvimos a la gruta.

-Pero sí volverá a nevar.

-Sí, y mucho.

-¿Y qué haremos cuando vuelva a nevar?

-Solo tenemos que resistir unos días, Trina, asegurarnos de que los alemanes no estén atravesando esta zona. Luego nos quedaremos en la casa que te he dicho, pagaremos el alojamiento trabajando, les daremos el dinero que tenemos.

-Y mientras tanto, ¿se acabará la guerra?

-Espero que sí.

Bajo el sol de mediodía, nos quitamos las bufandas y comimos un poco más de queso. Primero descansó él. Yo me aposté con la pistola delante de la gruta y contemplé la luz brillante del cielo. Las nubes alargadas y estrechas que se perseguían en aquel azul inmaculado. Ví un águila que volaba en círculos a lo lejos. Pasé revista a los árboles. Tiré alguna que otra piedra. El aire estaba inmóvil.

-Si ves troncos arañosos, aléjate, porque significa que algún lobo anda cerca -me había dicho Erich.

-¿Y si me lo encuentro delante? -le había preguntado yo, nerviosa.

-Tienes que dispararle a los ojos. Y lo mismo debes hacer con los alemanes. Y con los italianos. Si quieres sobrevivir, debes disparar siempre a los ojos.

-Aquí arriba no estamos a salvo de la guerra -le decía a Erich por las

noches delante del fuego-. Esta pistola es la guerra.

Él asentía.

-Pero no nos hemos convertido en sus cómplices.

Cuando la oscuridad empezaba a trepar por las montañas, me dedicaba a observar el cielo y trataba de retener la luz, como si aquel rastro fuera leche y yo una niña famélica. Y entonces, en apenas un momento, todo se volvía negro y desolado y no se veía nada, ni siquiera la silueta de los árboles. Volvía a la gruta, derrotada, ocultaba la cara entre las manos y empezaba a sollozar. Erich me dejaba en paz. A veces se acercaba y trataba de abrazarme, pero yo le respondía que no quería sus abrazos. Lo único que quería era que se hiciera otra vez de día.

Cuando volvía la luz, olvidaba al momento aquella dolorosa oscuridad y miraba a mi alrededor, soñando con los ojos abiertos. Era una joven esposa que había subido a las montañas por amor a su esposo aventurero. Era una guerrillera temida por los alemanes. Una maestra que había salvado a sus alumnos.

Por la tarde, cuando las horas no parecían transcurrir, apoyábamos la espalda en un árbol y hablábamos de cosas de las que no habíamos hablado nunca.

-Quién sabe dónde estará Marica -me dijo una vez, mientras me soplaba en las manos.

Me quedé inmóvil, como si hubiera visto a un lobo, y me acerqué más a él. No había vuelto a pronunciar tu nombre. Repitió la frase. Y luego dijo que ya había pasado el tiempo de no hablar de ti.

-Yo solo quiero que esté bien, que esté a salvo y que la guerra no la haya perjudicado.

-¿No te gustaría volver a verla? -le pregunté.

-No creo que eso pase.

-¿Y a tu hermana?

-A ella sí que me gustaría volver a verla.

-¿De verdad te gustaría volver a verla?

-Sí, para preguntarle por qué.

-¿Solo le preguntarías eso?

-Sí, Trina. Solo eso.

CAPÍTULO ONCE

Había perdido la cuenta de los días. Le preguntaba a Erich cuándo nos marcharíamos de allí para ir a la granja y él respondía que aún no era el momento adecuado. Entonces yo me ponía de mal humor, porque quería marcharme. Cuando le preguntaba cómo íbamos a averiguar si la guerra ya había acabado, se echaba a reír y me decía que no habían pasado ni dos semanas.

Se nos terminó la carne en salazón. Se nos terminó la polenta, se nos terminaron las tortitas. Se nos terminó el queso y se nos terminaron las galletas. Erich bajaba y desaparecía durante horas. Yo me quedaba sola en aquella cima, contemplando el valle, y notaba un extraño vértigo, una pausa en el viento que me dejaba paralizada. Erich conseguía de los campesinos algún trozo de speck o de queso, pero cada vez comíamos menos y él tenía el rostro aún más cadavérico, hundido bajo la barba hirsuta. De vez en cuando encontraba alguna marmota, inmóvil como una estatua, y la golpeaba en el lomo con un palo. Cada marmota era una fiesta para nosotros. Encendíamos el fuego bajo la parrilla y asábamos la carne, que luego nos comíamos hasta dejar los huesos a la vista. Volvía a sentirme salvaje, pero no embrutecida como cuando Erich estaba en el frente.

Una mañana en que él había salido a cazar, me puse a seguir el curso de un río. Pensaba, ilusa de mí, que encontraría peces, pero a duras penas conseguí llenar la cantimplora con esquiras de hielo. Llegué a la casa de un campesino y llamé a la puerta. Me abrió una mujer a la que conté que éramos desertores y que intentábamos llegar a Suiza. Conseguí sacarle una lata de sopa y una botella de vino. Le juré que volvería a pagárselas. Me dirigí victoriosa hacia la gruta, mientras imaginaba la sonrisa de satisfacción en los labios lívidos de

Erich. «Ya falta un día menos», me diría con la boca llena, mientras bebíamos el vino y disfrutábamos al sentirlo bajar hacia el estómago.

Subía despacio entre los árboles. Mis pasos se hundían en la nieve seca como si fueran sal vieja. Pensaba en Erich, que la estaría apartando con la pala porque aquella era nuestra batalla diaria. Oí voces. Voces alemanas que hacían preguntas apremiantes. Agresivas, a gritos. La gruta estaba apenas a diez pasos de mí. Me acerqué para ver. Los militares estaban de espaldas y repetían, una y otra vez: «¿Partisano?», «¿Desertor?». Erich no respondía. Me agazapé. Dos pájaros me observaron desde lo alto de las ramas. Apoyé la barriga en la nieve; el frío me entumecía los pechos. Desde allí, los veía muy bien. Seguían interrogándolo y él seguía mudo. Saqué la pistola. Solo tenía seis balas. La sujeté con todas mis fuerzas. Apunté a la espalda de uno, que cayó al suelo con un golpe sordo. El otro se volvió al instante y le di en el pecho. Soltó un grito ronco. Seguí disparando contra aquellos cuerpos tendidos hasta que ya no quedaron más balas en la pistola. Erich estaba paralizado, con la espalda apoyada en la roca. Observaba mi rostro con una mirada pétrea, como si no lo reconociera. Lo sacudí como si fuera una rama cargada de nieve y le ladré entre dientes que se moviera. Solo entonces me ayudó a recuperar las armas de los alemanes. Una él, una yo. Nos manchamos con su sangre. Hurgamos en sus abrigo y nos guardamos en el bolsillo los billetes que encontramos. Uno de los billeteros estaba lleno de marcos. Con aquel dinero podríamos comprar comida en las casas de los campesinos y pagar el alojamiento que nos darían en la granja. Arrastramos los cadáveres hasta la gruta. Arrojé sobre aquellos cuerpos la pistola vacía y los cubrimos con nieve. La que caería aquella noche y los días siguientes los sepultaría para siempre.

Subimos aún más alto, con el paso rápido de los asesinos. La nieve que pisoteábamos, dejando así nuestras huellas, era densa y grumosa. Llevábamos las pistolas en la mano. El corazón nos martilleaba el pecho.

-Hay más huellas -dijo Erich-. Deben de haber llegado hasta aquí arriba.

Cambiamos el rumbo. Caminábamos sin hablar. Cuando encontrábamos en la nieve el rastro de algún animal, o huellas de botas, cambiábamos de dirección. Teníamos las manos agrietadas por culpa de los sabañones.

-¿Dónde estamos? -pregunté, cuando el sol desapareció tras la montaña.

-Allí está la frontera suiza -dijo él.

-¿Y la granja? ¿Dónde está la granja esa? -grité, desesperada.

-No debe de estar muy lejos -dijo Erich, confuso.

Las piernas ya no nos respondían. Estaba segura de que moriríamos en cuestión de horas. Cuando me dejé caer al suelo, Erich me ordenó que me levantara inmediatamente y que no dejara de caminar bajo ningún concepto.

-Si nos detenemos, moriremos congelados.

No había árboles. No había nada en las cimas que se veían a lo lejos. Solo nieve.

-¡Mira! ¡Allí! -dijo Erich, sin fuerzas para gritar.

En mitad de la blancura, se erigía una pequeña construcción de piedra. Nos acercamos. Era una capilla circular, en cuyo techo puntiagudo descollaba una cruz, a modo de penacho.

En el interior no se oían voces. Erich abrió la puerta. Tres hombres se pusieron en pie de golpe. Gritaron algo en alemán. Se produjo un disparo.

-¡No disparéis! -grité.

Levantamos las manos, pero seguíamos aferrando las pistolas con ellas. Aquellas pistolas se habían convertido en una extensión de nuestro cuerpo.

-¡No somos soldados! ¡No somos nazis ni fascistas! -aullé.

Los hombres intercambiaron miradas.

-¿Sois desertores? -preguntó uno de ellos, bajando el arma.

Dijimos que sí con la cabeza. Nos ordenaron que guardáramos las armas y nosotros les dijimos que hicieran lo mismo. Mi rostro, aunque fuera el de una vagabunda, parecía tranquilizarlos.

Nunca olvidaré a aquellos tres hombres. El padre, de expresión ambigua, cara de cabra y nariz aplastada, con aquellas lentes gruesas que le empujaban el rostro. Los hijos, pálidos y asombrados. Me hicieron pensar en Michael. Ellos huían de los alemanes, Michael perseguía a todo el que estuviera en contra de los nazis. De haber entrado allí, los habría matado. O ellos lo habrían matado a él.

Comían pan sin sal. Estaban a punto de encender el fuego y Erich los ayudó. Cuando las llamas empezaron a crepitar, los muros de la capilla parecieron cobrar vida y yo, como una cobarde, le di las gracias a Dios solo porque ahora estaba en un lugar cálido.

Saqué la lata de sopa y la botella de vino.

-¿Habéis visto soldados? -les pregunté, mientras lo dejaba todo junto al fuego.

-Los alemanes saben que hay desertores que se refugian en esta zona, antes de la frontera -dijo el muchacho rubio mientras bebía vino.

-Tenéis que estar alerta al cruzar las colinas. La policía suiza detiene a desertores todos los días -intervino el otro hijo.

Nos contaron que la guerra le empezaba a ir mal a Hitler. Que la campaña de Rusia estaba siendo un desastre. Que en Stalingrado los muertos se contaban a millares, que los sótanos de la ciudad estaban llenos de heridos abandonados a su suerte. Dijeron que ellos se proponían llegar a Berna, donde tenían parientes que podían protegerlos. Eran de Stelvio. Los hijos habían aprovechado un permiso para huir, el padre no se había presentado al reclutamiento. Lo mismo que Erich, él también había combatido en las filas italianas y luego no había querido saber nada más de la guerra. La madre había muerto ya hacía algunos años.

-Si hubiera estado viva, nunca se habría marchado de su pueblo. Los nazis la habrían arrestado o puede que fusilado por nuestra culpa -nos contó el hijo pequeño.

Yo no decía nada. Los miraba y sentía asco: de ellos, de los nazis, de mi hijo... Un asco que se mezclaba con el deseo de tenerlo a mi lado, de acercar juntos las manos al calor de las llamas.

-Los alemanes han llegado hasta aquí, no es buena idea que os quedéis -dijo entonces el padre-. Si queréis esperar a que termine la guerra, es mejor que subáis más. Encontraréis a otros desertores. Hay refugios y cobertizos para el heno.

-Y no hace más frío que aquí -dijo el muchacho rubio, para tranquilizarnos.

Nos ofrecieron café de achicoria y aquella bazofia amarga me pareció tan deliciosa que hasta habría metido dentro la cara. Invitaron a fumar a Erich, que ya no tenía tabaco, y disfrutó tanto de aquel cigarrillo arrugado que a cada calada retenía el humo dentro del pecho todo lo que podía. Uno de los hijos apuró su taza y se dirigió a la puerta con la pistola.

-Dentro de tres horas te relevo -dijo el hermano, que siguió sentado.

Por la mañana, me desperté con el muchacho rubio acurrucado en el hombro. Antes de marcharse, nos dejaron un mendrugo de aquel pan insípido.

Preparamos raquetas con unas cuantas ramas, para colocarlas bajo los zapatos y así poder caminar sobre la nieve. Erich trabajaba las ramas con el cuchillo para darles elasticidad y yo las ataba con la cuerda, que iba arrancando del ovillo con los dientes. Fabricamos raquetas también para ellos. El padre nos repitió que siguiéramos subiendo, que no tuviéramos miedo del frío. Luego, sin despedirse siquiera, se encaminó en la dirección contraria a la nuestra. Los observamos mientras se iban haciendo más y más pequeños sobre el manto blanco.

Seguía nevando y nos habíamos puesto en los pies todos los calcetines que teníamos. Me acordé de madre, que siempre decía que cuando se tienen los pies fríos, se tiene frío en todo el cuerpo. Pensaba a menudo en madre. La recordaba en su silla mal empajada, cosiendo. Cuando cosía, yo nunca sabía en qué estaba pensando.

Cuando me volví a mirar la capilla con su crucifijo, la nieve ya se había acumulado delante de la puerta. Ya no se podía entrar. Pensé en los cadáveres de los dos alemanes a los que había matado. A nuestro alrededor, solo había blancura y el susurro del viento.

CAPÍTULO DOCE

Caminamos durante horas con aquel frío asesino. En cuanto dejó de nevar un momento, nos obligamos a comer el pan. La nieve se nos metía en los zapatos descosidos. Mientras comíamos, Erich se puso en pie de un salto y señaló dos hombres a los lejos. Se guardó el pan en el bolsillo y echó a correr, jadeante. «¡Eh, vosotros!», gritaba a voz en cuello. Tropezaba a cada paso y cada uno de sus gritos moría en aquel desierto blanco. Intenté seguirlo, cargada con aquella condenada bolsa que me obligaba a encorvar la espalda. Quería dejarme caer. Morir.

-¡Erich, detente! -le gritaba.

Pero él seguía corriendo. Clavaba el palo en el suelo, hasta que el palo se rompió y lo hizo caer.

-No los alcanzaremos, Erich, ¡detente! -volví a gritar.

Entonces se me acercó y, casi sin aliento, me amenazó:

-Tenemos que seguir las huellas, Trina, antes de que la nieve las borre. Esos hombres son campesinos, sabrán indicarnos el camino.

Las huellas, de hecho, nos condujeron hasta la granja. Nos detuvimos, apoyados en los palos, y contemplamos la casa. Arrodillados, esperamos hasta recuperar el aliento. Notaba las lágrimas que se me helaban.

Cuando una mujer abrió la puerta para retirar la nieve con una pala, Erich me empujó hacia delante. Saqué la nota del padre Alfred. Tenía la sensación de que las piernas se me doblaban, que el frío me impedía mover los pies helados. Saludé con la voz de una niña que quiere hacerse perdonar. La mujer era gorda y tenía el pelo tan encrespado que parecía espino. Le bastó una mirada para saber que éramos desertores.

-Nos envía el padre Alfred, el párroco de Curon -le dije. No respondió-.

Hemos huido de la guerra. Nos estamos muriendo de frío -añadí, mientras seguía tratando de entregarle una nota que ella ni siquiera miraba.

Gritó un nombre, sin quitarme la vista de encima. En la puerta apareció un viejo armado con una escopeta. Se asomó otro hombre, y luego otro más que vestía como un cura. Salió también una mujer que llevaba a una joven de la mano. Entonces se acercó Erich con las manos en alto, sin empuñar la pistola. La nieve nos seguía cayendo encima. No hay nada más cruel que la nieve que te cae encima.

Dentro de la casa, la chimenea estaba encendida. Apoyados en las paredes de la única habitación, había varios colchones hechos jirones en los que dormían todas aquellas personas. El suelo hacía bajada y sentí vértigo al caminar por él. Notaba la piel reseca, y los cinco habitantes de la casa nos observaban de un modo que resultaba intimidante. Las llamas despedían un calor que me abrasaba las mejillas y me daba cuenta de que, por mucho que quisiera, ya no podía contener las lágrimas.

-¿Sois nazis? -preguntó el hombre de mediana edad.

-No.

-¿Sois fascistas?

-No somos fascistas.

-¡No somos nazis ni fascistas! -declaró Erich en tono crispado-. No somos nada, solo somos campesinos. Yo no quiero luchar más en esta guerra.

-Somos amigos del padre Alfred, el párroco de Curon -repetí yo.

Finalmente, el cura sonrió. La mujer gorda le entregó la nota, el cura la leyó y, en aquel momento, nos cogió las manos, abrazó a Erich y nos dijo que éramos bienvenidos. Podíamos ayudar a conseguir comida y arreglar el establo, aunque ya no les quedaran animales. La mujer gorda los había vendido en una feria, convencida de que en tiempos de guerra era más útil el dinero.

-Y, sin embargo, el dinero no vale nada en tiempos de guerra -concluyó el cura, con un suspiro.

-Somos del mismo pueblo -dijo la hija del viejo-. Huimos de Malles hace unas cuantas semanas.

-Pagaremos el alquiler con lo que podamos -intervino Erich-. Sabemos que para vosotros es un sacrificio.

La mujer gorda asintió y nos invitó a acercarnos. El sueño me estaba venciendo y quería estar sola. El frío estancado en aquella habitación ya ni siquiera me parecía frío. Las mujeres sonrieron a medias cuando dije:

-Si os sirve, tengo una sartén en la bolsa. He subido hasta aquí con el mango clavado en la espalda.

La mujer gorda se echó a reír y luego nos indicó la puerta que daba a la parte de atrás.

-Si llegan los soldados, tenéis que escapar por ahí. Esta es la última granja, no esperéis encontrar otras casas. A un par de kilómetros de aquí, empieza Suiza.

-¿Hacia dónde debemos huir si llegan?

-Hacia el este. Tenéis que volver a bajar la cresta hasta que encontréis una hilera de pinos. Allí hay algún que otro henil.

Volvimos junto al fuego. La pareja de mediana edad nos observaba de arriba abajo. La hija se llamaba Maria. Era muda y se pasó todo el rato mirándonos con unos ojos que parecían los de una muñeca de trapo.

-Esta noche haremos los turnos nosotros. Mañana, cuando hayas descansado, te tocará también a ti -le dijo el viejo a Erich.

CAPÍTULO TRECE

Al día siguiente llovía. El cura rezaba con las manos unidas, arropado en aquella sotana negra que me inspiraba tristeza. La madre trajinaba de un lado a otro, dándonos la espalda. De vez en cuando, le decía al hijo:

-Te equivocaste al hacerte cura. Tendrías que haberte casado con Francesca.

-Me he casado con Dios, mamá -le respondía él, paciente.

Tenía los hombros enjutos y el pelo más bien escaso. Un rostro sin edad. Y unos ojos tan negros como aquella sotana que me inspiraba tristeza.

-¿Los curas también pueden desertar? -le pregunté.

Me dedicó la misma sonrisa de compasión y luego dijo que él no había desertado, que solo se había negado a obedecer a los nazis.

-Hitler es un pagano. Los sacerdotes que lo apoyan son indignos de Cristo -dijo, con su voz serena.

Me contó que el padre de Maria salía a cazar y pasaba por la casa de un campesino que siempre le daba algo. Un par de salchichas, un poco de queso... Desde que la hija se había vuelto muda, los padres tampoco hablaban demasiado. Una vez cada diez días, dos primos del padre de Maria le dejaban, en un lugar secreto de la montaña, un saco de polenta y algunos huevos. Me dijo también que ninguno de ellos podía volver a Malles hasta que terminara la guerra.

-¿Terminará pronto la guerra? -le pregunté.

Él extendió las manos, sin decir nada.

Erich salió y se puso a hablar con el viejo. Luego se dedicó a limpiar el establo, arreglar los comederos de los animales y cambiar los tablones de madera que se habían podrido bajo el peso de la nieve. Yo le pregunté a la

mujer gorda en qué podía ayudar. Entonces ella me contestó con una voz sumisa que pensara solo en descansar y que le contara algo de mi vida antes de que estallara la guerra. Le conté que había estudiado para maestra pero que los fascistas nunca me habían permitido dar clase, que había sido también campesina y que, finalmente, una noche había huido a las montañas porque mi marido había decidido desertar.

-Tanto preocuparnos por los hombres..., al final solo conseguiremos que nos maten -comentó, mientras señalaba con la barbilla al hijo, que estaba rezando otra vez.

Fuera, el cielo estaba despejado y en la nieve se reflejaba una luz opaca. La blancura no dejaba espacio a nada más. La mujer gorda mezclaba la polenta y salteaba una cebolla en mi sartén. Me gustaba que usara mi sartén.

-La semana pasada volvieron con una gamuza, y otro día con un faisán. Hemos comido carne hasta en viernes -dijo, satisfecha-. Espero que encuentren algo, a mí me gusta mucho la carne.

-Tuvimos que comerla deprisa porque los animales detectan el olor -añadió el cura-. Si montamos guardia de noche, es más por los animales que por los alemanes. Contra los alemanes no podríamos hacer nada.

-¿Subirán hasta aquí? -pregunté.

Él abrió de nuevo los brazos y la madre me miró como si quisiera excusarse.

-Es inútil hacer preguntas a los curas, solo saben abrir los brazos -farfulló-. Incluso de niño abría los brazos. Le robaban los juguetes, le daban soberanas palizas y él, en lugar de reaccionar, abría los brazos.

Comíamos todos juntos en torno a una vieja mesa que el cura preparaba con esmero. No se podía ni mirar el plato sin haber rezado antes. «Señor, bendice los alimentos que vamos a tomar y dáselos a todas las familias del mundo», era su plegaria. Después de comer, el viejo se retiraba a limpiar la escopeta y repetía que con aquella arma había matado a decenas de italianos en la primera guerra.

-Mientras tenga esta escopeta, seguiré siendo austriaco -decía siempre.

Erich y el padre de Maria salían a fumar y contemplaban el cielo, que se volvía rojo carmín antes de oscurecer. A Erich le gustaba estar en silencio con él. Nosotras nos quedábamos dentro, bebiendo un vaso de agua caliente que la

mujer gorda nos obligaba a tragar porque, según decía, evitaba los resfriados. Imaginábamos el final de la guerra. Yo decía que no veía el momento de empezar a dar clases, y la madre de Maria me animaba y me decía que sin duda sería una gran maestra. El cura no tenía sueños, se conformaba con volver a su iglesia a seguir oficiando la misa. Cuando hablábamos de nuestras esperanzas, sonreía con su sonrisa discreta y a mí me entraban ganas de hablarle de ti. La mujer gorda también tenía un sueño: quería ser abuela y tener una casa llena de nietos.

Nos dejábamos llevar por la imaginación y, sin darnos cuenta, ya habíamos vaciado la taza y la sosteníamos fría entre las manos, como si aún tuviera agua. Cuando los hombres volvían a entrar, se imponía un silencio que nos devolvía a la realidad y nos mirábamos incómodos unos a otros, como si fuera pecado soñar durante tanto rato.

Erich y el padre de Maria salían temprano por la mañana e iban a las casas de los campesinos para ver si podían echar una mano. Ayudaban a recoger el heno en pacas, se lo cargaban a la espalda y lo llevaban a los establos. A cambio, obtenían algún trozo de speck o de queso, o quizá un litro de leche, lo cual nos hacía felices a Maria y a mí. Si no nevaba, salían a cazar. A veces se encontraban con pastores que arrastraban alguna vaca y que de noche dormían en el heno, pero era más frecuente encontrar a otros desertores. Si conseguían vencer la desconfianza, intercambiaban noticias que luego nos contaban a la hora de comer. En cuanto ellos se iban, el viejo empuñaba la escopeta y se apostaba junto al marco de la puerta a hacer de centinela. Adoptaba una expresión malvada. El viejo nunca se sentaba a la mesa con nosotros, se quedaba de pie con el plato de estaño en la mano. Tampoco rezaba. Comía deprisa y luego decía que se iba a ver el cielo para saber qué tiempo iba a hacer. Se pasaba horas mirando el cielo, paciente como un astrónomo.

Yo ayudaba a cocinar solo cuando los hombres traían carne. Si no, la mujer gorda prefería que nadie metiese las manos en la cocina. Cuando veíamos a los hombres llegar con algún animal, solo uno montaba guardia junto al establo, y hasta el cura, después de haber bendecido la carne, ayudaba a desollarla. Luego fijábamos los tablones al suelo y la dejábamos allí todo el día para que goteara la sangre. Las mujeres nos encargábamos de cortarla en filetes. Mientras ponía la carne en salazón, pensaba en nuestra casa y me preguntaba si los alemanes la habrían quemado o si se la habrían entregado a

alguien.

Maria nos observaba con su mirada ausente y no movía nunca ni un dedo. Tenía el pelo de color rubio ceniza, las manos largas y delgadas. Era idéntica a su madre, que siempre estaba en casa con el viejo y me miraba de una forma que me intimidaba.

Todos los días, al abrir la puerta, esperaba que la nieve se hubiese derretido. Quería tocar la hierba verde, las rocas plateadas, la tierra pedregosa. Pero incluso al llegar la primavera, lo único que encontraba era aquel blanco immaculado que me decepcionaba. Escuchaba el ruido de la nieve al caer de los abetos y luego volvía a entrar. Le preguntaba al cura qué día era y él, paciente, me respondía con el nombre de algún santo. Decía que rezar era la mejor forma de esperar el final de la guerra, así que me arrodillaba con él y lo oía repetir decenas de veces la misma plegaria.

Una noche, debajo de la bolsa que usaba a modo de almohada, me escondió un diario y un lápiz. Creo que aquel diario fue lo que me salvó del tiempo inmóvil de la guerra. Llenaba las páginas de cartas. Al principio le escribía a Maja: largas páginas de recuerdos de aquellos años a orillas del Resia, preparando el examen de bachillerato, o de aquellos miércoles en que comíamos la nata a cucharadas en casa de madre. Después empecé a escribirle a Barbara: al final de cada carta le preguntaba si su hermana le había entregado mi nota y me despedía jurándole que nunca olvidaría aquellos días en que nos tendíamos en la hierba o nos sentábamos entre las ramas como si fuéramos golondrinas. Le pedía a Erich que me ayudara a enviarlas, pero él se echaba a reír y me decía que allí arriba, en la cima de una montaña, no había forma de enviar cartas.

Desde que habíamos llegado a aquella granja, Erich ya no tenía el rostro cadavérico de antes y finalmente se había afeitado la barba hirsuta delante de un trozo de espejo colgado de la pared. Le gustaba pasar el tiempo con el padre de Maria, salir a cazar con él y ponerse manos a la obra para sustituir los tablones podridos del establo. El cura y la mujer gorda decían que con un hombre como Erich habían ganado mucho y cuando les dábamos el dinero del alquiler, nos devolvían una parte. Las veces en que Erich y el padre de Maria no encontraban nada, volvían a casa masticando tabaco. Y aunque en aquellas cenas bebiéramos solo una taza de agua caliente y comiéramos solo una

papilla de hierba cocida, yo me alegraba de que Erich tuviera un amigo.

Cuando llegó el verano, descendían hasta el río y volvían con pececillos tontos que luego la mujer gorda y yo asábamos en la parrilla. Me los comía conteniendo la respiración para no notar el sabor rancio que me dejaban en la boca.

Después de las plegarias de la mañana, el cura intentaba que Maria también rezara. En una ocasión me senté junto a ellos y mientras el cura rezaba, yo pensaba en la suerte que él tenía al creer que el caos de la guerra y la proximidad constante de la muerte formaban parte de las intenciones de Dios. En mi opinión, solo demostraban que para Dios era mejor no existir. Estuve, en muchas ocasiones, a punto de hablarle de ti al cura, de lo hermosa y soberbia que eras, de la noche en la que habías huido. Pero la idea de que me respondiera: «Dios solo envía grandes sufrimientos a quien puede soportarlos», como le había oído decir en una ocasión, me frenaba.

Después de las plegarias, le preguntaba a Maria si quería sentarse conmigo delante de la granja. Sus padres se acercaban y le acariciaban la cara mientras le repetían, en tono suplicante: «Ve con Trina», como si se tratara de emprender un largo viaje. Cuando nos quedábamos solas, le señalaba los pedregales blancos salpicados de pinos, los fragmentos de tierra oscura que iban apareciendo a medida que se derretía la nieve, las solitarias cañadas, los bosquecillos de abedules, los pájaros que revoloteaban con las alas extendidas, como si las bombas y los soldados no les importasen lo más mínimo. Conmigo, Maria no tenía una mirada ausente, sino infantil y alegre. Me señalaba todo lo que veía: un águila que atravesaba una nube, el lecho del río lleno de pulidas piedras... Le gustaba sentir el crujido de la nieve bajo los zapatos. Me respondía que sí o que no con la cabeza y se mesaba con las manos el pelo rubio ceniza que, ahora que había vuelto el sol, su madre le lavaba con cuidado. Pasaba con ella aquellos días infinitos, a los que tan difícil era dar sentido, y de vez en cuando la llamaba Marica. Cuando llovía, en cambio, nos quedábamos en la granja y Maria dibujaba en mi diario. Dibujaba caballos de abundantes crines y perros de pelo largo.

-¿Dibujas porque no sabes escribir? -le pregunté.

Entonces le cogí la mano y la ayudé a escribir su nombre. A ella le entraba la risa al ver las letras que se iban formando.

-¿Ahora te acuerdas?

Decía que sí con la cabeza, perpleja, y me cogía la mano con entusiasmo, suplicándome que escribiera otra vez. Yo le señalaba los pinos, las nubes, el sol y luego la ayudaba a escribir en una hoja de papel todas aquellas palabras. Al lado, ella hacía un dibujo, y en pocos días conseguimos crear un pequeño abecedario que Maria mostraba con orgullo a sus padres y a su abuelo.

Cuando le decía que estaba cansada, ella se iba a la nieve, se arrodillaba en el suelo y luego, tras volver a ponerse en pie, contemplaba satisfecha las marcas que había dejado en el manto blanco. Yo la observaba desde el interior del cobertizo y, no sé por qué, sentía ganas de llorar.

Por la noche, cuando me tendía en mi lecho de hojas, no quería dormirme porque creía que soñaría contigo. Sin embargo, soñaba casi siempre con el muchacho rubio que se me había quedado dormido sobre el hombro. Soñaba que venía a despertarme gritando: «¡Trina, se ha acabado la guerra!».

A veces le decía a Erich:

-Pasaremos aquí toda la vida, y luego, el día que menos nos lo esperemos, aparecerá un italiano o un alemán y nos disparará por la espalda.

Erich entonces respiraba hondo y, con un gesto más brusco de lo habitual, se metía las manos en los bolsillos y cambiaba de tema.

-Mañana iré a ver a un campesino para que me dé un poco de queso, luego podemos ir a pasear los dos solos.

Pero nunca íbamos a pasear los dos solos, porque él se ponía a hablar con el cura y a mí me gustaba tener a Maria al lado. Me hubiera gustado que nos acompañara también la mujer gorda, que siempre me animaba.

-¡Ánimo, que hoy tampoco hemos muerto! -vociferaba, entre risas, cuando a mí me invadía la nostalgia.

CAPÍTULO CATORCE

A finales del 44 se intensificaron las represalias de los alemanes. Las pocas noticias que nos llegaban hablaban de granjas quemadas, desertores deportados, familiares de los prófugos que acababan en la cárcel... Así pues, los hombres decidieron montar guardia de dos en dos: Erich y el cura, el viejo y el padre de Maria.

Fueron ellos dos quienes los vieron llegar. Un día de enero del 45. Un grupo de cinco soldados arropados en sus abrigo, equipados con botas de nieve. El sol había salido poco antes, pero nosotros ya estábamos en pie porque la mujer gorda decía que debíamos aprovechar las pocas horas de luz y se levantaba dando palmas. El cura era el único que se levantaba antes que ella. Era, de hecho, el que menos dormía de todos: en más de un año no lo vi ni una sola vez en la cama. Siempre era el último en acostarse, y cuando yo abría los ojos por la mañana, él ya llevaba la sotana puesta.

La mujer gorda estaba calentando restos de café de cebada y el cura estaba delante de la chimenea, avivando el fuego. De repente, el viejo abrió la puerta de par en par.

-¡Los alemanes, los alemanes! -gritó con voz ronca.

A la mujer gorda se le cayó el cazo.

-¿Te han visto?

-No me han visto, pero llegarán en cuestión de minutos.

-Hay galletas y tortitas en el saco colgado de la puerta -gritó la mujer, mientras nos empujaba hacia la parte de atrás-. ¡Salid todos, rápido! Id hacia el este, después de las hileras de pinos encontraréis heniles.

-¿Y tú? -le preguntó el cura.

-Yo ya os alcanzaré.

El viejo caminaba sin esfuerzo aparente sobre la nieve granulada y nos ordenó que formáramos dos grupos. Se adelantó con el suyo -con Maria y sus padres- y nos rogó que no los perdiéramos de vista y que estuviéramos preparados para disparar. De vez en cuando, Erich se volvía para comprobar si los soldados nos seguían e intercambiaba alguna señal con el padre de Maria. Después de unos cuantos pasos, empecé a notar las piernas muy pesadas. Pensaba que aquellos animales debían de estar pegando a la mujer gorda, que tal vez ya la hubieran matado. Y al pensar esas cosas, me entraban ganas de disparar de nuevo.

En un momento determinado, el cura se detuvo y nos pidió que rezáramos. El viejo le respondió que se dejara de idioteces. Entonces, el cura se me acercó y me dijo que conocía aquellas montañas como la palma de su mano, porque de pequeño subía hasta allí con su padre y su hermana.

-¿Vendrá tu madre?

-Si no le hacen nada, vendrá. Ha engordado, pero aún tiene unas piernas fuertes.

Cuando llegamos al henil, el viejo nos dijo que cada vez que entráramos debíamos decir en voz alta «Paz» para que nos oyeran quienes estuvieran dentro. Erich me señaló huellas de botas en el suelo. Los alemanes también habían pasado por allí. El henil, de hecho, estaba vacío, la puerta forzada y el techo parcialmente hundido. En el suelo había varios jergones de hojas podridas y tallos de heno esparcidos por todas partes.

-Han empezado a rastrear desde arriba -dijo el padre de Maria-. Si nos encuentran, nos matarán.

-No nos encontrarán -le respondió el viejo, para hacerlo callar-. A estas horas ya habrán llegado al valle.

Entramos en el henil de uno en uno. Nos apretujamos como conejos y el padre de Maria le cogió las manos a su hija. Guardamos silencio. Cuando cayó la noche, el cura pidió de nuevo que rezáramos y le hicimos caso. Repetimos sin entusiasmo sus palabras. Maria me observaba con su mirada vacía.

La mujer gorda llegó por la mañana. Con pasos lentos y una sonrisa astuta en los labios agrietados por el frío. Los pensamientos de muerte que nos

habían impedido dormir, por muy agotados que estuviéramos, se esfumaron durante unos instantes.

-¡Dios te ha ayudado a llegar hasta aquí! -exclamó el cura, corriendo hacia ella.

-¡Qué Dios ni qué niño muerto! Han sido estas piernas mías -gritó ella, riendo.

Corrimos todos a abrazarla y ella descargó en nuestros brazos las pocas cosas que había conseguido traer: un haz de hierba para hervir, un trozo de tocino, una bolsa de polenta y una botella de vino.

-No nos engañemos, con esto solo tenemos para hoy, o para mañana como máximo.

Entró en el henil, pero ni siquiera toda aquella miseria consiguió desanimarla. Dijo que sin duda no moriríamos de frío. Yo la miré y me esforcé por sonreírle. Envidiaba más su determinación que la fe del cura.

-Los alemanes te buscaban a ti -le dijo a su hijo, en tono de reproche-. Si te hubieras casado con Francesca, estas cosas no habrían pasado.

-Me he casado con Dios, mamá -le repitió el cura.

-Han comprobado que no tuviera a ningún desertor escondido. Han hurgado en los cajones y en el armario -prosiguió. Luego bebió un trago de vino de la botella, que después fue pasando de mano en mano-. Pero no me han creído -concluyó, afligida-. Cuando han visto los colchones apoyados en el muro, me han jurado que volverán.

Nos observamos unos a otros, en silencio, y ella nos repartió un trozo de tocino a cada uno para ahuyentar aquellos pensamientos.

-Antes de marcharse, han registrado el chinero y se han llevado lo poco que había. Por suerte, no han visto los sacos de polenta. Que uno de vosotros vaya mañana a buscarlos y nos diga si podemos volver -concluyó, mientras masticaba el tocino.

-¿Crees que volverán? -le preguntó Erich.

-¡Espero que revienten! -respondió ella.

Con la mujer gorda allí, pensaba menos en el miedo. Si pasaba mucho tiempo a su lado, pensé, tal vez un día llegara a ser como ella. Maternal con los desconocidos, indiferente con mis cosas, aunque solo fueran la casa, la comida y el calor del fuego.

Después de haber comido el tocino, Erich y el padre de Maria salieron a buscar leña y el viejo se apostó de pie junto a la puerta. Sujetó la escopeta con fuerza, apuntando hacia la ladera por la que habíamos descendido la tarde anterior.

Al fuego le costaba arder, porque las ramas que habían conseguido encontrar estaban húmedas de escarcha. El henil se llenó de volutas de humo y todos empezamos a toser.

Nada más despuntar la mañana, el viejo se fue solo a la granja.

-Te acompaño -le dijo el padre de Maria, con su mirada opaca.

-Quédate aquí. Con que maten a uno, es suficiente.

Cuando volvió, ya era de noche. Oímos decir «Paz» en la oscuridad y luego se abrió la puerta desencajada. Entró el viejo con su paso cansino y, sin hablar, fue a sentarse junto a su nieta, dejó la escopeta en el suelo y se frotó las manos cerca de la llama.

-La granja y el establo ya no existen. Esos malnacidos nos lo han quemado todo.

CAPÍTULO QUINCE

Vivimos acampados en el henil durante casi tres meses. Maria siempre tenía fiebre y yo soñaba que la encontraba muerta sobre la paja gastada. Delgados, huesudos, con el rostro hundido... Así habíamos terminado. La única ventaja era que la debilidad dejaba poco espacio al miedo. Comíamos alguna que otra baya de enebro, hierba cocida y poco más. Muchos días, ni siquiera comíamos. Los primos cada vez podían dejarnos menos polenta. Un cucharón por cabeza para comer y para cenar y, luego, dependíamos de nuevo de lo que los hombres pudieran conseguir. Ya no encontrábamos campesinos dispuestos a vendernos un trozo de carne o de queso. Quienes se habían librado de las represalias no dejaban que nadie se acercara a sus casas: aunque se les pusiera un fajo de billetes delante de las narices, respondían que valía más una gallina vieja.

A finales de abril, el padre de Maria fue con Erich a reunirse con los primos. Morir por morir, era mejor una bala de pistola en la cabeza que dejarnos consumir de hambre o acabar devorados por los lobos. Ya no podíamos vivir sin una cuenta atrás, sin una migaja de tiempo a la que aferrarnos para seguir resistiendo allí arriba. Día tras día, el resto del mundo iba desapareciendo de nuestra memoria.

Además de polenta, en aquella ocasión nos dieron azúcar y una botella pequeña de sidra. Pero lo más importante fue lo que dijeron: que la guerra estaba en las últimas.

-Los estadounidenses están liberando toda Europa. Hitler está a punto de caer: ¡es cuestión de poco tiempo, puede que poquísimo! -anunciaron-. ¡Resistid, la próxima vez podréis venir con nosotros!

Vimos llegar a Erich y al padre de Maria, que se iban pasando la botella.

Reían bajo aquellas barbas hirsutas. Ya en el cobertizo, nos abrazamos unos a otros y el viejo levantó la escopeta en alto. Luego, la mujer gorda puso agua a hervir y dijo que prepararía polenta dulce para celebrarlo.

-¡Llegará para un buen cucharón por cabeza! -exclamó entusiasmada, mientras sopesaba el saco entre las manos.

-¿Te ayudo? -le pregunté.

-Tú ve a dar un paseo con Maria, que os sentará bien -me respondió.

La muchacha estaba junto a la puerta y me miraba como si fuera un perrito. Nos dirigimos hacia los pinos. Detrás de nosotras, caminaban Erich y el cura, absortos también ellos mientras imaginaban el regreso a casa. Maria estaba muy guapa con la bufanda que yo le había regalado. Cuando la miraba, pensaba que se parecía un poco a ti.

No se podía cambiar el recorrido de los paseos porque así lo habíamos acordado. De ese modo, si alguno de nosotros no volvía, sabíamos adónde ir a buscarlo. Cuando llegamos los cuatro al mismo río de las otras veces, recogimos como siempre hojas frescas para hacer nuevos jergones en los que dormir. Maria quería entablar un duelo conmigo, utilizando ramas como espadas. Yo me había convertido en su compañera de juegos. Aquella mañana, alargamos el paseo más de lo habitual y cuando volvimos el sol ya estaba alto. Teníamos hambre, como siempre, y Maria se clavaba el dedo índice en la mejilla mientras pensaba en la polenta con azúcar.

En el cobertizo, el cuerpo de la mujer gorda parecía el de una niña ajena a todo pensamiento. Estaba tendida en las tablas del suelo, que se habían roto bajo el peso del cuerpo al caer. La sangre le goteaba lentamente de la nuca y formaba extraños dibujos en el suelo. El viejo, acribillado a balazos, sujetaba la escopeta con fuerza y tenía sobre el pecho una de las manos de su hija. Al padre de Maria lo habían matado mientras dormía: estaba despatarrado sobre las hojas viejas que nos proponíamos cambiar por las que habíamos recogido poco antes. La manta estaba bañada en sangre.

Por la noche, el cura dijo una misa y yo me alejé para no escucharla. Mientras él hablaba monté guardia delante de la puerta, con la pistola en la mano. Percibí de nuevo el olor de la sangre. Las ganas de matar.

Cavamos la fosa por turnos. Los colocamos unos sobre otros porque no teníamos fuerzas para cavar cuatro tumbas.

Durante las noches siguientes, incluso el cura empuñó la escopeta. Ya no

rezaba arrodillado. Creo que incluso él percibía el olor de la sangre. Maria dormía pegada a mí. Le contaba historias sobre gaviotas y sobre el mar que nunca había visto. Le suplicaba que comiera aunque solo fuera una cucharada de la polenta dulce que había preparado la mujer gorda, pero ella se negaba obstinadamente.

Dejamos de hablar. Dejamos completamente de hablar hasta el día en que Erich volvió del lugar secreto en el que los primos dejaban las provisiones. Aquel día de mayo le dijeron que podíamos bajar. La guerra se había acabado.

TERCERA PARTE

EL AGUA

CAPÍTULO UNO

Cogida de la mano de Maria y clavando las puntas de los pies en la tierra, aquella tierra que a cada paso se volvía más verde y soleada, así descendimos de las montañas. Dejábamos a nuestra espalda el frío, la nieve que aún caía allí arriba y los cuerpos de nuestros amigos en la fosa. Erich caminaba delante de nosotras y el cura llevaba en bandolera la escopeta del viejo. Ya no le inspiraba repugnancia. Una de las últimas noches lo había oído moverse en sueños. Su paz, como la de todos, se había acabado.

Al llegar al cañón del que partían los distintos senderos, el cura se detuvo y dijo:

-Nosotros vamos hacia allí. Volvemos a Malles.

Maria retiró de mi mano sus finos dedos y me observó una última vez con aquella mirada de asombro.

-Se quedará conmigo. Mantendrá la iglesia en orden, tocará las campanas... Cuidaré de ella -dijo el cura.

Los vimos desaparecer en el tupido bosque. Una extraña luz se colaba entre las hojas.

Erich y yo seguimos bajando en silencio, tan solos como cuando habíamos subido. Fuimos cogidos de la mano hasta que Curon apareció ante nosotros. En la linde del bosque echamos un prudente vistazo a nuestro alrededor, sin saber si guardar las pistolas o seguir con el dedo en el gatillo. Las nubes se habían dispersado y el cielo era una monótona extensión de intenso azul y luz radiante. La gente pululaba por las calles, como si la guerra no hubiera sido más que una pesadilla que la llegada del día había disipado. Me pareció que olía a pan recién hecho.

Cuando vi la casa, las piernas echaron a correr por sí solas. Quería abrir enseguida las ventanas de par en par, para que entrara en las habitaciones un aire que ya no era aire de guerra. Al llegar a la puerta me volví a mirar el pueblo. Los animales estaban en el valle y, en los límites del bosque, los carros de quienes transportaban el heno nuevo eran los mismos de siempre. Erich me observaba con los ojos enrojecidos por el cansancio. Tenía la barba más blanca y rasposa.

Despatarrado en la silla, con un cigarrillo apagado entre los labios. Así encontramos a Michael. Como si estuviera allí esperando la muerte. En la mesa había tabaco y una estampita del führer gastada y arrugada.

-¿Tengo que irme? -preguntó, sin mirarnos.

-Deshazte de esa foto -le pidió Erich.

Michael me la entregó y, finalmente, levantó la cabeza.

-Está muerto -dijo, señalando a Hitler.

Tenía la piel tensa y los hombros hundidos. La ropa le olía a naftalina.

-No pude ir a indicarte el camino, me hicieron partir de noche.

-Ve a cambiarte -le dije.

En la habitación, Erich ya estaba durmiendo. Ni siquiera se había quitado la ropa mugrienta. Durmió dos días seguidos. Yo retiré las gruesas telarañas que colgaban de los rincones de las paredes y las moscas muertas pegadas a los cristales, y luego fui a la tienda a que me fiaran un poco de pan y leche. Tenía unas ganas tremendas de beber leche caliente. Fui a las casas de Ludwig y de Florian para ver si ellos estaban vivos y si aún vivían los animales que les habíamos dejado. Y todo, milagrosamente, seguía allí.

Conduje las vacas y las ovejas hasta la fuente y, luego, al establo. Cacé a las ratas a golpe de escoba y fui a buscar unos cuantos sacos de heno. Vi a los tullidos que caminaban por las calles: les faltaba un brazo, o una pierna, o tenían un ojo herido. Sus rostros resultaban irreconocibles. Caminaban con la ayuda de muletas y yo me veía obligada a volver la mirada hacia otro lado, porque me avergonzaba de haber sobrevivido. Ellos bajo las bombas, tras las ametralladoras, mientras Erich y yo estábamos frente a la chimenea de la mujer gorda. Algunos incluso lo celebraban bebiendo cerveza en la calle. Otros hablaban de linchar a los pocos que en el 39 se habían marchado al Reich y que ahora, con la cabeza gacha y sin nacionalidad, habían vuelto a

Curon. Otros, en la posada, maldecían porque seguiríamos siendo italianos. El imperio austriaco ya no existía. El nazismo no nos había salvado. Y aunque el fascismo se hubiera acabado, nunca volveríamos a ser los de antes.

Tenía ganas de ir a ver a Maja y abrazarla y, al mismo tiempo, de permanecer escondida porque yo ya no era la Trina que ella conocía. Había comido hielo para aplacar la sed. Había disparado por la espalda. Me armé de valor y enfilé aquel camino de grava y guijarros que serpenteaba entre la hierba alta. Llamé a la granja.

-Se fue el año pasado -dijo la madre, sin reconocermme-. Trabaja como maestra en Baviera.

Quise enviarle las cartas que le había escrito en la montaña, pero finalmente las conservé. Algunas noches las releía, como solía hacer con tu cuaderno, pero una noche en que no conseguía conciliar el sueño las rompí en pedazos junto a las que le había escrito a Barbara. Las palabras no podían derribar los muros que había levantado el silencio. Hablaban solo de cosas que ya no existían. Era mejor que no quedara ni rastro de ellas.

Retomamos nuestra vida de siempre, que era una vida dura. Solo teníamos media docena de ovejas y tres vacas. Nos mantenía Michael, que había reabierto el taller de padre. Lo que nos salvó fue la destrucción que había traído consigo la guerra. Todo el mundo necesitaba mesas, sillas, muebles, bancos... Erich iba a echarle una mano, así que aquel verano del 45 me tocó de nuevo a mí cultivar el huerto y apacentar a los animales. Me encontré de nuevo sola en los campos, comiendo pan y queso. Contemplaba los valles inconmensurables y las vacas que mordisqueaban perezosamente la hierba mecida por el viento. Me sentía entumecida, como si la nieve aún me pisara los talones. Como si aún durmiera sobre las hojas podridas. Por el prado correteaba un viejo perro de pelo rojizo, que me lamía las manos y se acurrucaba a mi lado. Yo le acariciaba la cola y, de vez en cuando, le lanzaba un pedazo de mi comida. Correteaba alrededor de las vacas y las vacas lo obedecían. Lo llamé Fleck y decidí llevármelo, pensando que no me iría mal un poco de compañía.

Una mañana te vi entre los árboles. Aún eras una niña. Dejé los animales con el perro y te seguí. Te llamaba, pero tú seguías andando con pasos lentos y la espalda erguida. Solo llevabas puesta una camiseta y estabas descalza. Yo

apretaba el paso, te seguía, corría casi sin aliento mientras gritaba tu nombre. Mi voz ronca se perdía entre el susurro de los alerces. Aunque tú caminabas muy despacio, la distancia entre nosotras seguía siendo siempre la misma. Corría hasta quedarme sin respiración y, con las piernas temblorosas, me apoyaba en un árbol. Lo golpeaba con los puños, te gritaba que tú tenías la culpa de nuestra miseria, del nazismo de Michael, de las balas que yo había disparado contra los alemanes. La culpa era tuya y solo tuya. La culpa de todo. Y me marchaba mientras juraba que en cuanto llegara a casa tiraría todos tus juguetes. Que arrojaría a la estufa la muñeca de madera que padre te había hecho.

CAPÍTULO DOS

Erich iba a misa los domingos. Yo lo acompañaba a veces y nos sentábamos en el banco del fondo, el mismo en el que tantos años atrás me sentaba con Maja y Barbara.

Un día me dijo:

-Venga, sube a la bicicleta.

Y pedaleó hasta llegar a la obra.

Fleck nos siguió y cuando llegamos nos miró con la lengua fuera. Se oían los cernícalos, el arroyo, el ladrido de los perros. La luz del sol lo teñía todo excepto la sombra alargada de los árboles. Erich se puso a fumar y, con los ojos entornados, observó el dique artificial, las canteras abandonadas, los viejos barracones con los tablones rotos en los que en otros tiempos se hacinaban los peones...

-Puede que los demás tuvieran razón, no podían construirlo -le dije.

-Hemos tenido suerte, Trina.

Nos miramos, suspirando profundamente, y Erich no sabía si abrazarme en mitad de aquellas ruinas o seguir encerrado en su indiferencia.

-Cuando se lo lleven todo -dijo, señalando las grúas y las montañas de tierra-, cuando rellenen los fosos y vea crecer de nuevo la hierba, entonces podremos olvidarnos de verdad de todo esto.

Día tras día llegaban al taller de Michael encargos de muebles. Gracias a los precios bajos, los pagos no se retrasaban mucho. Yo había empezado por fin a dar clases -en el Tirol del Sur había dos escuelas, la italiana y la alemana-, y el sueldo de maestra, sumado a los ingresos de la carpintería, nos permitía vivir de forma más o menos decorosa.

-En cuanto consigamos ahorrar un poco -decía Erich-, compraré más vacas, las haré criar y tendremos el establo lleno de terneros. Enviaremos de nuevo a los animales a los pastos alpinos y en las ferias los venderemos a buen precio.

A nosotros, como a todo el mundo, la guerra también nos había dejado exhaustos y, al mismo tiempo, con ganas de renacer. Los días en los que nos sentíamos fuertes nos gustaba imaginarnos en casa, escuchando el golpeteo de la lluvia en el tejado y contándonos historias al calor de la estufa de cerámica.

Michael y Erich se esforzaban por medir las palabras. Michael seguía añorando al führer, y, durante aquellos años, ayudó a diversos jefes a conseguir pasaportes falsos para expatriarse a Sudamérica. Erich lo había acogido de nuevo en casa sin montar ningún drama, comía y trabajaba con él, pero nunca volvió a quererlo como antes. La vida era una cuestión de ideas, antes que de sentimientos.

Una noche, Michael trajo a casa a una muchacha de Glorenza. La había conocido porque su padre había llevado unas sillas al taller para que las arreglaran. Dijeron que querían casarse. Ella ayudaría con la contabilidad de la carpintería, como había hecho yo de joven. Era una joven de modales corteses, que siempre pedía perdón antes de hablar y empezaba todas las frases diciendo «En mi opinión...». Se llamaba Giovanna.

-Nos gustaría vivir en la granja de los abuelos -dijo Michael.

-Tienes que preguntárselo a madre -me apresuré a responder.

Aún no había conseguido averiguar si estaba bien, ni siquiera sabía si seguía viviendo con Peppi en Sondrio. Michael asintió y, en tono firme, dijo:

-Iré a verla. Quiero que la abuela venga a la boda.

Pensaba que lo decía por decir, pero un día fue de verdad a Sondrio y me llevó con él. Nos paramos a comer en una posada y me trató como a una reina. Me servía el vino y si yo le decía que se me estaba subiendo a la cabeza, él se echaba a reír y me servía un poco más. Me parecía irreal estar allí con Michael, en aquella mesa pegada a la pared de una posada desconocida, bajo la luz débil de una lámpara que se atenuaba sobre nuestros cuerpos. Observaba su rostro, aquellos ojos húmedos y grandes que parecían los de un muchachote enfurruñado. Hablamos de lo deliciosa que estaba la carne y de lo bonito que era el sitio, pero aparte de eso no sabíamos qué decirnos. Quizá

porque después de la guerra hay que enterrar, además de a los muertos, todo lo que se ha visto y se ha hecho, huir lo más rápido posible antes de convertirnos también en escombros. Antes de que los espectros se conviertan en la última batalla. Me contentaba con estar allí, hablando de nada en concreto. Aunque Michael hubiera sido el peor de los asesinos, yo no habría sabido hacer nada más que quedarme sentada a la mesa con él y seguir comiendo. Confesarle que yo también había matado.

-No me has perdonado todavía, ¿verdad? -dijo, apartando el plato-. Sé que no me crees, pero de verdad que habría ido a indicarte el camino -añadió mientras desmigajaba, incómodo, la ración de tarta que tenía en el plato.

No estaba convencida de que fuera sincero, pero ya no me importaba la verdad. De hecho, era lo que menos me importaba.

-Temía que te hicieran daño cuando descubrieran que habíamos huido -le dije.

-Si no me hicieron nada fue solo porque me había alistado voluntario.

Salimos de la posada, para entonces ya vacía. Mientras el coche avanzaba velozmente, Michael me preguntó si me acordaba de cuando era pequeño y recogía genciana para hacer ramos que yo nunca sabía dónde poner. Mientras, me iba diciendo dónde habían estado los puestos de control de los alemanes y cuántos soldados con metralleta los custodiaban hasta poco antes. Me habló de los partisanos a los que había capturado en los bosques de los valles de Comacchio y de los compañeros de armas que los partisanos habían asesinado ante sus propios ojos.

-Ni siquiera se dignaron a devolvernos los cuerpos de los compañeros -dijo, rechinando los dientes.

La plaza Garibaldi de Sondrio era un constante ir y venir de gentes que, también allí, tenían la expresión de quien ya no piensa en la guerra. Si padre hubiera estado vivo, incluso él habría percibido por fin aquellos aires de paz.

Empezamos a recorrer los talleres. Michael abrió las puertas de cristal y me dejaba hablar a mí, que preguntaba en italiano: «¿Sabéis dónde vive la familia Ponte?».

Pero en Sondrio eran una infinidad los que se apellidaban Ponte y estuvimos dando vueltas varias horas.

-A lo mejor no los encontramos porque están muertos -dije, cogiéndolo del brazo.

-Te has vuelto como papá, solo ves el lado negro de las cosas -me respondió, molesto, mientras miraba al frente.

Cuando dejamos de buscar ya había oscurecido. Michael dijo que no nos daba tiempo de volver a Curon. Me llevó a otra posada, pero tomé solo una taza de leche. Hablamos con el posadero y le expliqué que me parecía raro que nadie, en todos los talleres de la ciudad, conociese a la familia Ponte.

-¿Cómo se llama la mujer de tu hermano? -me preguntó el hombre.

-Irene -respondí.

Arrugó la frente, repitió para sus adentros aquel nombre y luego, de repente, dio una palmada sobre la barra y dijo que ya se acordaba.

-La familia Ponte que buscáis se marchó a Suiza. Los conozco bien, huyeron a Lugano en el 44. No creo que vuelvan.

El posadero nos dio una habitación, aunque ni Michael ni yo llevábamos pijama. Me incomodaba tener que dormir en la misma cama que él. Cuando nos acostamos, pensaba que se pondría a hablar de aquella Giovanna con la que quería casarse y a la que yo solo había visto una vez y de pasada, pero nada más apagar la luz se quedó dormido.

Salimos al amanecer. Cuando llegamos a Lugano, el cielo gris ceniza se reflejaba en las aguas inmóviles del lago. En el ayuntamiento nos dijeron dónde vivían. Madre, su prima Teresa, Irene, Peppi y un niño muy pequeño vivían apretujados en una casa de la periferia. Una casa minúscula, llena de grietas que recorrían la fachada. Madre abrazó a Michael.

-Pensaba que te habrían matado -le dijo, entre risas.

A mí me saludó como si nos hubiéramos visto el día anterior y me acarició con delicadeza el rostro. Peppi era el padre más torpe del mundo y cuando le daba de comer al niño, este le escupía sistemáticamente la papilla.

Bebimos café -café de verdad, no de cebada ni de achicoria-, y después de que Michael anunciara su boda, madre me llevó aparte y me dijo:

-Trina, yo me quedo aquí. Tu hermano necesita ayuda, mi prima está sola y aquí hay paz. Vosotros también tendríais que marcharos de Curon.

No me preguntó nada de nuestra vida en los refugios de montaña, ni de la deserción de Erich ni de los alemanes a los que yo había disparado. Se había hecho vieja: tenía los ojos apagados y la cara rugosa como una hoja seca. Y,

sin embargo, seguía apretando los puños, seguía luchando para que los pensamientos no le consumieran los días.

«Los pensamientos son como tenazas, no les hagas caso», me decía cuando lavábamos la ropa en el río o algunas noches que nos quedábamos levantadas hasta tarde cosiendo y remendando.

Curon y la granja eran su vida, sí, pero madre era capaz de distanciarse lo bastante de los recuerdos, e incluso de las raíces, como para que no la hicieran prisionera. Jamás se perdía, como suelen hacer los viejos, contando historias de otra época. Incluso cuando hablaba de padre, más que evocar ciertos momentos parecía estar reprochándole que se hubiera marchado a la chita callando y se hubiera desentendido de ella, que había tenido que seguir viviendo sola. Madre era de verdad una mujer libre.

A la boda asistió algún que otro amigo de Michael, las primas de Giovanna y algunos vecinos de las otras granjas. Erich habló durante toda la comida con el padre de Giovanna. Dijo de Michael que era un cabezota, pero que tenía buen corazón. Comimos en la posada de Karl, que cocinó un carnero y abrió botellas de vino añejo. Las primas de Giovanna bailaron e incluso ayudaron a madre a dar una vuelta de vals vienés. Madre tenía los ojos relucientes y estaba feliz de entregar su casa a los recién casados.

-Si no os la quedáis vosotros, se la quedarán las ratas -dijo, cogiéndoles las manos.

Desde las ventanas de la posada se veía Curon, que nunca me había parecido tan bonito. Erich y yo estábamos de nuevo en un lugar cálido, la guerra se había terminado y no había matado a ninguno de mis pocos seres queridos. Resultaba difícil de aceptar, pero todo había quedado atrás. Lo único que tenía que hacer era no pensar más en ti.

CAPÍTULO TRES

Un día de enero del 46. En el aire flotaba una neblina gélida. En las calles, las mujeres volvían del mercado y caminaban pegadas a los muros, con las bufandas subidas hasta la nariz. En los campos, los campesinos dejaban la azada para ahuecar las manos y calentárselas con el aliento, mientras contaban las horas que faltaban para volver a casa y sentarse delante de la estufa. Trajo la noticia un vendedor de fruta que, antes de marcharse, se paró a tomar un par de copitas en la posada de Karl.

Nos pusimos las botas y fuimos corriendo a echar un vistazo. Erich avanzaba jadeando, yo miraba la nieve. Habían empezado otra vez a excavar. Habían llegado decenas de tractores; las excavadoras descargaban tierra en camiones repletos hasta los bordes que luego depositaban en una montaña que se iba elevando a ojos vistas. Ante nosotros, se abría un foso inmenso. El foso más grande y profundo que yo había visto jamás. Los buldóceres trazaban el lecho del canal. Un poco más allá, otro centenar de peones que habían aparecido de repente, llegados de quién sabe dónde, construían los edificios que harían las veces de almacenes y oficinas, comedor y barracones, despachos y laboratorios. El ruido de la maquinaria y de los vehículos hacía temblar la zona entera. Erich me pidió que les preguntara a aquellos italianos quién los había enviado, desde cuándo estaban trabajando otra vez. En cuanto uno de aquellos hombres se acercaba, yo se lo preguntaba, pero se limitaban a levantar un momento la cabeza y luego volvían a sus tareas sin molestarse siquiera en mirarme.

Junto a la obra había una caseta con la puerta abierta. En el interior se veía una mesa y, sobre la mesa, carpetas y pilas de papeles.

-No podéis entrar aquí -nos dijo en alemán un hombre, que llevaba un gorro calado hasta los ojos y un puro entre los dientes.

-¿Han empezado otra vez las obras?

-Eso parece -respondió, en tono sardónico.

Cerró de un portazo. Dos carabinieri nos ordenaron que nos mantuviéramos alejados y que no pasáramos de la línea del dique.

Mientras volvíamos a casa, bajé aún más la mirada. Si el Gobierno italiano había enviado de nuevo a los peones a construir el embalse, entonces cualquier día volverían el duce y la guerra y Hitler y la vida de desertores con la nieve pisándonos los talones. Era inútil hacerse ilusiones de que tarde o temprano dejaríamos el pasado atrás. Era nuestro destino que quedase una herida que no cicatrizaría nunca.

Erich se marchó enseguida a las otras granjas. Contaba, agitado, lo que había visto. El hoyo inmenso, los centenares de peones, los carabinieri delante de la caseta, las columnas de cemento cada vez más altas... Los hombres le dijeron que se callara, que hacía más de treinta años que allí no trabajaba nadie. Que los abruzos siguieran deslomándose para poner y quitar tuberías, que los vénetos y los calabreses siguieran colocando y retirando vallas, si tanto les divertía. Los viejos le respondieron que ellos eran viejos, que estaban cansados, que era los jóvenes los que tenían que arremangarse. Pero los jóvenes -los pocos que quedaban- lo despacharon diciendo: «Un motivo más para largarse de aquí». Y entonces Erich acudió a las mujeres. Pero las mujeres también sacudieron la cabeza, repitiendo una y otra vez que Dios no lo permitiría, que el padre Alfred los protegería, que Curon pertenecía a la diócesis del obispo. Un solo hombre le hizo caso, un veterano de la guerra que nunca se dejaba ver en la plaza.

-Si siguen adelante con la construcción del embalse, empuñaremos las pistolas que nos trajimos del frente, colocaremos las bombas que aprendimos a fabricar -dijo-. Que estén preparados los señoritos de Montecatini: el país está ahora lleno de armas.

Aquella noche Erich cenó en silencio. Mientras él bebía una taza de caldo, le pedí otra vez que nos marcháramos de aquel lugar maldito en el que las dictaduras se sucedían unas a otras, en el que no se hallaba la paz ni siquiera después de la guerra. Él me miró de soslayo y, alzando la barbilla, señaló más allá de la ventana, como si a mí, después de tantos años, aún se me escaparan los motivos que lo mantenían arraigado a Curon como si fuera hiedra.

Agotado, se tendió en la cama con las manos en la nuca y se puso a fumar.

Me apoyé en la pared y lo observé expulsar el humo hacia el techo.

-Enséñame italiano, Trina. No conozco las palabras necesarias para hacerme escuchar -me dijo.

Desde aquel día, todas las noches después de cenar nos sentábamos a la mesa y escribíamos pensamientos y listas de palabras. Le leía cuentos exactamente igual que te los leía a ti, exactamente igual que se los contaba a Maria. Pasábamos horas hablando en italiano. Cuando volvía del campo y yo le frotaba la espalda en la tina, Erich se esforzaba por hablar en italiano para contarme sus inquietudes. Se tomaba las clases tan en serio que si yo me distraía un momento, me ordenaba de inmediato que siguiera. Yo redactaba listas de verbos y sustantivos, le cantaba las canciones que había escuchado en casa de Barbara y le enseñaba frases que por la mañana él ya había olvidado.

-No soy capaz de aprender -decía, mientras se daba puñetazos en las piernas y apoyaba la cabeza en la mesa, desconsolado.

Parecía un niño viejo abrumado por sus obsesiones.

CAPÍTULO CUATRO

Con las perforadoras sobre las rodillas y envueltos en nubes de polvo, los peones excavaron los túneles en pocas semanas. A partir de entonces, ya no los veíamos ir de un lado para otro en el recinto protegido por la alambrada. De la cantera llegaban camiones y más camiones cargados de piedra. Otros descargaban arena. Hileras de hormigoneras amasaban el cemento armado que después los albañiles convertirían en losas para construir diques, espolones y compuertas. El hombre del gorro se paraba de vez en cuando a charlar con Erich. Se acercaba a él, se encendía el puro y dirigía la mirada hacia las montañas. Era italiano, pero hablaba alemán perfectamente.

-Amigo, vuelve con tu esposa. Estaremos años aquí.

-Pues yo quiero que os marchéis -le dijo Erich.

El hombre esbozó una sonrisa torcida y, sin dejar de mirar las crestas de las montañas, expulsó cercos de humo.

-Entra, si quieres -dijo, dirigiéndose hacia la caseta.

En el interior, dominaba el olor a polvo y tinta, a papel y café.

-Si quieres parar las obras, necesitas el apoyo de las personas que cuentan.

-¿Y quiénes son? -preguntó Erich, inclinándose hacia delante-. ¿Quiénes son las personas que cuentan?

El hombre del gorro echó un vistazo a aquella habitación vacía. Aplastó la colilla del puro en un cenicero de piedra y, con el humo aún en la garganta, respondió:

-Los alcaldes de los otros pueblos, el Gobierno de Roma, el obispo, el papa. Tienes que implicar a todos los habitantes. Uno a uno -concluyó, pronunciando despacio aquellas palabras.

Erich sacudió la cabeza de un lado a otro.

-Piensan que ya lo habéis intentado varias veces sin llegar a nada concreto. Confían en el destino, meten de por medio la protección de Dios... Muchos de ellos ni siquiera saben que habéis vuelto.

El hombre del gorro se encogió de hombros y asintió, compasivo. Él, que llevaba toda la vida viajando por el mundo, conocía muy bien a la gente. Las personas eran iguales en todas partes, lo único que ansiaban era tranquilidad. Preferían no ver. Y así era como había desalojado otros pueblos, había demolido barrios enteros y había derribado casas para construir vías férreas y carreteras, había vertido coladas de cemento en los campos y había construido fábricas a orillas de los ríos. Y trabajo no le faltaba nunca porque prosperaba allí donde coexistían la confianza inerte en el destino, la fe absolutoria en Dios y la desidia de las gentes que solo ansiaban tranquilidad. Todo eso le permitía estar allí, fumándose un puro en su caseta, mientras los paletos reclutados en cualquier ciudad lejana llegaban en los trenes del hambre y se deslomaban trabajando como esclavos bajo la lluvia o morían de silicosis en los túneles subterráneos. Siempre lo había tenido muy fácil para destruir plazas que contaban con siglos de antigüedad, casas que los hijos heredaban de los padres y paredes que esconden secretos de alcoba.

-Aún tienes tiempo -dijo al fin-. Pero cuando lleguemos al abrigo de las casas, el embalse estará terminado en pocos días. Y será el más grande de Europa.

Volvieron los dos ingenieros vestidos con traje y corbata, los que antes de la guerra habían invitado a cerveza a los campesinos. Vinieron acompañados de los suizos. Corría la voz de que los suizos también estaban detrás del embalse. Que ciertos empresarios de Zúrich habían prestado decenas de millones a Montecatini para después recuperarlos, con intereses, en forma de energía. Algunos empezaban a refunfuñar en el pueblo y a decir que, en ese caso, debíamos estar muy atentos, porque los suizos eran personas serias y peligrosas, no como aquellos canallas de los italianos. Así pues, algunos campesinos acudieron finalmente a la obra, con Erich, y vieron las montañas de piedras y arena -que ya alcanzaban los treinta metros de altura- en las que maniobraban los camiones; los martillos neumáticos que taladraban la roca; las hormigoneras que mezclaban el hormigón; los peones que introducían

turbinas mientras vociferaban en su dialecto incomprensible y salían de los túneles como si fueran ardillas que asoman de los troncos huecos. Los campesinos observaron todos aquellos fosos con miradas desorbitadas, boquiabiertos. Tapándose los oídos con las manos para no escuchar aquellos ruidos desconocidos.

Días tras día continuaba la vorágine y se iba extendiendo como una mancha de aceite. Las orugas y los camiones trepaban por las montañas de tierra y parecían siempre a punto de volcar. Los obreros eran como laboriosas hormigas que se confundían con la luz pálida del sol de invierno. Los campos ya no existían. Las superficies de un verde lozano habían desaparecido. Ahora, la tierra solo vomitaba polvo y exhibía sus piedras harinosas y azuladas: ya no parecía la misma en la que antes crecían alerces y ciclámenes, la misma en la que pastaban tranquilamente vacas y ovejas. El ruido incesante de las máquinas había sepultado el silencio inmóvil de las montañas. No descansaban nunca, ni siquiera por la tarde. Ni siquiera por la noche.

Una mañana, Erich consiguió reunir a una decena de hombres. Rodearon la caseta del hombre del gorro, aporrearon el suelo con los pies, gritaron... El hombre del gorro salió, escoltado por los carabinieri. Cruzó una mirada con Erich y alzó imperceptiblemente la comisura de los labios. Mostró un mapa de Curon y Resia; en las esquinas se veían cruces. Era un mapa grande y tuvo que extender los brazos para mantenerlo abierto. Se lo entregó a un campesino y le dio a entender, con un gesto, que lo fuera pasando. Algunos reconocieron el plano del pueblo, los bosques, el inicio de los senderos de montaña. Otros hacían muecas, como si no entendieran nada, y pasaban inmediatamente el mapa al de al lado. Cuando el mapa le llegó de nuevo al hombre del gorro, explicó que el embalse se iba a construir en la zona delimitada por las cruces rojas, pero que era un trabajo muy largo, que requería verificaciones constantes, aprobaciones, financiación y que tardaría mucho tiempo en afectar al pueblo. Ni siquiera podía excluirse la posibilidad de que llegara una nueva orden para interrumpir las obras.

-Para llegar hasta el centro habitado, aún tenemos que excavar mucho -concluyó.

-¿Y a qué altura llegará el nivel del agua? -preguntó alguien.

-Cinco metros, puede que diez.

Los campesinos intercambiaron miradas furtivas. Con aquella altura, Resia y Curon se salvarían.

-Entonces, ¿no inundaréis el pueblo?

-Nadie ha dicho nunca que vayamos a inundarlo.

En cuanto el hombre del gorro entró de nuevo en la caseta, los carabinieri ordenaron a todo el mundo que se marchara. Nada más cerrarse la puerta, los campesinos regresaron a sus casas arrastrando los pies por el barro. En el Ortles quedaba un rastro de sol que no conseguía secar la tierra.

-«Tardaremos años en llegar al pueblo», ha dicho el capataz.

-Quién sabe cuántas cosas pueden pasar hasta entonces.

-Pueden volver Hitler y Mussolini.

-Dicen que no están muertos, que solo se han escondido para reorganizarse como es debido.

-Podríamos pasar a ser italianos o alemanes, puede que hasta rusos si los comunistas siguen ganando terreno.

-O americanos, si los comunistas no ganan terreno.

-Y con los americanos hablaríamos inglés, no alemán, ni tampoco italiano.

-En lugar de un embalse, los americanos construirán rascacielos.

-Ha dicho que no inundarán Curon.

-Ha dicho que no lo sabe.

-Yo sigo teniendo miedo.

-Pues no lo tengas.

Y así discutían los campesinos, arrastrando los pies por el barro.

Mientras iban llegando miles y miles de peones -muchachos de piel olivácea, casi siempre achaparrados y con el pelo negro azabache; hombres famélicos que habían dejado a sus familias a miles de kilómetros; exfascistas e inadaptados de toda Italia-, nuestros jóvenes se iban al norte. Algunos habían huido a Alemania durante la guerra, otros se habían escondido en Suiza, otros aún seguían prisioneros en los gulags de Stalin y muchos habían emprendido caminos que jamás los llevarían de vuelta a Val Venosta.

Los sábados, las madres seguían viniendo a casa, una a una, para pedirme que les leyera las cartas que recibían, pero yo ya no podía mentirles. Los hijos escribían que no querían volver a Curon, donde solo había vacas y

campesinos, pero no la posibilidad de cambiar de vida. Al escuchar aquellas palabras, las madres se tapaban la cara con las manos, pero decían que era cierto, que Curon era un pueblo que vivía aislado en el tiempo. Allí la vida era inmóvil.

-En vuestro pueblo no hay hombres. Solo hay viejos -le dijo un día el hombre del gorro a Erich-. Y de la vejez no se puede esperar nada bueno.

CAPÍTULO CINCO

Erich, acompañado de Fleck, pasaba los días con un cigarrillo entre los labios observando el ir y venir de los camiones cargados de tierra hasta lo inverosímil. Contemplaba, estupefacto, a los peones que construían rampas para crear los accesos subterráneos y entrar con extrañas maquinarias.

-El embalse no podrá inundar Curon.

-El Carlino es un pequeño afluente del Adigio. Un riachuelo.

-Si esperan llenar diez metros de pantano con tan poca agua, significa que ni siquiera saben hacer cuatro números.

Eso era lo que le decían a Erich quienes lo seguían hasta la obra. Otros, en cambio, se presentaban en la puerta de casa y le preguntaban qué se podía hacer para detener a aquellos malnacidos que se habían empeñado en arruinarnos la vida. Nuestra casa era un continuo ir y venir de personas. Erich les ofrecía un vasito de grapa y repetía las palabras del hombre del gorro:

-Hay que escribir, las barricadas no bastan. Tenemos que pedir ayuda a las personas que cuentan.

-Pero nosotros no conocemos a las personas que cuentan.

-Y tampoco sabemos escribir -decían los campesinos, al tiempo que abrían las manos.

-Escribirá el padre Alfred, escribirá Trina -respondía él.

Los campesinos se volvían entonces a mirarme y luego apretaban los labios mientras decían que sí con la cabeza.

-¡Escribiremos a los alcaldes de los pueblos vecinos, a los periodistas italianos, a los políticos de Roma!

-¡Tenemos que escribir a De Gasperi, que nació en Trentino cuando aún existía el imperio! -interveníá alguien.

-¿Y nosotros qué hacemos? -preguntaban otros.

-Seguir yendo a la obra. Tienen que saber que los estamos vigilando. En Austria y en Suiza, a pocos kilómetros de aquí, también querían construir embalses, pero allí donde se encontraron con la oposición de los habitantes, lo dejaron correr.

Tanta emoción lo apaciguaba. Se olvidaba de comer, apagaba el cigarrillo antes de irse a dormir y me besaba en la cabeza cuando lo miraba mal porque otra vez había vuelto tarde a casa.

El ayuntamiento de Curon contrató a un abogado de Silandro. El abogado dijo que escribir una carta a De Gasperi era una buena idea, pero que antes teníamos que solicitar al ministerio que se revisara el proyecto.

-¿Qué puedo hacer yo? -preguntaba Erich.

El abogado se encogía de hombros.

-No puedes hacer nada, es una cuestión política.

Erich salía de pésimo humor de las reuniones con el abogado. Para calmarse un poco, se iba a ver al padre Alfred, y, si no había nadie en la iglesia, se sentaban a charlar en un banco. Erich le confesaba dudas que a mí ni siquiera me contaba. Algunos días lo envidiaba por aquella fe suya, otros temía que incluso Dios lo decepcionara.

-Se me hace raro verte tan a menudo en la iglesia -le dije-, antes no ibas nunca.

-¿Quién defendió nuestra lengua cuando los fascistas la pisoteaban y nos imponían su escuela? ¿Quién se quedó aquí defendiendo el Tirol del Sur? Los políticos, Italia y Austria compitieron por ver quién se lavaba antes las manos. Solo la Iglesia se ocupó de nosotros.

El padre Alfred también estaba preocupado por el embalse y dijo que en cuanto el obispo de Bresanona pasara por allí, hablaría con él.

-¡Vamos a escribirle ahora mismo! -le imploró Erich-. ¡No podemos esperar más!

Y el padre Alfred, para contentarlo, le escribió. Y en cuestión de unas pocas semanas llegó el obispo. En aquellos días parecía que las palabras podían mover montañas. Que el mayor error había sido no cuestionarlas, no buscarlas, no hacerlas hablar antes. A las palabras.

Erich y algunos hombres más se pusieron manos a la obra, junto a las beatas, para despolvar vidrieras y abrillantar los adornos de la iglesia. Aquel domingo, la gente se agolpó en la anteiglesia, como siempre que venía el obispo. Erich y yo, en cambio, nos sentamos en la primera fila de bancos. Esperábamos un gran discurso de aquel hombre corpulento, con aquel rostro impenetrable que obligaba a bajar la mirada. En lugar de eso, el obispo ofició la misa como si en el pueblo no tuviéramos párroco o como si hiciera años que no se celebraba ninguna misa. Nos hizo rezar sentados y en pie, en alemán y en latín, y cuando llegó finalmente el momento del sermón, habló del más allá -y de lo maravilloso o espantoso que podía ser- con el habitual fervor religioso. Solo al final dijo:

-Este pueblo está amenazado por un peligroso proyecto. Escribiré al papa para ponerlo al corriente. Su santo corazón sin duda nos ayudará si lo merecemos.

Aquella misma tarde, el hombre del gorro le dijo a Erich que habían decidido subir el nivel del agua hasta los quince metros.

Cuando volvió, yo ya estaba en la cama. Se tendió a mi lado y me apoyó la mano en el vientre. Ya nunca hacíamos el amor. El hombre del gorro le había mostrado las obras y lo había llevado hasta el interior de los túneles: los peones entraban en vagonetas de gasóleo y salían con el rostro enmascarado, como si se hubieran frotado la piel con carbón. Erich empezó a contarme que allí dentro apenas había aire y que el polvo hacía toser constantemente a aquellos pobres desgraciados, que salían por turnos de los túneles para recuperar el aliento.

-Es un trabajo de esclavos -comentaba indignado.

Me describió a los peones que picaban la tierra con el rostro morado y pegaban con cementita las losas por las que algún día fluiría la fuerza impetuosa del agua.

Seguían llegando cientos de trabajadores. Por los caminos se veían largas filas de hombres que subían hacia el pueblo con un petate en bandolera. Parecían hordas de bárbaros. Vivían amontonados en barracones de veinticinco metros de largo, donde solo había literas con un poco de paja y, en el centro, una estufa que a duras penas calentaba. Eran los mismos barracones que se usaban en los campos de prisioneros. El hombre del gorro le dijo a

Erich que ya eran varios miles, repartidos entre las obras de los pueblos cercanos. Pueblos como el nuestro, a orillas del lago, o del río Adigio o de cualquier otro afluente, pero que, a diferencia de Resia y Curon, no quedarían sumergidos.

-Las industrias ya se han dado cuenta de que ha llegado el momento de recoger el oro blanco y enriquecerse -dijo Erich con los dientes apretados, mientras se tapaba con la manta.

Yo no sabía qué decirle. Estaba harta de hablar de sus batallas. Ya ni siquiera me importaba el embalse.

-¿Qué te pasa? -me preguntó.

-No me pasa nada -respondí, dándole la espalda.

-¿Por qué no hablas?

-No tengo nada que decirte.

Él se quedó inmóvil, con las manos sobre el pecho.

-¿Aún piensas en Marica? -le pregunté de repente.

-Pienso en ella sin pensar en ella -dijo él.

-¿Y eso qué significa?

-No te lo sé explicar de otra forma. Pienso en ella sin pensar en ella.

-Cuando me distraigo y dejo de pensar en ella, me siento culpable -le dije-. Tú, en cambio, estás tan obsesionado con todo lo que está pasando que la has olvidado.

-Hay que seguir adelante, Trina.

-Tú no sufres.

-Estás diciendo tonterías.

-Tú no sufres -repetí, obstinada.

Entonces se volvió de golpe, me cogió la barbilla entre las manos y exclamó, tan cerca de mi rostro que noté su aliento:

-¡Ahora ya es mayor! ¡Si hubiese querido volver lo habría hecho!

Me quedé paralizada bajo las sábanas. Oí el eco de sus palabras en el silencio húmedo de la habitación. Él se quedó mirándome, lleno de rabia, y luego me soltó la barbilla como si fuera algo para tirar. Se acurrucó y me dio de nuevo la espalda. Por primera vez, me asaltó la duda de si me habría dado la espalda para que no lo viera llorar. Cuando ya estaba a punto de quedarme dormida, lo oí abrir el cajón de la mesilla de noche. Sacó un pequeño

cuaderno, en cuyo interior asomaba un lápiz afilado con un cuchillo, y fue pasando las hojas en la oscuridad. Encendí la lámpara y la luz iluminó varios dibujos. Eras tú.

Intenté cogerle el cuaderno, pero me sujetó la muñeca. No quería que lo tocara. Dibujaba bien, tenía un trazo leve, más marcado alrededor de los ojos y la boca. En algunas páginas aparecían solamente tus manos. En otra página, los zapatos con lazo que yo te había comprado para la comunión. En otra, estabas de espaldas sentada a la mesa, haciendo los deberes. En otra, yo peinándote. Aún llevabas el pelo largo, como cuando habías empezado el colegio.

No sabía que Erich dibujase. No sabía que existiera aquel cuaderno escondido detrás de los calcetines. No sabía bien qué hacía Erich todo el tiempo que pasaba fuera de casa. Después de tantos años, sabía poco o nada de él.

CAPÍTULO SEIS

Se oyó un estruendo, como el de las avalanchas. Estaba en la escuela y, durante un segundo, los niños y yo nos quedamos inmóviles mirando más allá de la ventana. Intenté seguir con la clase. Cuando salí, había corrillos en las calles: la gente hablaba del embalse y comentaban, agitados, que se había producido un accidente. Que varios tubos de cemento habían caído rodando al foso, que habían destrozado las vallas, que habían arrollado una excavadora, que una persona había muerto. Me dirigí a pie a la obra. Corría, jadeando, con la espalda empapada en sudor. Si Erich había muerto, huiría de nuevo a las montañas y allí esperaría a los lobos. Volvería a la gruta de los soldados alemanes y durante el tiempo que sobreviviera, fuera poco o mucho, me quedaría allí, en la cumbre, contemplando desde la distancia aquel pueblo que ya empezaba a odiar, lleno de campesinos que a duras penas veían más allá de sus propias narices, de gentuza que lo había invadido y que nos mentía descaradamente. Si aquello era la paz, estaba mejor con la nieve pisándome los talones, consumiéndome de hambre. Con la pesadilla de que los nazis podían derribar la puerta en cualquier momento.

Corrí durante horas, con la respiración agitada y el corazón que me latía desbocado. Grité su nombre entre los árboles hasta quedarme ronca. En la obra no había nadie. El foso estaba desierto. Se veían las marcas de los tubos que sin duda habían caído violentamente tras cobrar velocidad. En el foso quedaba el chasis de la excavadora, las cubas volcadas en las que mezclaban la tierra con polvo de arcilla. Algunos peones deambulaban a nuestro alrededor, como insectos en torno a un trozo de pan. Reinaba un silencio mortal y se oía el soplido del viento sobre la tierra árida. Volví atrás y luego otra vez a la obra y luego otra vez atrás, hasta que al final ya no sabía ni dónde estaba. A pocos pasos de mí empezaba el bosque. El sol se estaba poniendo y

yo ya no conocía los senderos tan bien como antes. Los valles, los pueblos, los caminos... ya no me los sabía de memoria. Me estaba adentrando entre las hileras de abetos cuando oí gritar mi nombre. Me volví y lo vi correr hacia mí. Daba patadas a las piedras que se le metían entre los pies.

-¿Estás bien? -le pregunté sin aliento.

-La próxima vez espérame en casa.

-¿Qué ha pasado?

-Han caído tubos de cemento de un camión y han rodado hasta el foso.

-¿Es verdad que ha muerto un peón?

-Más de uno. Y también ha muerto un carabiniere.

Volvimos al pueblo y, a lo lejos, vimos a un grupo de campesinos que se dirigían hacia nosotros. Era ya de noche cuando ante la posada de Karl se congregó un grupo de borrachuzos que bebían a la salud del embalse, del Gobierno italiano, de Montecatini, de los peones muertos y de los carabinieri.

-Ahora que se han dejado el pellejo, pararán las obras, ¿verdad, Erich Hauser? -le preguntó en tono de provocación el hijo del frutero.

-No lo sé -respondió él.

-Sí que los pararán.

-Ya los han parado -dijo otro.

-Yo ya lo dije, que nunca lo construirían -dijo otro más, mientras todos asentían.

Las obras las pararon de verdad. Los peones se quedaron en los barracones, delante del embalse, sentados en cajas de madera mientras fumaban y cazaban moscas. Compartían la bebida y mordisqueaban trozos de pan con aquellas bocas bovinas. Ni siquiera reaccionaban cuando se les miraba con aire desafiante. Eran más brutos que nuestros campesinos y se veía, en sus ojos apagados, que el polvo les había llegado hasta el cerebro y los había dejado permanentemente atontados. Para ellos, era lo mismo construir un embalse que las cajas de madera en las que estaban sentados. Esperaban la paga del sábado: ese día se ponían en fila delante de la caseta del hombre del gorro y salían con el bolsillo lleno de billetes. Nosotros no les importábamos, ni tampoco Curon ni el valle. Solo pensaban en seguir las órdenes y toser el polvo que los estaba matando. Por las noches soñaban sin

duda con sus pueblos soleados y con hacer el amor con sus esposas en cuanto volvieran a casa.

Al funeral del carabiniere asistió una pequeña banda. El féretro, envuelto en una bandera italiana, se marchó en un coche reluciente que emprendió el camino de Merano. A los peones, en cambio, los amontonaron en cualquier parte hasta que Montecatini concluyera las investigaciones.

Los inspectores llegados desde Roma constataron los hechos y levantaron acta, pero mientras tanto el hombre del gorro trasladó a los peones cerca de la carretera de Vallelunga, una zona algo más llana que está justo antes de Curon. Los puso a construir otros barracones. Construcciones prefabricadas en forma de casas minúsculas.

-¿Es que ni siquiera los muertos os detienen? -le dijo Erich.

El hombre del gorro abrió las manos y torció los labios.

-¿Para qué sirven esos cuchitriles? ¿Queréis encerrarnos ahí dentro?

-Si el gobierno no para las obras, esas serán las viviendas temporales para quienes elijan quedarse aquí -respondió.

-¿Habéis decidido elevar aún más el nivel del agua?

-Será de veintiún metros.

-Más alto que el pueblo.

-Más alto que el pueblo -repitió.

-Pero en los avisos colgados en el ayuntamiento decía que el nivel sería de cinco metros -protestó Erich.

-«Con posibles modificaciones en el antedicho proyecto», decía también.

Día tras día, aparecían conglomerados de casas prefabricadas que parecían cajas colocadas en fila india. Los campesinos iban por las noches a espiar, pero los carabinieri no tardaron en organizar turnos de vigilancia y no dejaron que nadie se acercara. Una noche, el veterano que quería poner bombas consiguió, junto con otros dos hombres, entrar en uno de los barracones. Puede que quisieran hacerlos saltar por los aires, o quizá solo curiosear. Una ráfaga de viento cerró de golpe las puertas y los carabinieri los sorprendieron in fraganti. Los retuvieron en la cárcel de Glorenza durante un par de días y los dejaron en libertad el domingo por la mañana, delante de todos los feligreses que salían de misa. Cuando Erich se acercó a saludarlos,

lo apartaron a empujones y lo invitaron a marcharse, como si hubiera sido él quien los había arrestado. Varios hombres los imitaron.

-¡Lárgate! -repetían-. ¡Ya basta, Erich Hauser! ¡Déjanos en paz!

Me acerqué a él, pero Erich, sin decirme nada, enfiló la calle de casa. Mientras lo seguía, pensé en Barbara, que no me había vuelto a dirigir la palabra ni siquiera antes de emigrar a Alemania. Tenía la sensación de que toda nuestra vida había sido un error.

Un día, mientras estaba asomada a la ventana imaginando cómo íbamos a vivir en aquellas casuchas escuálidas, me entraron de repente ganas de escribir. Me senté a la mesa y contemplé la hoja en blanco. Escribí que las empresas trataban Curon y el valle como si fueran lugares sin historia. Pero nosotros teníamos nuestra agricultura y nuestra ganadería, y antes de que llegase aquel ejército de paletos y aquella chusma de ingenieros, reinaba la armonía en granjas y bosques, en prados y senderos. La nuestra era una tierra rica y llena de paz. Sacrificar todo aquello por un embalse era, sencillamente, una salvajada. Un embalse se puede construir en cualquier sitio, pero un paisaje que se destruye ya no puede resurgir, escribí al final. Un paisaje no se puede imitar ni reproducir. Por la noche, le leí aquellas líneas a Erich y él me dio un beso en la cabeza. Dijo que se había organizado un comité de acción para la defensa del valle y que habían estado debatiendo acerca de por qué le importábamos tan poco a la prensa.

-¡Precisamente los periódicos italianos, que deberían ocuparse de las cosas que suceden en Italia, esa Italia a la que quieren que pertenezcamos a cualquier precio! -gritaba, enfervorecido.

Se la releí y Erich dijo:

-Mandaremos también esta carta.

-Sí, pero no con mi nombre. Fírmala tú.

No tardé en olvidarme de aquellas palabras. No le pregunté a Erich dónde habían ido a parar, ni qué ocurría en el comité. Él seguía dedicando las noches a discutir con el padre Alfred, con el alcalde y con los pocos campesinos que se interesaban por aquella historia, pero yo ya no quería hablar más. Había demasiado caos, las cartas se barajaban y se volvían a barajar hasta hacernos perder el sueño. Cuando venía alguien a casa y se sentaba delante de la estufa

a hablar con Erich, yo me encerraba en la habitación. Sentía la misma resignación y desinterés que los campesinos y sus esposas. Tenían razón. No podíamos pasarnos la vida pensando en el embalse, porque acabaríamos volviéndonos locos. Vigilar la obra era una tarea hercúlea que solo Erich Hauser podía acometer. Además, el abogado era lento y la carta a De Gasperi no llegó a enviarla nunca. Por otro lado, a De Gasperi le importaba bien poco haber nacido cuando aún existía el imperio austrohúngaro y puede que jamás hubiera oído hablar de Curon. Val Venosta era, probablemente, un nombre que únicamente asociaba a las vacaciones de verano. Yo solo me entusiasmaba cuando Erich me pedía que escribiera un artículo para los periódicos de habla alemana, en vista de que la prensa italiana, o bien no hablaba de nosotros, o bien respaldaba los argumentos de Montecatini y apelaba a un progreso al que debíamos adaptarnos y del que debíamos sentirnos partícipes aunque conllevara nuestra destrucción. No sé por qué, pero en cuanto Erich me ponía la hoja delante, las palabras me salían solas. Daban forma a una rabia de la que ni siquiera era consciente. A los pensamientos desordenados que se me arremolinaban en la mente. No me asustaba dirigirme al obispo, ni al presidente de Montecatini, ni al ministro de Agricultura, a quien el comité había invitado, a través de una carta mía, a visitar el pueblo para que viera el sacrilegio que suponía aniquilar nuestro valle.

Al cabo de unos meses, nos visitó de verdad el ministro Antonio Segni, quien durante todo el tiempo conservó la carta en un bolsillo de la chaqueta. Pasó por Sluderno y por otros pueblos vecinos. En Curon se detuvo a contemplar los prados, los campos, los campesinos que trabajaban y afirmó, desconcertado, que los de Montecatini le habían contado una sarta de mentiras. Que le habían jurado que no éramos más que un pueblo medio deshabitado, no un lugar floreciente. El padre Alfred no se separaba de él y le repetía una y otra vez, en su italiano mal pronunciado, con qué crímenes se estaban manchando. De repente, el ministro se alejó unos metros y, tras darnos la espalda, se pasó una mano por los ojos. Luego se nos acercó de nuevo y empezó a hablar en el tono de quien se dispone a realizar una promesa solemne. Después de que Segni pronunciara un par de frases, su consejero se apresuró a cogerlo del brazo y, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, lo invitó a guardar silencio. Habló él en su lugar, con una mano apoyada en el hombro del padre Alfred:

-El ministro luchará por vosotros, pero a estas alturas no os podemos garantizar que consigamos parar las obras. Lo que podemos hacer, en el desgraciado caso de que el embalse termine construyéndose, es aseguraros una indemnización que compense como es debido vuestras pérdidas.

CAPÍTULO SIETE

Un día de marzo, nos convocaron uno por uno al tribunal de arbitraje para proponernos elegir: una indemnización económica o la reconstrucción de la casa.

-Pero para la casa -advertían- tendréis que tener paciencia.

-¿Qué significa paciencia?

-Paciencia significa paciencia -respondían los funcionarios, con la misma arrogancia de cuando estaba el podestà.

El fascismo ya no dictaba las leyes, pero seguía entre nosotros exactamente igual que antes, con todo su instrumental de arrogancia y prepotencia, con la misma gente traída por Mussolini, que la nueva república italiana necesitaba para que funcionara la burocracia.

Ya a las puertas del edificio del tribunal, nos miramos, atónitos. Nos hallábamos una vez más ante el dilema de quedarnos o marcharnos. Como en el 39. Quien aceptara el dinero se marcharía a otra parte, quizá a casa de algún familiar o a algún otro rincón del valle. Quien eligiera casa, tendría que quedarse incluso cuando el agua lo sumergiera todo.

-Y los animales..., ¿dónde pastarán?

-Y si vendemos, ¿cuánto nos pagaréis?

-¿Cuánto tiempo tendremos que vivir en esas jaulas?

-¿Y por qué valoráis nuestra granja en cuatro liras?

-¿Es verdad que el papel timbrado que usáis para enviar las órdenes de expropiación cuesta más que un metro cuadrado de nuestros campos?

Todas esas preguntas gritábamos a los funcionarios gafudos del tribunal. Ellos, sin embargo, respondían molestos que aún no se había decidido nada, que solo querían tener una idea de las casas que sería necesario construir. Que

no los obligásemos a avisar a los carabinieri para que nos echaran de allí.

Aquel mismo día, el padre Alfred llamó a la puerta.

-¡El papa nos recibirá! -anunció, con una carta del obispo en la mano-. Tú también vendrás a Roma -le dijo, más decidido y resuelto que nunca.

Erich se echó a reír. ¡Él, un campesino de Val Venosta, en Roma para ver al papa Pío XII! Nos reímos, pero entonces el padre Alfred se puso serio.

-Tú también vendrás -respondió, y lo dejó allí en la puerta tras decirle que se verían al día siguiente a primera hora.

Erich y el padre Alfred se fueron a Bolzano en el coche del obispo de Bresanona y allí cogieron el tren hasta Roma. El papa los recibió en audiencia privada. No sé cuántas veces llegué a hacerle las mismas preguntas: «¿Cómo es el papa?», «¿De qué habéis hablado?», «¿Cómo es su palacio?». Pero Erich, por mucho que hubiéramos preparado juntos un breve discurso, no le había dicho nada al sumo pontífice. El papa Pío XII no le había dirigido la palabra. Erich me habló de la guardia suiza que custodiaba las entradas, de las salas repletas de frescos, de los cuadros, de las alfombras, de los inmensos jardines que se adivinaban tras las cortinas drapadas... Me dijo que el papa era apuesto, y me enseñó una foto que le habían regalado: en ella aparecía el pontífice con unas gafas que le enmarcaban un rostro de expresión perpleja. A mí, la verdad, muy apuesto no me pareció. La entrevista se había desarrollado en italiano, pero a Erich no le había costado mucho seguir la conversación. Durante toda la reunión había permanecido sentado en la punta de un pequeño diván, observando al papa, que no hacía otra cosa que asentir. Incluso el obispo de Bresanona había permanecido en silencio. Una vez más, había sido el padre Alfred quien había animado la conversación: incluso delante del papa Pío XII había hablado moviendo aquellas manos huesudas y enrojando de indignación por la injusticia que Curon estaba soportando.

-Una injusticia que no os puede dejar indiferente, santo padre -había dicho-. Una injusticia que llega tras el mal del fascismo, del cual no nos hemos librado del todo. Una violencia -continuó, apretando los labios y empujando la barbilla hacia delante- a la cual hay que sumar los muertos que nuestra población sufrió durante el conflicto y los muchos desaparecidos que aún no han vuelto.

El papa volvió a asentir y les pidió a los tres que rezaran. Sin embargo,

fue cosa de pocos minutos; luego los despidió y les dijo que tomaría cartas en el asunto. Que escribiría a Roma para obtener del ministerio una respuesta acerca de la posibilidad de revisar el proyecto.

-Vuestra comunidad me preocupa -fue la última frase que pronunció antes de despedirse de ellos.

Y luego más pasillos y más guardias y Roma vista desde los cristales de un automóvil y Erich absorto en la contemplación de edificios y largas calles, pensando aún en el rostro de aquel papa que ni siquiera le había tendido la mano.

-¿Hablará con Dios para detener a esos hijos de perra? -le preguntaron los campesinos de Curon.

-Dice que nuestra comunidad le preocupa -respondió azorado Erich, sin saber qué más añadir.

CAPÍTULO OCHO

Erich me pidió que escribiera una carta a los alcaldes de los pueblos vecinos. «No podéis permanecer ajenos a esta batalla. No podéis haceros los sordos ante el peligro del embalse. Ahora que incluso el papa está de nuestra parte, que nos anima y nos pide que permanezcamos unidos, no podéis negarnos vuestro apoyo. Tenéis que venir a protestar con nosotros.» Eso fue lo que escribí.

Todos los domingos, el padre Alfred repetía a los feligreses que no se marcharan.

-El primero que se vaya, dará por perdidos Resia y Curon -advertía, al final de cada misa.

En el pueblo, la gente decía que las cosas se estaban arreglando. El papa estaba preocupado por nosotros y de lo demás se encargaban el comité, el párroco y el alcalde, junto a Erich Hauser. Ya no quedaba más que aguardar la respuesta de Roma; esperar la solidaridad de los otros pueblos; confiar en que el tribunal de arbitraje cuantificase las indemnizaciones. Y quién sabe, tal vez mientras tanto se produciría algún accidente más o alguien haría saltar por los aires los barracones de Vallelunga o, por lo menos, la oficina del aquel malnacido que siempre llevaba un puro en la boca y el gorro calado hasta los ojos. Otros, en cambio, decían que las bombas había que colocarlas en Roma y en las sedes de los periódicos italianos, que nos ignoraban y favorecían los intereses de Montecatini. Amenacé a Erich y le dije que no se relacionara con quienes querían usar las armas, pero como no me fiaba mucho de él, fui a hablar directamente con el padre Alfred.

-Perderemos la ayuda del papa. Perderemos el apoyo de todos, por no hablar del de Dios. Si ese pedazo de burro tiene armas, ¡dile que no vuelva a poner los pies en la iglesia! -gritó, enfervorecido.

Cuando Erich volvió a casa le repetí las palabras del padre Alfred y él bajó la mirada como un niño al que sorprenden robando.

Los peones trabajaban hasta medianoche incluso los domingos. Desde la parte de atrás del taller del zapatero ya se veían los tubos de cemento armado que asomaban por el suelo como si fueran dientes y yo percibía en el aire un olor a agua estancada que nunca antes había notado. A lo lejos, otras cuadrillas de peones levantaban los diques y construían los aliviaderos y las compuertas que pronto se abrirían para dejar pasar las aguas que inundarían nuestras casas. Fingíamos no ver nada y manteníamos las distancias: confiábamos en el papa, en el comité y en el padre Alfred, pero aquella primavera de 1947 el embalse ya estaba detrás de nosotros y no hacía más que perseguirnos.

Erich estaba ocupado día y noche organizando las protestas y las guardias. Montaba pequeños grupos que no asustaban a nadie. Le bastaba un solo campesino para no desanimarse, para engañarse pensando que teníamos poder. Yo lo acompañaba siempre que podía. Tenía miedo de que se encontrase solo. Solo con sus gritos. Con su rabia impotente. Quería protegerlo del abandono de los demás.

Lo acompañé también aquel día de mayo, cuando algunos campesinos del Trentino finalmente vinieron a ofrecernos su apoyo y Resia y Curon se convirtieron, por una vez, en un mismo pueblo. Salimos con los animales y los animales gritaban con nosotros. Les mostramos a los carabinieri, a los peones, a los ingenieros de Montecatini y a Dios todo lo que teníamos: brazos, gargantas, animales. Desde lo alto de una tribuna, el presidente de los ganaderos pronunció estas palabras con un megáfono y si aún las recuerdo es porque eran idénticas a las que yo escribía para Erich: «El interés de una sociedad industrial se rebela contra nosotros, contra nuestros campos y nuestras casas. El noventa por ciento de los habitantes de Curon tendrán que dejar sus tierras. Nuestra petición es un grito de ayuda. Salvadnos o acabarán con nosotros».

El sol anaranjado de aquella tarde le calentaba el rostro y le obligaba a fijar la mirada en las hojas que sujetaba con mano temblorosa. Tenía la voz ronca y, cuando se interrumpía, aplaudíamos y silbábamos y las vacas mugían como si hasta ellas lo entendieran. Finalmente la gente gritaba, la gente

lloraba, la gente había salido a la calle y se miraban a la cara unos a otros. Finalmente la gente merecía ese nombre y, al menos aquel día, nadie pensaba en sí mismo, nadie tenía prisa por volver a casa, nadie tenía otro sitio en el que quería estar porque con Erich estaban las mujeres, los hijos, los animales, los hombres con los que se había criado incluso cuando no le dirigían la palabra, incluso cuando habían tomado decisiones contrarias a la suya.

Erich me señaló al hombre del gorro. Apartado, sin el puro en la boca, esbozaba una media sonrisa. Los carabinieri formaban un escudo a su alrededor, pero él los ignoraba porque su expresión era la de quien no tiene culpa de nada.

CAPÍTULO NUEVE

Llegó la respuesta del ministerio. Vino a comunicárnosla el abogado de Silandro.

-No van a revisar nada. Las obras seguirán adelante -dijo, desconsolado, mientras nos mostraba una hoja que no leímos.

Erich fue a buscar al hombre del gorro, que seguía en aquel barracón alejado. Solo quedaban él y dos carabinieri.

El hombre del gorro observó a Erich con una mirada severa y compasiva a la vez.

-Os han respondido solo porque se lo ha pedido el papa.

-¿Y ahora?

-Solo os quedan acciones extremas.

Erich abrió sus ojos grises y fumó con avidez mientras el hombre del gorro reordenaba su escritorio.

-¿Matar a un carabiniere o dispararle a un peón cambiaría las cosas?

-Quizá deberías matarme a mí -dijo el hombre, sin mirarlo.

En la escuela, pedí a los niños que escribieran una carta para que no se construyera el embalse. Al final del día las recogí todas y fui a dejarlas delante de su oficina. Una pila de historias, un rayo de ingenuidad ante los subterfugios de Montecatini. El hombre del gorro abrió la puerta de par en par, como si hubiera estado espionando al otro lado. Recogió las cartas con sus manos regordetas. Me dijo que entrara, que había hecho café. Nos separaba la mesa, repleta de carpetas y cartapacios. Leyó alguna que otra línea de cada carta con rostro inexpresivo. Me llenó la taza.

-Para salvaros, no basta con las palabras -dijo, mientras me devolvía el

fajo de cartas-. Ni estas, ni las que se han publicado en los periódicos alemanes con el nombre de tu marido.

Fue entonces cuando me fijé en sus ojos por primera vez. Eran negros como la tinta. Quién sabe ante quién se quitaba aquel gorro. Si tenía una esposa ante la cual abría aquellos ojos que parecían rendijas.

-Marchaos de aquí -prosiguió, con una voz más cálida-. Llevaos a los animales a otro pueblo. Aún no sois viejos, podéis rehacer vuestra vida.

-Mi marido no aceptará jamás.

Otros maestros hicieron lo mismo. Dejar paquetes de cartas. El padre Alfred organizó plegarias colectivas, procesiones y vigiliias. Algunos campesinos, junto con personas llegadas del norte de Italia, se presentaron en la obra e intentaron cortar las vallas. Los carabinieri llegaron de inmediato para desocuparlos. Unos cuantos días más tarde, con las primeras luces del alba, los mismos campesinos consiguieron saltar el puesto de control. Eran cuatro: saltaron al otro lado de las vallas y corrieron a toda velocidad hacia los peones que estaban trabajando en el foso. Los carabinieri dispararon al aire, pero aquellos cuatro hombres siguieron corriendo y se abalanzaron sobre los peones como si estuvieran dispuestos a morir. El hombre del gorro ordenó que no dispararan. Hubo forcejeos, nubes de polvo, patadas y puñetazos. Los peones eran muchos y los redujeron en un momento. Los desarmaron, les pusieron los pies en la cara y los campesinos se quedaron inmovilizados bajo las botas. Rojos de tierra y de vergüenza.

Llegaron más carabinieri desde Glorenza. En las calles flotaba la misma tensión que en tiempos de guerra. Vigilaban las calles y, al caminar por la plaza desierta, se tenía la sensación de que de un momento a otro iba a estallar algún artefacto. El único que paseaba era un muchacho enjuto que medía por lo menos dos metros. Iba arropado en un tabardo de color marrón y llevaba lentes de miope. Había aparcado su automóvil cerca del ayuntamiento y paseaba con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y un aire ausente. Llegó hasta las compuertas y contempló los túneles sobre los cuales los peones esparcían tierra de campo. Por encima tenían que pasar los buldóceres, tras lo cual plantarían hierba para ofrecer la imagen de que el valle volvía a ser tan armonioso como antes. Que el embalse no había alterado el equilibrio del territorio. El joven se detenía de vez en cuando, cogía un puñado de tierra

y la dejaba resbalar entre los dedos. Por la tarde se presentó en el comité y dijo que era un geólogo suizo. Había llegado a Curon para condenar el secretismo con que se habían realizado los controles y para denunciar la presencia, tras el proyecto, de empresarios de Zúrich.

-Son ellos quienes han dado el dinero a Montecatini -dijo, cada vez más animado-. Suiza no aprueba que se pisoteen los derechos de los individuos. En nuestro país, estos métodos ni siquiera se tomarían en consideración. Y por otro lado -prosiguió, cambiando el tono de voz-, este terreno está hecho de detritos de dolomía, no tiene la consistencia mínima necesaria. Aquí no se puede construir un embalse. Tenéis que solicitar, inmediatamente, que se vuelva a estudiar el proyecto -concluyó, tras sus lentes empañadas-. La prensa en lengua alemana está de vuestra parte. Pedid ayuda a Austria y a Suiza, no al gobierno italiano.

Los del comité lo observaron al principio con cierto recelo, pero luego lo llevaron a la obra. Erich llamó a la caseta, pero cuando el hombre del gorro vio al geólogo puso expresión burlona y se negó a recibirlos. El geólogo hizo una mueca y recogió más tierra. Dijo que tenía que tomar más muestras y que nos ayudaría a publicar más artículos en la prensa. Que en breve comunicaría a Roma los datos que aseguraban el fracaso del embalse y que remitiría las pruebas a quien fuera necesario.

-Si lo construyen, se derrumbará, o tendrá fugas. O puede que no funcione nunca -dijo, antes de marcharse.

El padre Alfred me pidió que escribiera al ministro austriaco de Asuntos Exteriores. Aquella fue mi última carta: «El embalse también es un peligro para vosotros. No olvidéis que, durante siglos, este valle fue vuestro hogar», concluí.

Nunca recibimos ninguna respuesta de Viena. Del geólogo de paso desgarbado y grandes gafas de miope, no volvimos a saber nada después de aquel día.

CAPÍTULO DIEZ

Los alcaldes de los pueblos vecinos respondieron. No estaban dispuestos a apoyar ninguna solicitud de revisión del proyecto, ni tampoco peticiones para oponerse a este. En realidad, la desviación del curso del río les interesaba porque evitaba posibles desbordamientos en su territorio.

-¿De qué sirve pegarle un tiro al hombre del gorro si incluso a nuestros vecinos les parece bien que nos aneguen? -me dijo Erich, mientras me entregaba por fin las pistolas de los soldados alemanes a los que yo había matado-. Quédatelas tú, Trina, antes de que yo cometa alguna locura.

-Dime la verdad. ¿Alguien está preparando un atentado?

-No lo sé.

-Te suplico que no vayas más a la obra. Vuelve al taller con tu hijo, ocúpate de los terneros -le repetía, mientras él me abrazaba y me apoyaba los dedos en los labios.

Era su forma de decirme que no podía hacerlo.

-¿Por qué cuanto más cerca veo el final más me invade este apego desesperado? -me preguntó Erich aquella tarde en que estábamos en el dique del embalse, viendo cómo desalojaban a los ocupantes de Resia.

Les habían expropiado inesperadamente las granjas y de ellas veíamos salir grupos de familias cargadas con sacos, bolsas y maletas. Quien quisiera trasladar sus muebles debía encargarse de la mudanza, por razones que no se explicaron, a los trabajadores de Montecatini, pagando no recuerdo cuántas liras. Así que en las casas, vacías ya de familias, se quedaban todos sus objetos. Los hombres cargaban colchones a la espalda, las mujeres llevaban en brazos a los niños y trataban de mantener la vista al frente, hacia el

horizonte límpido de aquel día. En el cielo flotaban nubes rosadas. Los habitantes de Resia caminaban en fila, con el paso lento de los condenados, bajo la mirada inescrutable de los carabinieri dispuestos en hileras. Con el mismo paso caminaban quienes, ante la expropiación, habían decidido marcharse. A Malles, a Glorenza, a Prato allo Stelvio... De alquiler o, si tenían suerte, a casa de algún hermano, primo o familiar lejano. El padre Alfred no apartaba la mirada de todo el que abandonaba el pueblo.

-Ahora sí que estamos perdidos -repetía, mientras los veía alejarse.

Las familias que habían decidido quedarse se dirigían arrastrando los pies hacia aquellas casuchas esparcidas por Vallelunga. Torcidas, estrechas, oblongas. Fabricadas en serie. Los de Montecatini incluso habían construido una iglesia, aunque más bien parecía una central eléctrica en desuso. Aquello era, para ellos, ocuparse de nuestras necesidades.

Una mañana, un campesino de Curon encontró medio metro de agua en su establo. En el agua flotaban gallinas muertas y heno deshilachado. Salió a la calle y empezó a gritar. Todos los que estaban en sus casas y talleres se dirigieron a toda prisa a los establos y sótanos, y todos encontraron agua. No tardó en congregarse en la plaza una multitud enloquecida. Erich corrió a llamar al padre Alfred. En el sótano de la iglesia, el agua también llegaba hasta la rodilla.

-¡Esos malnacidos han cerrado las compuertas sin avisarnos! -dijo Erich.

-Vayamos a Resia -pidió el párroco-. A estas horas, los ingenieros estarán en las oficinas.

En cuanto llegó el padre Alfred, formamos una fila. Éramos más de doscientos. Jóvenes y viejos. Hombres y mujeres. Nos dirigimos hacia Resia. Aquel día vino incluso Michael. Había pasado a vernos, en una de sus visitas rápidas e insustanciales. Desde que Michael vivía en Glorenza y Erich ya no iba a la carpintería, nos veíamos raramente. Padre e hijo no habían vuelto a hablarse.

Durante el camino, algunos cantaban canciones, otros lloraban y algunas mujeres gritaban. Llegamos a Resia por la tarde y a lo lejos, delante de la caseta que hacía las veces de laboratorio geotécnico, vimos a dos ingenieros de Montecatini. Primero se quedaron paralizados, pero después, al darse cuenta de que éramos un ejército, aceleraron el paso y por último echaron a

correr como ladrones de gallinas hacia la casa de un carabiniere, cuyo nombre gritaban. Los muchachos de las últimas filas abandonaron el grupo y empezaron a seguirlos. Michael se unió a ellos. «¡Miserables!», les gritábamos los demás. Los jóvenes atraparon a los ingenieros y los empujaron hacia la multitud, que los rodeó en cuestión de segundos. El padre Alfred gritó que nadie se atreviese a levantarles la mano.

-¿Habéis cerrado las compuertas del embalse? -preguntó, en mitad de aquel silencio que parecía a punto de estallar.

-No os hemos podido avisar -respondieron jadeantes, conteniendo el aliento.

No le dio tiempo a preguntar nada más, pues llegaron a toda velocidad dos coches de los carabinieri. Se detuvieron a pocos pasos de nosotros y, tras bajar con las pistolas en alto, se abrieron paso entre la multitud. Los ingenieros se escudaron inmediatamente tras ellos y estos los acompañaron hasta uno de los coches, mientras la mayoría de los presentes los insultábamos. Luego, los carabinieri se dirigieron hacia el padre Alfred. Lo esposaron y lo empujaron como si fuera un delincuente hasta el otro coche, que se marchó haciendo chirriar los neumáticos. Lanzamos gritos y piedras contra los coches. Los jóvenes corrieron inútilmente para detenerlos.

-¡Sinvergüenzas! -les gritaba Michael, que también se había llenado la mano de piedras-. ¡Fascistas!

Cuando los coches desaparecieron al final de la carretera, nos quedamos allí mirando, inmóviles y perplejos. Erich y Michael se estrecharon la mano durante un instante para contenerse el uno al otro.

Al padre Alfred volvimos a verlo dos días más tarde. Lo habían metido en la cárcel acusado de instigar al pueblo.

Los últimos meses en Curon los pasamos como si fuésemos reos sometidos a la tortura de la gota. Una gota cada segundo, siempre en el mismo punto de la frente, hasta que la frente se hunde. Pensaba una y otra vez en la mujer gorda de las montañas, que siempre me infundía valor: «Ánimo, ¡que hoy tampoco hemos muerto!», decía, y nadie podía rebatírsele. Y me acordaba de aquel ingeniero que había dado la orden a los carabinieri de no pegar a Erich. «El progreso vale más que un puñado de casas», le había dicho. Y, efectivamente, en cuestión de progreso solo éramos eso: un puñado de casas.

Tras el arresto del padre Alfred se adueñó de nosotros una resignación con la forma de una mano que nos cerraba los ojos. Dicen que a los enfermos terminales les sucede algo parecido, y también a los condenados a muerte y a los suicidas. Antes de morir se tranquilizan, como si los hubiera alcanzado un rayo de paz que no se sabe de dónde procede pero que se apodera de ellos. Es una sensación lúcida, que no requiere palabras. No sé si esta resignación es el mayor orgullo del ser humano, su gesto más heroico, la máxima eternidad a la que se puede aspirar, o si es la confirmación de su maldad innata, en vista de que no tiene sentido dejar de rebelarse antes del final. Pero sí sé otra cosa, algo que no tiene que ver con esta historia: si tú hubieras vuelto, ni siquiera la idea del agua que todo lo sumerge nos habría asustado. Contigo habríamos encontrado la fuerza para irnos a otra parte. Para volver a empezar de cero.

En agosto, vinieron a marcar las casas con cruces. Cruces hechas con pintura roja en todas aquellas casas que harían saltar por los aires con dinamita. Del antiguo pueblo solo se salvó la iglesia de Sant'Anna, donde más tarde se construiría Nueva Curon. Nuestra granja la marcaron al amanecer. Minutos más tarde, la de madre y la de Anita y Lorenz, que después del 39 los fascistas habían asignado a inmigrantes italianos. La última en abandonar el pueblo fue una anciana que se llamaba como yo. Gritaba desde la ventana que seguiría viviendo de pie encima de la mesa y luego en el tejado. Tuvieron que sacarla a rastras de su casa.

El domingo fuimos a la iglesia y nos sentamos en los bancos para escuchar la última misa. Vinieron a oficiarla decenas de párrocos de todo el Trentino, además del obispo de Bresanona. Pero yo ni siquiera oí la misa. Estaba demasiado absorta tratando de reconciliar lo irreconciliable: Dios con la incuria, Dios con la indiferencia, Dios con las desgracias de la gente de Curon, que, como decía el hombre del gorro, es igual al resto de la gente del mundo. Ni siquiera conseguía conciliar la cruz de Cristo con mis pensamientos, porque yo sigo creyendo que no vale la pena morir en la cruz, que es mejor esconderse, convertirse en tortugas y esconder la cabeza en el caparazón para no ver todo el horror del exterior.

Después de la misa, Erich me cogió de la mano y me llevó a pasear junto a los diques. Lucía un sol cálido que agrandaba las sombras y daban ganas de ir a caminar por el campo. Mientras caminábamos, parecía como si estuviéramos

bordeando el lago, pero no debía olvidar, no debía olvidar nunca, que aquello era un embalse y que antes en su lugar había un prado y que yo me tumbaba allí con Maja y Barbara, que allí jugaba Michael con la pelota y que allí corrías tú sin detenerte cuando padre te llamaba.

Las campanas sonaban a los lejos, y quién sabe si cuando suenan por última vez su tañido es diferente, porque aquella mañana tuve la sensación de que entonaban una melodía que me ayudaba a evocar mi vida en Curon, una vida dura pero soportable, porque incluso las penas más dolorosas, como tu desaparición, las he vivido junto a tu padre y nunca me he sentido lo bastante derrotada como para querer arrojar mi vida por la borda. Si aquel día nos hubieran preguntado cuál era nuestro mayor deseo, habríamos respondido que seguir viviendo en Curon, en aquel pueblo sin posibilidades del que tantos jóvenes habían huido y al que tantos soldados no habían vuelto. Sin querer saber nada del futuro, sin ninguna certidumbre. Solo quedarse.

CAPÍTULO ONCE

Cuando colocaron la dinamita en las casas, ya estábamos hacinados en los barracones. El ruido de la dinamita no se parece al de las bombas. Es un ruido sordo, que enseguida queda amortiguado por el de las paredes al derrumbarse, los cimientos al agrietarse, los tejados al hundirse. Hasta que solo quedan columnas de polvo.

Seguimos la ejecución desde nuestro agujero. Erich sin respirar. Yo con los brazos cruzados. Tras la destrucción de las primeras casas, me pegué a él; luego vi derrumbarse las otras sin ni siquiera contener la respiración. Hasta que solo quedó la torre del campanario, que la superintendencia de Roma había ordenado respetar. El agua tardó casi un año en cubrirlo todo. Fue subiendo de forma lenta pero incesante hasta llegar a la mitad de la torre, que desde entonces sobresale como el busto de un naufrago entre las aguas rizadas. Aquella noche, antes de irnos a dormir, Erich me dijo que para cobrar el dinero que nos correspondía por la granja y las tierras teníamos que ir hasta el banco de Bolzano, pero que costaba más llegar a la ciudad que lo que nos iban a pagar.

Muchos se marcharon. De un centenar de familias, nos quedamos solo unas treinta. Hasta la carpintería de Michael terminó bajo el agua.

Para los que nos quedábamos, Montecatini había construido, además de las barracas, un establo colectivo en el que los animales no hacían más que dar coces. Puesto que los campos habían quedado sumergidos, Erich decidió llevar vacas y terneros al carnicero. Lo acompañé por el camino que descendía hasta San Valentino, flanqueado a un lado por el dique del embalse. Fleck nos seguía; aullaba, agotado. Ya era viejo y caminaba como un tullido. Gimoteaba sin descanso para que lo rascáramos y nos miraba con aquellos ojos invernales. Los terneros iban atados uno tras otro y avanzaban en fila

india, mirando las aguas con inquietud. Tras ellos, con su paso lento y su vaivén de flancos, iban las tres vacas. Las ovejas eran las últimas.

-Quédatelo también a él -le dijo Erich al carnicero, señalando a Fleck.

El carnicero lo miró sin decir nada. Erich le ofreció un par de billetes.

-Por favor, quédatelo también a él -repitió.

Le tiré de un brazo y le dije que no lo hiciera, pero él me dijo muy serio que era mejor así.

Volvimos a casa sin decir nada. El cielo estaba lechoso, salpicado de nubes negras. Las que traen las tormentas de verano. No sé cómo, pero nos acostumbramos enseguida a vivir en treinta y cuatro metros cuadrados. Ese era el espacio concedido a cada familia, independientemente del número de personas que la integraran. A mí no me molestaba la falta de espacio. Tropezar uno con otro, tener que mirarnos por fuerza a la cara a la hora de discutir, asomarnos a la misma ventana..., eso era lo que quería. Y todo lo que nos quedaba.

Al año siguiente nos compramos un televisor. Los sábados invitábamos a los vecinos a ver la tele para no estar siempre solos. Cuando Erich salía, yo dejaba la radio puesta, a un volumen tan bajo que parecía más bien un lamento. Aquel ruido de fondo me distraía un poco de los mismos pensamientos de siempre, a los que ya no sabía poner nombre.

Seguí yendo a la escuela, seguí enseñando a escribir, leyendo cuentos y abrochando batas. De vez en cuando, me quedaba absorta contemplando a alguna niña, la miraba a los ojos, observaba su manera de sonreír y pensaba en ti. Pero ahora sucedía raramente. Tu imagen me rehuía, ya no recordaba bien el tono de tu voz. Eras como el vuelo de una mariposa, lento y errático, pero difícil de aferrar.

Cuando en el exterior llovía, Erich se sentaba con los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos, contemplando la pared. Le repetía que solo era cuestión de paciencia, que pronto nos construirían una casa de verdad y que a quienes habían perdido el trabajo, como nosotros, les ofrecerían una indemnización para salir adelante. Eso decían, por lo menos, en el ayuntamiento, en el Gobierno provincial, en el Gobierno regional. Y, sin embargo, pasó mucho tiempo antes de que me trasladara a esta vivienda de dos habitaciones que me asignaron de oficio. Nunca llegamos a recibir ninguna

indemnización. Erich no llegó a ver esta casa porque murió tres años después, en el otoño del 53. Murió mientras dormía, como padre. El médico dijo que sufría del corazón, pero yo sé que fue el cansancio el que le ganó la partida. Se muere solo de cansancio. El cansancio que nos provocan los demás, que nos provocamos nosotros mismos, que nos provocan nuestras ideas. Erich ya no tenía animales, sus tierras estaban bajo el agua, ya no era campesino, ya no vivía en su pueblo. Ya no era nada de lo que quería ser, y la vida, cuando no la reconoces, te agota enseguida. Ni siquiera Dios te basta.

Las palabras que recuerdo más a menudo me las dijo una mañana de primavera, al volver a casa después de un paseo. Las aguas habían descendido de repente y, durante unas horas, pudieron verse las viejas paredes, los prados cubiertos de tierra y de arena. Erich me cogió de la mano y me llevó a la ventana.

-Hoy tengo la sensación de que ya no hay agua en ninguna parte. Veo el pueblo, la fuente en la que hacían cola las vacas para beber, los cultivos de cebada, los campos de trigo que segaba con Florian, Ludwig y todos los demás.

Pronunció aquellas palabras con una voz ingenua, y, por un momento, me pareció el mismo hombre al que espiaba escondida tras el marco de la puerta en la casa de padre, el mismo muchacho de pelo rubio y flequillo rebelde que le caía delante de los ojos.

Tras su muerte, le cogí de la chaqueta el cuaderno que me había enseñado aquella noche. Desde que ya no teníamos una mesilla para guardar los calcetines, lo llevaba siempre encima. Encontré dibujos nuevos. Una niña en un columpio, otra durmiendo en sus brazos, otra que pedalea en su bicicleta con la melena al viento. A veces dudo de que esa niña seas tú, me digo que es la hija de Michael. Erich iba a veces a verla y la llevaba a pasear. Le gustaba que lo llamara abuelo, le gustaba ir con ella a tirar piedras al agua. No sé si cuando estaba con ella pensaba en ti, en vista de que, como él mismo decía, pensaba en ti sin pensar en ti.

Además de ese cuaderno, un puñado de fotografías y una vieja caja de cerillas, no conservo nada más de él. Ni siquiera tengo aquella gorra con la visera vuelta hacia arriba que siempre llevaba de joven. Su ropa la dejé en esa camioneta que pasa de vez en cuando a recoger ropa y zapatos usados para enviarlos a los pobres de la otra punta del mundo. Puede que la única forma de

seguir viviendo sea transformarse, no resignarse a quedarse quieto. Algunos días me arrepiento, pero siempre me ha sucedido lo mismo. De repente, siento la necesidad de deshacerme de las cosas. Quemarlas, romperlas, alejarlas de mí. Creo que es mi forma de no enloquecer.

Aquí detrás, encima del pueblo viejo, está su tumba. En un pequeño cementerio que da al lago artificial. Pocos días antes de volar las casas con dinamita, un capataz de Montecatini fue a ver al padre Alfred para decirle que tenían intención de cubrir el camposanto con una capa de brea. Entonces el padre Alfred lo agarró por el pescuezo, lo hizo arrodillarse delante del altar y lo obligó a repetir delante del crucifijo lo que acababa de decir. Después lo echó a empujones de la iglesia y corrió a llamar a Erich. Una vez más, la última, Erich fue de casa en casa. Una vez más, la última, todo el mundo - incluso quienes antes le habían dado con la puerta en las narices y le habían resoplado a la cara- se concentró delante de la iglesia para gritar que no podían sepultar a nuestros muertos primero bajo el cemento y luego bajo el agua.

Nos quedamos en la plaza hasta bien entrada la noche, hasta que del coche de los carabinieri bajó el hombre del gorro. Con su voz gélida prometió que buscaría una solución. El día después, equipados con máscaras, trajes impermeables y bombas de desinfectante a la espalda, un puñado de trabajadores enviados por el ayuntamiento desenterraron los restos mortales y los transportaron aquí arriba, a Nueva Curon. Para que ocuparan menos espacio, los depositaron en pequeños osarios y ataúdes para niños. Cuando murió el padre Alfred, muchos años más tarde, lo enterraron junto a Erich. En su lápida dice «Dios le conceda la gloria del cielo». En la de tu padre no hice grabar nada.

En verano bajo a caminar un poco y bordeo el lago artificial. El embalse produce muy poca energía, porque es mucho más barato comprarla a las centrales nucleares francesas. En cuestión de pocos años, el campanario que sobresale de esas aguas muertas se ha convertido en una atracción turística. Al principio, los veraneantes lo observan perplejos y, luego, distraídos. Todos se hacen la foto con el campanario de fondo y todos esbozan la misma sonrisa estúpida. Como si bajo el agua no estuvieran aún las raíces de los viejos alerces, los cimientos de nuestras casas, la plaza en la que nos reuníamos.

Como si la historia no hubiera existido.

Todo ha recuperado una extraña apariencia de normalidad. En los alféizares y en los balcones vuelve a haber geranios, en las ventanas hemos colgado cortinillas de algodón. Las casas en las que hoy vivimos se parecen a las de cualquier otro pueblo alpino. En las calles, cuando terminan las vacaciones de verano, se escucha un silencio intangible que tal vez ya no esconde nada. Incluso las heridas que nunca cicatrizan dejan, tarde o temprano, de sangrar. La rabia, incluso la que provoca la violencia infligida, está destinada -igual que todo- a atenuarse, a rendirse ante algo más grande cuyo nombre no conozco. Tendríamos que aprender a interrogar a las montañas para saber de qué se trata.

La historia de la destrucción del pueblo está recogida bajo una marquesina de madera, en el aparcamiento para autocares de la agencia de viajes. Hay fotos de la vieja Curon, de las casas, de los animales, del padre Alfred, que encabeza la última procesión. En una de ellas incluso se ve a Erich, con los compañeros del comité. Son antiguas fotos en blanco y negro colocadas tras el cristal de un tablón de anuncios, con alguna que otra nota en alemán, traducida de forma bastante aproximada al italiano. También existe un pequeño museo, que abre de vez en cuando para los pocos turistas que sienten curiosidad. De lo que éramos, no queda nada más.

Contemplo las canoas que surcan el agua, las barcas que se acercan al campanario, los bañistas que se tumban al sol. Los observo y me esfuerzo por comprender. Nadie puede entender qué hay debajo de las cosas. Nadie tiene tiempo para sentir nostalgia de cómo eran las cosas cuando aún no existíamos. Seguir adelante, como decía madre, es la única dirección permitida. De no ser así, Dios nos habría puesto los ojos a los lados. Como los peces.

AUSTRIA



NOTA

La primera vez que estuve en Curon Venosta (Graun im Vinschgau, en alemán) fue un día de verano de 2014. Los autocares descargaban turistas en la plaza y, al lado, se detenían grupos de moteros que pronto emprendían de nuevo la marcha. Hay un embarcadero que es perfecto para hacerse una foto con el campanario de fondo. Siempre se forma una cola bastante larga para hacerse un selfí. Aquella cola de turistas armados con smartphones fue lo único que consiguió distraerme del espectáculo que es el campanario medio sumergido y de las aguas que esconden las viejas localidades de Resia y Curon. No soy capaz de encontrar nada que demuestre de forma más clara la crueldad de la historia.

Desde aquel verano y hasta hoy, he vuelto en varias ocasiones a Curon. Cuando estaba lejos, el recuerdo y la imagen de aquel pueblo de montaña situado junto a las fronteras suiza y austriaca me ha acompañado ininterrumpidamente. Durante un par de años estudié todo lo que pude, todos los documentos y textos que fui capaz de encontrar. Solicité ayuda a ingenieros, historiadores, sociólogos, profesores, bibliotecarios... Y, sobre todo, escuché a los testigos, hoy ya ancianos, de aquellos años violentos. Me habría gustado hablar también con alguien de Edison -la antigua Montecatini, la gran empresa que impulsó la construcción del embalse-, pero nadie se ha molestado nunca en concederme una entrevista, ni en responder a mis correos o llamadas. Lástima, habría sido muy interesante consultar sus archivos y formular alguna pregunta (por ejemplo, ¿cómo y por qué murieron veintiséis peones durante las obras? ¿Qué atención se dedicó a analizar las consecuencias sociales, económicas y psicológicas para los expropiados?

¿Asume la empresa la responsabilidad ética y moral de haber utilizado, en sus notificaciones a la población, un idioma que los habitantes de la zona no entendían? ¿Es cierto, como publicó el periódico Dolomiten el 7 de septiembre de 1950, que la empresa Montecatini organizó una regata en el lago tan solo diez días después de que los pueblos de Resia y Curon quedaran sumergidos?).

A menudo he superpuesto la historia de Curon sobre la del Alto Adigio-Tirol del Sur, aun sabiendo que aquel pueblo, como todas las realidades pequeñas y fronterizas, siguió dinámicas a veces distintas. Por lo demás, la historia de esta región, el único lugar de Europa en que fascismo y nazismo se sucedieron sin solución de continuidad, y pese a que hoy en día existen diversos textos, algunos de ellos literarios, que la recogen, es en mi opinión una página no solo dolorosa y controvertida de la historia de Italia, sino también una página que hay que contar.

Para la historia de la construcción del embalse me he basado en las etapas fundamentales que emergen de la bibliografía y de los testimonios, novelándola y narrando los episodios más destacados. La alteración de la toponimia de los lugares y del relato de los hechos, así como la introducción de páginas de ficción se deben, lógicamente, a las exigencias narrativas. Una novela, por otro lado, no puede evitar falsificar y transformar. Así, y como es costumbre afirmar, los personajes son imaginarios y cualquier relación con personas o cosas es puramente casual. Son deliberadas las referencias a los personajes históricos mencionados (incluido el padre Alfred, inspirado en quien fuera párroco de Curon durante casi cincuenta años, el pastor Alfred Rieper), así como a los hechos narrados, que no me parecen mermados en lo sustancial ni siquiera tras haber pasado por el filtro de mi libre creación.

A mí, aunque quizá les suceda lo mismo a muchos escritores, no me interesaba la crónica de la historia del Alto Adigio, ni la de las vicisitudes de uno de tantos pueblos aplastados por los intereses político-económicos (y que, por lo demás, habría que analizar desde una perspectiva mucho más amplia e imparcial que la que puede ofrecer una novela). O, mejor dicho, sí me interesaban esos hechos, pero como punto de partida. Si la historia de aquella tierra y la de aquel embalse no me hubieran parecido de inmediato capaces de albergar una historia más íntima y personal, a través de la cual filtrar la Historia con h mayúscula; si no se me hubieran antojado de inmediato

revestidas de valores más genéricos para hablar de desidia, de fronteras, de violencia por parte del poder, de la importancia y de la impotencia de las palabras, no habría, pese a la fascinación que esta realidad ejerce sobre mí, encontrado el interés suficiente para estudiar aquellos hechos y escribir una novela. Yo también me habría quedado boquiabierto contemplando aquel campanario que parece flotar sobre las aguas y me habría asomado desde el embarcadero para intentar vislumbrar, bajo el espejo del lago, los restos de aquel mundo. Y luego, como todos, me habría marchado.

M. B.

AGRADECIMIENTOS

Me limito a los agradecimientos imprescindibles porque para este libro la lista sería más larga que nunca. En primer lugar, doy las gracias a Alexandra Stecher por su valiosísimo texto *Eingegrenzt und Ausgegrenzt: Heimatverlust und Erinnerungskultur*, pero también por su disponibilidad; a Elisa Vinco por haberme ayudado tantas veces a traducir del alemán; al honorable Albrecht Plangger por haberme organizado una gira por Resia y Curon para conocer a numerosos expertos y testimonios; a Carlo Romeo por las consultas históricas y las valiosas sugerencias bibliográficas; a la profesora Letizia Flaim por haberme dado a conocer, a través de su libro *Scuole clandestine in Bassa Atesina: 1923-1939* (escrito en colaboración con Milena Cossetto), una considerable bibliografía sobre las escuelas clandestinas. Gracias también a Florian Eller y, sobre todo, a Ludwig Schöpf, profesor y mina de información sobre los hechos, además de extraordinario intérprete que me ha permitido entrar en contacto con los testimonios y su lengua. Gracias a mi agente, Piergiorgio Nicolazzini, por la discreción, la atención y el apoyo dedicados a este proyecto. Gracias, por último, a los amigos que leyeron el libro antes de que se publicara, sin ahorrarme críticas y observaciones. Gracias, en especial, a Irene Barichello, Alberto Cipelli, Francesco Pasquale y Stefano Raimondi, que siguieron paso a paso la redacción de esta novela.

Y gracias, como siempre, a Anna, que sabe sacarme las palabras que yo no me creo capaz de encontrar.

NOTAS

¹ Un beso te daré / si a casa vuelves / pero no te besaré / si a la guerra te vas. (N. de la T.)